

Tiresias, aunque ciego

Santiago Martín Bermúdez

Tiresias, aunque ciego, se divide en tres actos; y cada uno de ellos en nueve escenas (3 x 3 x 3).

Es variante sobre el ciclo tebano de la épica, la lírica y la tragedia griegas. El cañamazo del mito permitía tratar temas permanentes (no diré eternos).

Trata este drama, sobre todo, de una posguerra civil con intervención extranjera. Posguerra que no es sino un período de entreguerras.

Es la historia de varios fracasos, que son un solo fracaso.

Para una puesta en escena de este drama serían aconsejables determinados cortes en el texto, cuya longitud y complejidad de tramas serían más adecuadas para lectura.

PERSONAJES

Dos deidades

- HARMONÍA:** Fundadora de Tebas, esposa del legendario Cadmo.
- PERSÉFONE:** Diosa del Hades en los tiempos fríos.

TIRESIAS y lo que queda de su prole

- TIRESIAS:** El adivino longevo y ciego.
- MANTO:** Hija de Tiresias, iniciada en sus sabidurías.
- MOPSO:** Niño, hijo de Manto.

Los convocados del reino de los muertos

LA SOMBRA DE POLINICES:	Que fue hijo de Edipo.
LA SOMBRA DE LAYO:	Que fue hijo de Lábdaco.
LA SOMBRA DE YOCASTA:	Hija de Meneceo y hermana de Creonte.

Los notables

TESEO:	Rey de Atenas, mediador en el tratado de paz.
ADRASTO:	Rey de Argos, cabeza visible de los invasores.
AMFIARAO:	Hijo de Oícles, adivino y estratega, mediador.
ALCMEÓN:	Hijo de Amfiarao; más tarde, dirigente de los Epígonos.
PARTENOPEO:	Estratega, mediador.
HIPOMEDONTE:	Estratega, mediador.
CAPANEO:	Estratega, mediador.

Los ilustres parientes

EDIPO:	Hijo de Layo y de Yocasta.
CREONTE:	Hijo de Meneceo, padre de Hemón; fue varias veces regente.
ANTÍGONA:	Hija de Edipo.
ISMENE:	Hija de Edipo.
HEMÓN:	Hijo de Creonte.

Otros tebanos

PROTONIO:	Conspirador.
ALÉXITES:	Conspirador.

ARISPO: Artesano, ciudadano de Tebas, del gobierno de Tiresias.

ANFISO: Estratego, del gobierno de Tiresias.

POLICEO: Partidario de Creonte.

EL PROVOCADOR: Al servicio de Protonio y de Aléxites.

UN BORRACHO (MÁS TARDE, EL OTRO)

UN ARTESANO.

UN SOLDADO.

SILIO: Soldado guardián ante los despojos de Polinices.

PARTENIOS: Otro guardián ante los despojos de Polinices.

Epígonos

EGIALEO: Hijo de Adrasto.

DIÓMEDES: Hijo de Tideo.

TERSANDRO: Hijo de Polinices.

Personajes episódicos y figuración

DOS ESPÍAS.

UN SOLDADO VETERANO.

UN CIUDADANO PRUDENTE.

UN CIUDADANO MUTILADO.

UN CIUDADANO INDIGNADO.

UN CIUDADANO ENTUSIASTA.

UN CIUDADANO SOCARRÓN.

UN CIUDADANO VIOLENTO.

UN CAMPESINO y UNA CAMPESINA, más LA HIJA DE AMBOS, impedida.

UN ANCIANO y UNA ANCIANA.

UN SOLDADO DE AMFIARAO.

EL CAPITÁN DE LA GUARDIA DE TIRESIAS.

DOS GUARDAESPALDAS DEL PROVOCADOR.

UNA SOMBRA EN EL HADES.

GRUPOS O PAREJAS DE CIUDADANOS, ARMADOS O NO, SOLDADOS, ESPÍAS, ESBIRROS, SÉQUITOS, etc.

La acción tiene lugar en Tebas, en Tanagra, en las cercanías de Aulis y en algún que otro punto indefinido de la Beocia. Con excepción de dos escenas: una, muy breve, en Argos (III, 3); otra, la última, en la Estigia, a las puertas del Hades.

Época: la de la leyenda de la *Tebaida* apenas fragmentaria que nos ha llegado. Y la de las tragedias *Fenicias*, *Antígona* y *Siete contra Tebas*.

ACTO I

I

Anochece. Un paraje arbolado junto al río Dirce. TIRESIAS, su hija MANTO y UN SOLDADO armado aguardan la llegada de HARMONÍA.

TIRESIAS.- No te impacientes, hija. Los inmortales acuden a sus compromisos cuando lo consideran conveniente, sin tener en cuenta nuestro desasosiego. Mientras esperamos, aprendemos humildad.

MANTO.- Llevamos demasiado tiempo aquí. En Tebas todos saben que has sido convocado por alguna deidad para decidir su destino. Sabes bien que en la ciudad hay muchos que te culpan por tus vaticinios, y quién sabe si ni siquiera una convocatoria divina los disuade de reclamar tu vida.

TIRESIAS.- La daría gustoso. Qué puedo esperar ya, si soy tan anciano como lo sería Layo, el desventurado origen de tanta desdicha. Ah, Layo, después de todo fuiste afortunado, no llegaste a saber del infortunio que le aguardaba a la pobre polis que gobernaste con tanto júbilo.

MANTO.- Deberíamos ser prudentes. Acaso la diosa no acuda hoy. Y si lo hace demasiado tarde, ese soldado y yo somos poca cosa frente a la cólera de la multitud.

TIRESIAS.- ¿Qué te hace pensar que la multitud quiere más sangre, después de toda la que ha sido derramada a ambos lados de los siete torreones?

MANTO.- La sangre acostumbra a los hombres a más sangre.

TIRESIAS.- ¿Y a las mujeres?

MANTO.- Tú fuiste mujer un tiempo. Sabes que nuestro ser, si no está corrompido por el hombre, es de otro natural.

TIRESIAS.- Fui mujer. Y sentí como tal. Por eso sé que las corrupciones entre los sexos son mutuas, como entre los pueblos o entre los ejércitos. No soy entusiasta de los humanos y me limito a tener cautela en mis juicios.

MANTO.- No la tuviste al predecir en varias ocasiones los males de Tebas.

TIRESIAS.- Es que soy cauto, no falsario. La cautela no me impide que pronuncie la verdad si creo vislumbrarla. En cualquier caso, no siempre acerté. Y no vaticiné todos los males. Fueron tantos, y tan horribles, que unas veces me faltó la visión y otras la medida. Esa medida la han colmado los tebanos, y los argivos invasores al mando del desdichado Polinices. Yo, aunque ciego, pude ver los cuerpos atravesados de los dos hermanos, cuando los hijos de Edipo se dieron mutua muerte. Una lanza en el hígado de Eteocles, otra en la garganta de Polinices. Y los vi mejor que quienes contemplaron aquella ruina con sus propios ojos, de tal modo que se plasman en mis sueños y en mis vigilias, a cualquier hora del día. Pobre Tebas, ahora en ruinas. ¿Qué le ha insuflado Eros a tu cetro que los hombres prefieren morir por él a seguir viviendo sin su beso?

MANTO.- Es muy tarde, padre. Deberíamos regresar.

(Ante los tres, se materializa de repente la diosa
HARMONÍA.)

HARMONÍA.- ¡Tiresias!

(La visión es magnífica, brillante en la oscuridad que ha ido ganando la escena, bellísima en la corporeidad juvenil de la inmortal persona. Retroceden con sobresalto la mujer y EL SOLDADO. Se hinca de rodillas el adivino.)

TIRESIAS.- (Arrodillado, implorante, pero con gran dignidad.) ¡Aquí me tienes, Harmonía, madre de los tebanos!

HARMONÍA.- (Contrariada.) ¿Por qué no has venido solo?

TIRESIAS.- (Se disculpa.) Verás... Me acompaña una hija que fue regalo tardío de tu madre, la gentil Afrodita. Alguien había de ayudarme en mi ceguera, oh hija de Cipris.

HARMONÍA.- (Mohína.) ¿Y ese soldado?

TIRESIAS.- Me protege de la furia de algunos compatriotas míos. Nada puede contra un inmortal.

HARMONÍA.- Hala, fuera, que surquen la corriente en dirección inversa. Te quiero a solas, ¿entendido?

(TIRESIAS hace un gesto y tanto su hija como EL SOLDADO se inclinan ante la divina presencia. Se pierden en la oscuridad. A solas con HARMONÍA, TIRESIAS cobra ánimo.)

TIRESIAS.- Tu devoto hijo Tiresias está dispuesto a escuchar tus palabras, oh mi diosa.

HARMONÍA.- Te he ordenado que vengas porque eres mi hijo predilecto. No pongas esa cara, de sobra sabes que lo eres. Eso sí, investigarás lo que ha originado tanto descalabro.

TIRESIAS.- Soy el primero en desear ese conocimiento. Pero no basta desearlo. Es cierto que ya que nunca participé en las disputas, he podido observar sus desarrollos y consecuencias. Yo, que fui compañero de Layo, nací en realidad mucho antes que él y presencié los desvaríos de otros reyes, como Penteo. Mas cualquier mal que evoco no lo estimo suficiente para que se hayan precipitado los hechos que ahora hacen llorar a lo que queda de Tebas.

HARMONÍA.- He regresado desde mi morada en Iliria donde fui serpiente con Cadmo. Y esto te lo digo a ti, matador de serpientes, que te ves como te ves por lo que tú sabes. O, mejor dicho, no te ves en absoluto. He regresado a Tebas. Y he visto destruida la ciudad fundada por mi amado.

TIRESIAS.- ¿No puedes interceder por tu ciudad...?

HARMONÍA.- A menudo somos desdichados los inmortales, la categoría de dios no garantiza el logro de nuestros deseos más acariciados. Y eso le acontece incluso a los Olímpicos, como mi madre, Afrodita; y mi padre, Ares. Yo sufro ahora el infortunio de la muerte de mis descendientes, todos los que proceden de mi amado Cadmo, el que mató al dragón y fundó la ciudadela Cadmea que más tarde fue Tebas, la de las siete puertas. Y me pides que interceda. No pides nada.

TIRESIAS.- Disculpa, mi diosa, es que...

HARMONÍA.- (Le interrumpe, con gran enojo.) ¡Ya he intercedido demasiado! ¡Crees que me van a hacer caso siempre? Ares, mi padre, ya quiso destruir a Cadmo y, a ruegos míos, Afrodita le convenció, pero no sin seducirlo una vez más. Ese amor entre inmortales fue tregua y prosperidad para Tebas y para la Hélade.

TIRESIAS.- Diosa mía, ¿no irás a decirme que la dicha de Tebas depende de que Ares goce del lecho de Afrodita...?

HARMONÍA.- Calla, ignorante. El más sabio de los mortales es muy poco comparado con los bienaventurados. Sabes bien que ese amor ilícito se terminó. Como se había terminado, cuando la denuncia de Hermes, en las redes del celoso Hefesto. Y Ares se vio obligado a renunciar a mi madre una vez más. ¡A mi madre, que se vale de Eros como de un daimon de fuego! **(Con fastidio.)** La prosperidad de Tebas... Mira, Tiresias, no me pongas más nerviosa de lo que estoy, que de ver lo que pasa en Tebas me ha dado un soponcio.

TIRESIAS.- **(Pinta un cuadro idílico.)** Ah, en ese tiempo de amor renacido Ares había abandonado sus obligaciones y el mundo gozó de paz. Aumentaron los nacimientos, se poblaron hasta el abigarramiento las tierras de la Hélade, que envió a otras costas a muchos de sus hijos. Y en Tebas se llegó a la culminación de la gracia y de la belleza, de la justicia y la aptitud en la persona de Layo. Layo, hermoso, sonriente, amado por las mujeres...

HARMONÍA.- Sí, ya lo creo. Layo, el hermoso, mas también el arrogante. Ni siquiera inmortales como yo misma sabíamos que Layo era hermoso a cambio de no ser sensato, y que la felicidad de Tebas era sólo aparente. El oráculo le impuso a Layo que no tuviera hijos, pero arrebatado por la jovencísima Yocasta, tuvo al que luego se llamó Edipo, el del pie hinchado. **(Furiosa.)** ¿Por qué desobedecieron? Yo te lo diré: ¡porque les gustaba demasiado meterse juntos en la misma cama!

TIRESIAS.- Claro, mi diosa. Eso le gusta a todo el mundo. Sin ir más lejos, los propios dioses...

HARMONÍA.- ¡Calla, Tiresias, o no respondo de mi benevolencia hacia ti! Sí, Layo y Yocasta eran guapos, jóvenes, y creían ser como dioses. Eso no se puede tolerar, Tiresias, y tú lo sabes. Para burlar al oráculo, expusieron al niño en un monte y creyeron que habría muerto a la intemperie, devorado por las alimañas.

TIRESIAS.- ¡Pobres! De nada les sirvió. Layo fue castigado, no digas que no. Dieciocho años más tarde murió a manos de un joven que él nunca supo que era su hijo.

HARMONÍA.- Y entonces, estarás de acuerdo conmigo, se cebaron en el cetro de Tebas la corrupción y el horror.

TIRESIAS.- ¿Quién podía saberlo? Fue todo tan brillante.

HARMONÍA.- En apariencia, una apariencia que engañó a tantos crédulos. Ares se disponía a regresar por sus fueros. Tras precipitar a la Esfinge, el joven Edipo se convirtió en rey de Tebas y cayó perdidamente enamorado de los encantos de aquella viuda de treinta y tres años que lo había parido a él dieciocho antes. Cayó fulminado por el rayo de Eros como el propio Layo había caído en tiempos. ¿Qué tenía esa Yocasta?

TIRESIAS.- No respondo de Edipo, pero Yocasta ignoraba que aquél que por edad podía ser hijo suyo, lo era realmente.

HARMONÍA.- (**Cargada de razón.**) Pero aquello no podía seguir así, Tiresias. Los dioses no podía permitirlo. De manera que pidieron auxilio a la Enfermedad, y la Peste levantó el velo que cubría la verdad. Descubierta la verdad -y en descubrirla tuviste parte destacada, ¿te acuerdas?-, se precipitaron los males.

TIRESIAS.- Ah, Yocasta, dulce Yocasta... Horrorizada de los diez años de gozo y felicidad vividos con Edipo, que de repente se convertían en viles, se dio prematura muerte. Edipo se arrancó los ojos que hasta ese momento, o eso dijo él, le habían impedido conocer la verdad. Abandonó el cetro de Tebas, resignó el poder en Creonte hasta que sus hijos tuvieran edad de gobernar, y se ocultó en un sótano profundo. ¿No es castigo bastante que aquellos niños, Polinices y Eteocles, Antígona e Ismene, crecieran ante la miseria de su padre?

HARMONÍA.- Qué benévolo eres, Tiresias. ¿Acaso no conoces a los hombres? Los hijos varones, ante aquel padre disminuido, lo humillaron. Edipo, furioso contra sus hijos, los maldijo. Y pronto surgió la querrela entre los hermanos.

TIRESIAS.- (**Intenta dar una explicación.**) Verás, diosa mía, es que Eteocles y muchos ciudadanos desconfiaban no sin razón del espíritu turbulento de Polinices, dado a decisiones comprometedoras no meditadas, y quisieron apartarle del poder.

HARMONÍA.- Le negaron su turno, contra tu opinión. Pero acudió a la corte de Argos y encontró oídos en Adrasto. Y ahí tienes el resultado: la desdicha y destrucción para los argivos; mas sobre todo para Tebas, que está destruida. Polinices y Eteocles se dieron muerte. Tideo, yerno de Adrasto como el mismo Polinices, pereció en su ataque. Y algo me dice que las desgracias de Tebas no han concluido aún.

TIRESIAS.- Algo así creo yo, diosa mía. El infortunio tiene gran capacidad de transformarse, empeorando.

HARMONÍA.- Quiero que te retires a tu caramanchón y convoques a los autores del mal.

TIRESIAS.- Varios son esos autores, mi diosa. ¿Te refieres a Edipo? Vive todavía, en su sótano, custodiado por la desdichada Antígona.

HARMONÍA.- Me refiero a los hermanos enemigos.

TIRESIAS.- Verás... Uno ha sido inhumado ayer. El otro, Polinices, yace insepulto, fuera de las murallas. La Junta de intervención de la Hélade, que ha conseguido detener la guerra antes de que se produjera la destrucción de ambas partes, decidirá sobre las demandas de algunos ciudadanos de Tebas. Quieren que Polinices sea pasto de las rapaces.

HARMONÍA.- Es a Polinices a quien debes preguntar, ahora que su cuerpo se pudre extramuros de la ciudad que pretendió conquistar a bronce y fuego.

TIRESIAS.- (Resignado.) Haré lo que pueda. Tu poder me dará empuje, diosa Harmonía, y tal vez consiga su presencia de manera menos onerosa que de costumbre. Bendice a mi hija Manto, ella me ayudará, como ha hecho hasta ahora.

HARMONÍA.- Tu hija, por sus virtudes y por las tuyas, es amada por los dioses. Tú ya sabes lo que tienes que hacer, con o sin ella. Además, he de anunciarte que te espera una importante misión que aceptarás por amor a la polis y en honor de los dioses inmortales. Hasta que un día vuelvas a encontrarte en presencia de serpientes.

**(Poco a poco, se diluye la divina presencia de
HARMONÍA, hija de Ares y Afrodita, amada de Cadmo.)**

TIRESIAS.- (Vencido por el estupor, cuando ya ha desaparecido por completo la Madre de los tebanos.) ¡Harmonía, mi diosa...! ¿Qué has querido decirme con esos enigmas...?

HARMONÍA.- (Su voz, amplificadas, pero en un susurro.)
Tiresias: manda y obedece; manda y obedece.

TIRESIAS.- (Intenta comprender.) Manda y obedece...

II

Algo parecido a lo que hoy entendemos por una vieja taberna, en Tebas. La paz reciente saca a la calle a los CIUDADANOS que viven en casas destruidas. Se colman los tugurios que aún se mantienen en pie. Nos fijamos en una pequeña mesa en la que conversan, liban y lloriquean UN BORRACHO, UN ARTESANO y UN SOLDADO.

EL BORRACHO.- Brindo por la paz.

EL ARTESANO.- No queremos paz quienes hemos perdido esposa, hijos, padres, hermanos... No queremos paz. ¡Queremos que todos tengan cadáveres en el cementerio o en las fosas comunes del recuerdo!

EL SOLDADO.- La paz tiene un inconveniente. A partir de ahora, matar a tu vecino es un delito.

EL BORRACHO.- ¡Por Dionisos! ¿Cómo puede haber alguien tan miserable que mate a su propio vecino?

EL SOLDADO.- En esta guerra se ha visto todo. Y así serán las guerras del porvenir. Morirán unos cuantos soldados y numerosos vecinos que serán eso: esposas, hijos, hermanos, padres. Ares tendrá como ayudantes a los devotos de Hermes y del Caos. Hay demasiados ancianos, demasiados humanos. Por lo tanto, será necesario alguien que los liquide. ¿De qué te asombras, ridículo borracho? ¿No se mataron entre sí dos hermanos? Polinices y Eteocles habían crecido y jugado juntos. Juntos aprendieron las artes y la vida. Juntos habían desflorado a las primeras vírgenes.

EL ARTESANO.- Y juntos se dieron muerte con el bronce y con la lanza. Bebamos por ellos.

EL BORRACHO Y EL SOLDADO.- ¡Bebamos!

(Beben, enardecidos. En especial, EL ARTESANO.)

EL ARTESANO.- Yo soy de Tanagra. Y allí se vio lo que nunca se ha visto en una guerra.

EL SOLDADO.- Algo he oído contar. No me tocó pelear en esa parte del frente.

EL ARTESANO.- Mejor para ti, soldado. Gracias a eso puedes seguir considerándote un hombre. Allí vi acumularse el odio como nunca creí que pudiera existir en este mundo. Y ese odio amontonado, amontonó a su vez cuerpos que, todavía vivos, eran torturados con inventos de tal habilidad que es preciso mucho ingenio para idearlos. **(Rompe a llorar.)** ¡Toda mi familia murió allí! ¡Sólo por ser tanagreses y haberse creído alguno de ellos que Tanagra tenía que separarse de Tebas!

EL BORRACHO.- No te pongas así, si ya nada tiene remedio. Por Dionisos, bebe con nosotros. Al menos, tú has salvado el pellejo y podrás contarlo.

EL SOLDADO.- ¿Cómo pudiste escapar?

EL ARTESANO.- (Agresivo.) ¿Que cómo...? ¡Eso es lo que me da más vergüenza! ¡Eso es lo que me hace desear que no termine la guerra!

III

El observatorio de TIRESIAS. MANTO, de pie, se dirige a la oscuridad en la que debe transcurrir la corriente del Dirce. Invoca a LA SOMBRA DE POLINICES. A su lado, sentado, expectante, se encuentra TIRESIAS, su padre.

MANTO.- Sombra errante de Polinices, hijo de Edipo y de Yocasta, cuyo cuerpo yace insepulto ante los muros de Tebas; que por esa razón desconoces el descanso en el Hades donde, si todo es melancolía, también es olvido; que tal vez vagues, insomne y doliente, por las cercanías del Dirce y el Ismeno; Sombra de Polinices, yo te invoco...

(MANTO, **levantados los brazos, aguarda tensa una respuesta del otro mundo. Se levanta TIRESIAS para continuar él mismo el conjuro. MANTO se pone en un segundo plano.**)

TIRESIAS.- (Insiste, con más energía, pero no muy convencido de la eficacia inmediata de su invocación.)
¡Sombra de Polinices! ¡Ven a presencia de la vida, a través del mediador Tiresias!

(Se materializa entonces LA SOMBRA DE POLINICES.)

LA SOMBRA DE POLINICES.- ¿Quién eres tú, anciano atrevido, que llamas a tu indigna presencia al legítimo rey de Tebas?

TIRESIAS.- Sombra de Polinices, ¿todavía crees que vives en este mundo? ¿Aún pretendes disputar el cetro de Tebas a tu imprudente hermano? De buena te has librado. No sabes quién estaba conmigo hasta hace unos instantes.

LA SOMBRA DE POLINICES.- Ah, te reconozco. Eres Tiresias, la eterna y rancia presencia de una polis demasiado dada a brujerías. Cuando penetre en Tebas, tú serás de los primeros en caer, turbio adivino. Y muchas de sus mujeres pagarán también, presa de la turbulenta tropa.

TIRESIAS.- Vanos son esos sueños. Polinices ha muerto. Ya nada puede hacer contra su pueblo, ni contra las doncellas de Tebas, ni contra el decrepito Tiresias. Eteocles te mató y tú le diste muerte a tu hermano a continuación. ¿Lo has olvidado?

LA SOMBRA DE POLINICES.- No, no lo he olvidado. Pero no me acostumbro a la idea de estar muerto y ante un extraño prefiero creer que me es posible el regreso. ¿Para qué me has llamado? ¿Para castigarme?

TIRESIAS.- Me está vedado castigar a nadie, ni siquiera a aquél que trajo un ejército extraño ante las murallas de su propia polis.

LA SOMBRA DE POLINICES.- Ni siquiera a mí, ¿verdad? Siempre fuiste contemplador de luchas y desgracias, nunca supiste participar en la vida y arrancarle un sentido. Te limitaste a mirarla mientras los demás vivían. Todos te odiaban: el desdichado Edipo, el resentido Creonte, el pueblo todo de Tebas que te detestaba a ti y a tus secretos tanto si los ocultabas para usar de ellos como si los hacías manifiestos para mostrar su superioridad. Yo nunca creí que fueras superior a nadie. La prueba es que no puedes castigarme. Lo harán otros en tu lugar.

TIRESIAS.- Hay pueblos bárbaros que creen que nuestro comportamiento en vida es objeto de premio o de castigo después de nuestro tránsito. Tal vez sería necesario un código así para los helenos, aunque sólo fuera para castigar a impíos como tú, Polinices, y como tu hermano Eteocles.

LA SOMBRA DE POLINICES.- ¿Y te parece escaso el castigo que recibo, sombra proscrita como soy, sombra atormentada y envilecida que no conoce el descanso?

TIRESIAS.- No puedo creer que sufras. Es como si, en contra de lo que creo, existiese una justicia, una Diké o una Themis que le diera a cada cual su merecido.

LA SOMBRA DE POLINICES.- Ciego Tiresias, me miras con ojos de fuego.

TIRESIAS.- Sombra de Polinices, te miro con los ojos del alma, que son los mismos con que nos ven los dioses punitivos. Mas nada temas de mí. Sólo quiero que expliques lo que te llevó a Argos en busca del cetro de Tebas.

LA SOMBRA DE POLINICES.- Me llevó el odio a mi hermano.

TIRESIAS.- ¿Y para eso era necesario destruir Tebas? Pero es que, además, levantaste a Tanagra, quién sabe si para siempre.

LA SOMBRA DE POLINICES.- Parece mentira, adivino, que no sepas que la palabra *siempre* carece de sentido. *Siempre* son sólo los dioses. Los humanos son pasajeros, aunque a veces duren mucho. Como tú mismo.

TIRESIAS.- En el nombre de los dioses, te ordeno que regreses a Tanagra y vuelvas a expresar las razones que les diste a sus infelices habitantes para proclamar su secesión de Tebas.

LA SOMBRA DE POLINICES.- Mis palabras fueron el final de un dilatado y oneroso transcurso. Mucho dinero, muchos agentes extranjeros y de la propia Tanagra le hablaron al pueblo, porque los pueblos no defienden nunca la verdad hasta que alguien se la cuenta. Por fin, me fue otorgado llegar allí con un ejército como lo que fui, un libertador. No olvides que Yocasta, mi madre, trajo a este mundo a su primogénito, Polinices, precisamente en Tanagra, su lugar de descanso. Y que siempre he sido amado y distinguido por los tanagreses por encima de la otra descendencia de Edipo.

(Repentinamente, se transfigura. Es como si el tiempo hubiera retrocedido, como si LA SOMBRA DE POLINICES fuera ahora Polinices mismo. Está en un alto. Se dirige a una multitud. Razona, se exaspera, denuncia el dominio injusto y la sinrazón tebana, llama a una acción consecuente con su inflamada pintura.)

¡Tanagreses! ¡Hasta cuándo va a soportar Tanagra el yugo de Tebas! ¡Tanagra fue libre desde la infancia de los tiempos, tuvo sus costumbres, su religión, su lenguaje y su identidad propias! Los tanagreses son distintos a los tebanos: mirad los rizos de sus negros cabellos, comprobad la forma de sus cráneos, medid la anchura y longitud de esos mismos cráneos... Sus costumbres son más puras, más moderadas, más inocentes. Sus vecindades y creencias son otras, limpias como los vientos suaves que acarician sus campos y recorren sus calles. Pero ahora el tebano quiere corromper a las mujeres y a los hombres de Tanagra. Se vale del matrimonio, de la sonrisa, cuando no del latigazo o el crimen. Todo es válido para terminar con la identidad de Tanagra. A eso, yo, nacido en Tanagra y conocedor del alma corrompida de los tebanos, digo ¡basta!, digo ¡no! ¡Viva Tanagra libre! ¡Morir por Tanagra! ¡Matar por Tanagra!

TIRESIAS.- **(Exasperado, presa de la furia.)** ¡Basta!

(LA SOMBRA DE POLINICES y su estentórea voz, invitadora al crimen, se desvanecen súbitamente.)

¡Insensato Polinices! ¡Engañador de pueblos! ¡Manipulador de separatismos! Has agitado el odio, has acentuado lo que diferencia. ¡Qué fácil es hacerlo, qué fácil es predicar el odio, cuando los hombres están siempre dispuestos a odiar, porque unirse y amarse es demasiado arduo! ¡Insensato! Agitaste odios y enviaste al Orco a cientos de tanagreses, que murieron a manos de tebanos exasperados por la invasión exterior y la traición inesperada de Tanagra. Tanagra no es, y sólo podía haber llegado a ser una imagen de lo que tú le hiciste imaginar a varios perversos ingenuos de esa aldea de haber mediado victoria en la ayuda de Argos. ¡Idiota! ¡Insensato! ¡Cuánto más sencillo es agitar el encono que provocar la concordia! Polinices, la razón te asistía al principio del pleito con Eteocles. Mas a quien abrió las puertas de su casa al enemigo no hay razón que le asista, porque esa negra maldad borra cualquier candor del pasado.

IV

En Tanagra. TESEO, rey de Atenas; ADRASTO, rey de Argos; AMFIARAO, PARTENOPEO, HIPOMEDONTE, CAPANEO; TIRESIAS; CREONTE. SÉQUITOS. CIUDADANOS. SOLDADOS.

TESEO.- Amigos tebanos, amigos argivos, representantes de la Junta de Intervención por la paz venidos de varios rincones de la Hélade. Yo, Teseo, como rey de Atenas, he sido llamado a presidir esta sesión de la Junta que pone fin a la guerra entre Tebas y Argos. Agradezco vuestra elección en nombre de Atenas, vecina de Tebas. A mi pueblo y a mí nos congratula este acuerdo de paz y nos comprometemos a mantenerla con nuestro apoyo y el de la Liga Aquea. Todos hemos querido que la sesión tenga lugar precisamente aquí, en la disputada Tanagra, uno de los objetos de discordia de la contienda. Estas negociaciones han sido llevadas a cabo, sobre todo, por cuatro destacados guerreros de la Hélade que ahora han preferido la paz al ejercicio de la disciplina de Ares que tanto renombre les dio en otras ocasiones.

Estos hombres están aquí presentes. El primero, que los preside, es Amfiarao. Es cuñado de Adrasto y ha influido para llegar a este acuerdo que honra a ambos. Los otros son Hipomedonte de Lerna, hijo de Aristómaco; Partenoqueo, hijo de la sin par Atalanta; y Capaneo, hijo de Hipónoo. Todos ellos, a ejemplo de Amfiarao, han dejado a un lado sus preferencias personales para alcanzar la paz. Sólo me queda felicitarlos en nombre de toda la Hélade. Cedo la palabra a Amfiarao.

(Se sienta TESEO y se levanta AMFIARAO.)

AMFIARAO.- Amigos tebanos, amigos argivos, compañeros de la Junta, resumiré en breves palabras los acuerdos tomados. Se le impone la retirada a Argos, representada por su rey Adrasto, que ha perdido a sus dos yernos, Polinices y Tideo. Se le impone a Tanagra su unión con Tebas, por no haberse encontrado que las razones de la secesión fueran justas ni tuvieran fundamento en un pasado o una tradición. Se restituye así la situación existente hasta el momento de estallar la guerra, y en contra de las promesas de independencia de Polinices y sus aliados. Tebas, por su parte, representada por el gobierno que habrá de salir de esta sesión, se compromete a conceder el perdón a todos los tanagreses levantados en armas y a acogerlos como parte integrante de la patria común.

Por último, y esto tiene gran importancia, se castigará a los guerreros de ambos bandos que cometieron atrocidades ajenas a las leyes de la guerra. Esas atrocidades han sido tales que por su ferocidad y sinsentido desbordan con mucho los hábitos prescritos y admitidos en las contiendas que preside Ares. Se hacía necesario un castigo ejemplar para ambos bandos. En el caso de los argivos, la propia Junta se encargará de juzgarlos. A los tebanos se comprometerá a juzgarlos el gobierno que luego se constituirá. Ahora sólo me queda ceder la palabra a representantes de ambos ejércitos. En primer lugar, cedo la palabra a Adrasto, rey de Argos.

ADRASTO.- Gracias, Amfiarao, hermano. Es tal el dolor que me embarga, muertos mis dos yernos en esta guerra que ellos eran los primeros en considerar justa, que sólo me queda aceptar los términos de este acuerdo de paz. Os ruego que me permitáis retirarme. Mi pesar me presenta como ocioso todo lo que no sea lamentar en soledad pérdidas tan sensibles para mi familia.

AMFIARAO.- Por mi parte, no tengo ningún inconveniente. Espero que tampoco lo tengan los demás miembros de la Junta. **(Rumores aprobatorios de los otros tres miembros.)** Retírate, rey Adrasto. Que los dioses te iluminen en adelante.

(Se retira ADRASTO, abrumado. Le acompañan varios miembros de su SÉQUITO.)

Muerto Eteocles, rey de Tebas, aún no se ha formado gobierno. En nombre de esta polis va a hablar Creonte, tío de Eteocles y Polinices, que en dos ocasiones ha ejercido la regencia en esta ciudad: tras la muerte de Layo y en la minoría de los dos hermanos. Tiene la palabra Creonte, hijo de Meneceo.

CREONTE.- Gracias, amigos. Creo que expreso el sentir de todos los tebanos si manifiesto la aceptación de los términos de este acuerdo de paz. Mas hay algo que debo expresaros, aunque muy a mi pesar. Con las palabras que voy a dirigiros cumplo un deber muy penoso para mí. Represento a ciudadanos de Tebas que desean el castigo de los criminales, tanto tebanos como argivos, que no respetaron las leyes sagradas de la guerra, prescritas por la moral otorgada por los dioses y por la fuerza de las costumbres de la Hélade. Pero el caso de Polinices, caído en combate a manos de su propio hermano, que defendía la polis, es un caso singular. Polinices era mi sobrino, pero en virtud del mandato de esta comisión de ciudadanos he de pedir que permanezca por siempre insepulto el cuerpo de ese que fue hombre, al que se me ha encargado que señale aquí como traidor. Para lograr sus propósitos, que si eran justos en su origen lo dejaron de ser en su exceso, levantó a Tanagra mediante la invención para sus habitantes de un falso pasado independiente y una entidad específica, distinta de la de Tebas. Y para lograr sus propósitos atrajo hasta estas puertas un ejército extranjero. La secesión sólo es posible si la parte que se separa tiene una gran mayoría de secesionistas; o si es poderosa la minoría que pretende separarse; o si la apoya una potencia extranjera. En el caso de Tanagra sólo se dio el último de los tres supuestos. En Polinices, por otra parte, está el origen de los excesos que cometieron algunos tebanos, que han de ser castigados, contra los habitantes no levantados en armas de Tanagra.

En él está el origen de la furia desatada entre los argivos contra Tebas. Eteocles erró al no permitir que su hermano Polinices tomara posesión de su turno de gobierno, pero la respuesta del defraudado resultó inmoderada, excesiva, desorbitada. Por ello pido, y no es éste mi parecer, sino el de los ciudadanos que aquí me comisionan, que Tebas condene la memoria de Polinices y su cuerpo sea pasto de las alimañas y de la intemperie.

**(Calla CREONTE y su silencio tenso se apodera de la
asamblea.)**

AMFIARAO.- Sin duda habrá de hacerse así, si esa es la voluntad de los tebanos. ¿Hay alguna opinión en contra? **(Rumores negativos.)** Creonte, puedes comunicar a esos ciudadanos que el nuevo gobernante que aquí va a ser nombrado tendrá como obligación ineludible la de abandonar el cadáver de Polinices a la intemperie, y que le será prohibido a cualquier otra persona, de Tebas o de cualquier otra parte, aplicarle los ritos funerarios. **(Rumores.)**

CREONTE.- Que los dioses perdonen mi elocuencia.

AMFIARAO.- Por último, tengo que comunicaros la decisión tomada por la Junta en relación con el gobierno de Tebas. Esta decisión ha sido consultada con ciudadanos tebanos y con la parte argiva y ha sido aceptada como la más conveniente. La persona designada ha aceptado a su vez por el bien de su patria. Así, os comunico a todos que el nuevo rey de Tebas no será ninguno de los descendientes de Eteocles o Polinices, sino un hombre conocido de todos que no pertenece a esa rama familiar. Se trata de Tiresias, hijo de Eueres y Cariclo. Tiresias, aunque ciego, es el mejor gobernante posible para Tebas.

(TIRESIAS se remueve, inquieto.)

Las razones de su designación las explicará el joven Partenopeo, hijo de Atalanta.

PARTENOPEO.- Amigos tebanos, amigos argivos, colegas de la Junta de Intervención por la Paz en Tebas. Todos conocéis a Tiresias. Es un anciano sabio, lúcido, intermediario, pontífice entre los hombres y los dioses, cuyos mensajes descifra. Ha vivido muchos años por amor de los dioses, que le arrebataron la vista para otorgarle mayor conocimiento y el don de la adivinación. Fue mujer durante largos años, también por decisión divina, y eso le hace sabedor de las dos maneras incomunicables de percibir el mundo. Conoce Tebas desde los tiempos de Cadmo, cuando no habían nacido los abuelos de los que hoy están aquí presentes. Es, además, un hombre honrado. Nunca calló aquello que otro hubiera silenciado por prudencia. Nunca abusó de sus dones para su lucro personal. Además, nunca ejerció el poder ni ayudó al gobierno de Tebas más que cuando fue consultado para cuestiones concretas. Por estas razones y muchas otras hemos considerado como más adecuado que el rey de Tebas, tras la devastadora guerra de Beocia, sea Tiresias, hijo de Eueres.

AMFIARAO.- Tiene la palabras Tiresias, hijo de Eueres.

TIRESIAS.- Amigos: He intentado oponerme a ese nombramiento, que no merezco, y lo hice con todas mis fuerzas. Finalmente, acepté, por las razones expuestas por Partenoqueo y por la gravedad de la situación de esta polis, que conozco muy bien y que Amfiarao y sus hombres me expusieron una y otra vez para forzar mi voluntad. En consecuencia, no voy a resistirme más. He dicho que no merezco ser rey de los tebanos no por falsa modestia, sino por íntimo convencimiento. A pesar de ello, acepto. Y acepto de manera provisional, hasta que la situación permita que una rama familiar empuñe el centro con normalidad en la atormentada polis de Cadmo. Un anciano ciego, cuyos hijos ya han muerto, porque mi edad es sobrehumana, o tienen su objeto en otra parte, no es la mejor simiente para una dinastía. Sé, además, que esa venerabilidad mía, señalada por Amfiarao y glosada por Partenoqueo, no es precisamente un don para actuar. Por lo demás, juro que cumpliré como rey, hasta que sea posible mi relevo, con lealtad a mi patria, a sus dioses y a sus leyes.

AMFIARAO.- ¡Viva Tiresias, rey de Tebas!

TODOS.- ¡Viva Tiresias! ¡Viva Tiresias!

Han pasado dos días desde la sesión en que fue investido TIRESIAS. Al anochecer, en el Palacio de gobierno. Los dirigentes de la Junta de intervención se disponen a abandonar Tebas, en la que dejan las oportunas fuerzas de pacificación. AMFIARAO, colega de TIRESIAS en el ejercicio de la adivinación, departe con éste en una sobremesa. Está con ellos el jovencísimo y muy bello ALCMEÓN, hijo de AMFIARAO. Cuando los deje solos, escucharemos en sus voces el desaliento de la lucidez.

ALCMEÓN.- Pido permiso para retirarme. Unos amigos tebanos van a enseñarme las murallas y las siete puertas.

AMFIARAO.- Ve, hijo mío. Yo me retiraré cuando termine de hablar con mi buen amigo Tiresias.

ALCMEÓN.- (Se inclina.) Que los dioses os concedan una noche sosegada.

TIRESIAS.- Y a ti te lo haga compartir, Alcmeón.

(Sale ALCMEÓN.)

AMFIARAO.- Debo decirte algo, aunque tal vez no te sea necesario el consejo. Desconfía de Creonte.

TIRESIAS.- Hace muchos años que desconfío de él. Pero ya lo hago sin entusiasmo, acaso porque llevo mucho más de un siglo en este mundo. Él, que tiene la edad normal de un anciano, desconfía de mí con mucho más ardor.

AMFIARAO.- ¡Ah, la vejez! Me siento muy viejo, Tiresias. Mañana partiré de aquí y algo me dice que no volveremos a vernos.

TIRESIAS.- No has abandonado la juventud hace demasiado tiempo. No creo que tengas que temer.

AMFIARAO.- Te pediría que subieras a tu observatorio para confirmar mis temores, colega en los augurios, pero será mejor que administre yo mismo mi incertidumbre y no distraiga al regente de Tebas por una cuestión sin importancia como lo es mi sospecha de que mi muerte está cercana.

TIRESIAS.- (**Mueve la cabeza. Parece abrumado.**) He subido al observatorio por otra razón, mas también relacionada contigo. Había algo que me inquietaba. Ahora me inquieta más aún.

AMFIARAO.- (**Alarmado.**) ¿También tú lo has visto...?

TIRESIAS.- (**Con amargura.**) Sí, y sólo me queda anhelar que se trate de un error. Cuando vi a ese bello muchacho, a tu hijo Alcmeón, sentí en mis entrañas algo semejante al agravio del bronce hurgador de llagas. Después vi que, si no se trata de augurios erróneos, él y otros volverán a Tebas y la harán caer definitivamente. De modo que esta victoria dolorosísima no habrá sido más que una tregua en el recreo que se permiten los dioses. ¿Acaso tú habías entrevisto algo semejante?

AMFIARAO.- Sí, amigo Tiresias. Si es así, cuán gratuita e inútil es nuestra misión aquí. La mía ante los aqueos que han querido poner fin a esta guerra. Y la tuya para administrar una paz atormentada.

TIRESIAS.- ¿Hay algo peor que saber la propia incapacidad para oponerse al destino?

AMFIARAO.- Ni tú ni yo lo veremos. Pero no lo hace más llevadero.

TIRESIAS.- Los propios tebanos, como siempre, cavan su tumba. Ahora mediante otra maldición. La leyenda de los siete jefes. Algo habrás oído, sin duda.

AMFIARAO.- Sí, me ha llegado noticia de ese absurdo. Que Amfiarao y otros caudillos aqueos, precisamente Capaneo, Hipomedonte y Partenoqueo, los miembros de la Junta, hemos venido a auxiliar a Adrasto y sus yernos, no a terminar con la guerra.

TIRESIAS.- Los tebanos creen que no permitirles exterminar a los secesionistas de Tanagra es un ataque a su dignidad. Estáis en el mismo saco. Sois los Siete contra Tebas. Encabezados por Adrasto, personificación del mal absoluto. Los tebanos padecemos muchas desdichas, y además tenemos siete puertas. Era preciso hacerse con siete enemigos, con siete culpables, uno por cada entrada, porque el mal, por definición, es siempre exterior. Pero esa leyenda se volverá contra ellos. Tu hijo y otros la recibirán como auténtica, y volverán a vengar a sus padres. ¿No es monstruoso, amigo Amfiarao, que las imágenes elaboradas por un pueblo para hacer más llevadero su sufrimiento y hacer comprensible su humillación se conviertan en armas contra su porvenir?

AMFIARAO.- ¿No es horrendo, amigo Tiresias, que la mentira cobre alas en su devenir en vez de retroceder, con el tiempo, ante la fuerza de la verdad?

VI

Teichoscopia. ANTÍGONA, ISMENE y ALCMEÓN contemplan desde las almenas la llanura que se extiende ante las murallas de Tebas.

ANTÍGONA.- Esta es la Puerta Crenea, la que pretendió forzar mi pobre hermano Polinices, estrellándose contra sus defensores y contra el bronce de Eteocles. Ahí mismo, ahí abajo, Eteocles detuvo para siempre la vida de su hermano, el maldito. Por desgracia, en el mismo lugar, y por un exceso de confianza de Eteocles, Polinices terminó con la vida del rey de Tebas. Gracias a Polinices esta polis ha sido destruida en una buena mitad. Algunos creerán que los que seguimos vivos somos afortunados. No lo somos. Hemos quedado para maldecir la memoria de Polinices, incluso en el caso en que sea nuestro hermano. Todos hemos perdido familiares, amigos, compañeros... Yo he perdido a mi prometido, al dulce Hemón, hijo de Creonte y primo mío. Felizmente, algo bello ha salido de tanto desastre: vosotros dos.

ALCMEÓN.- Antígona, hermana, permíteme que te llame así. Intento convencer a Ismene de que venga con mi padre y conmigo. Deseo hacerla mi esposa.

ANTÍGONA.- ¿Me estás pidiendo permiso?

ALCMEÓN.- A alguien le tengo que solicitar que me la conceda para casarme...

ANTÍGONA.- Ismene es libre. Ten en cuenta que su padre, el ilustre Edipo, no es ahora más que un loco incapaz. Y yo sólo soy su hermana mayor, el perro de Edipo.

ALCMEÓN.- ¡Tú también tienes que venir con nosotros!

ANTÍGONA.- Mi generoso Alcmeón... ¿qué iba a ser del viejo Edipo, ciego y lunático? El que un día fue gentil Edipo no es ahora más que un muerto que anda y se masturba en los rincones de su sótano. Ahora lo he dejado allí, a buen recaudo. Tengo la llave. Sólo puede golpear la puerta y gritar. No os inquietéis, desde aquí no puede oírsele. Ismene, no pongas ese gesto. Yo también soy de la opinión de que salgas de esta ciudad maldita en brazos de un hombre que te ama.

ISMENE.- Antígona, ¿cómo iba yo a ser feliz si sé que tú y mi padre sois desdichados?

ANTÍGONA.- ¿Y qué íbamos a ganar con que tú lo fueras también? La desdicha no es buena compañía. Prefiero vuestra felicidad que tener que cuidar de ti, además de cuidar de mi padre.

ALCMEÓN.- Tú sí que eres generosa, Antígona. ¿Cuento con tu permiso, entonces, para desposar a Ismene?

ANTÍGONA.- A falta de Edipo, el jefe de nuestra casa es Creonte. A él se lo debes pedir.

ALCMEÓN.- ¿Estás hablando en serio? ¡A Creonte...!

ANTÍGONA.- (Se acerca a ellos y les habla en voz baja.) ¡Disimulad! Estoy segura de que nos están escuchando. Son delatores...

ISMENE.- No puede ser... ¿Tú crees que Tiresias...?

ANTÍGONA.- No, este gobierno no tiene nada contra nosotros. Los peores son los que pretenden suceder a Tiresias. Y entre ellos está Creonte...

ALCMEÓN.- Entonces, ¿por qué me aconsejas que le pida Ismene a ese hombre?

ANTÍGONA.- A Ismene ya la tienes, Alcmeón. Si hace falta que alguien te la conceda, yo te la concedo de todo corazón. Pero quienes escuchan tienen que confiarse...

ALCMEÓN.- **(En voz alta.)** Solicitaré al ilustre Creonte que me conceda en matrimonio a su sobrina Ismene.

ANTÍGONA.- **(Igual.)** Mi buen tío Creonte, hermano de mi madre, te la concederá sin duda alguna, dada su generosidad. Felices vosotros, que habéis encontrado el amor, y desdichada de mí, que he perdido a mi amado Hemón por culpa de esta guerra.

ALCMEÓN.- ¿Cómo ha podido suceder tal cosa?

ISMENE.- Mi tío Creonte y mi primo Hemón, al ver cumplirse la maldición de Edipo con tanta exactitud, y horrorizados ante las consecuencias que ha tenido contra Tebas, rompieron el compromiso con Antígona por no emparentar aún más con la estirpe de Lábdaco.

ALCMEÓN.- No puede ser, no puede ser. Antígona es inocente del mal que hayan podido desencadenar su padre y sus hermanos.

ANTÍGONA.- Dicen que nuestra sangre es presa de la Erinis.

ISMENE.- ¿De veras, Alcmeón, aún así pretendes seguir uniéndote a la estirpe de Edipo?

ALCMEÓN.- ¡Qué me importa a mí la estirpe de Edipo! Eso es sólo pasado. Una maldición que ya se cumplió. Una guerra que ya terminó. Ahora sólo quiero amarte a ti, Ismene, elegida de mi corazón. Nada quiero saber de Tebas.

ANTÍGONA.- Tienes razón, hermano Alcmeón. Hay que olvidar Tebas. Ahora, venid. Vamos a ver otra parte de la muralla. Allí está la Puerta Homolide, donde cayó el feroz Tideo, hijo de Eno. Desde ella se contemplan las colinas y se divisa el templo de Ares. **(Salen los tres. Al cabo de unos segundos, surgen DOS ESPÍAS del bando de CREONTE.)**

ESPÍA PRIMERO.- ¿Qué te parece?

ESPÍA SEGUNDO.- Que si se marchan de la ciudad, mejor que mejor. Ya sólo queda expulsar a Edipo.

ESPÍA PRIMERO.- Yo no lo veo así. Edipo está maldito y debe irse de aquí. Pero que una de sus hijas se case con el hijo de Amfiarao, que además es sobrino de Adrasto y pariente de la estirpe de Tideo... Eso no creo que lo vean bien nuestros jefes.

ESPÍA SEGUNDO.- Entonces, que no dé Creonte su permiso para ese casamiento...

ESPÍA PRIMERO.- Vamos a informarles inmediatamente.

VII

Han transcurrido unos meses escasos. Conspiran CREONTE y DOS CIUDADANOS de Tebas en un sótano de la casa de aquél. También está presente HEMÓN, hijo de CREONTE.

PROTONIO.- Haremos lo que tú digas, Creonte. Todo, menos soportar esta situación.

ALÉXITES.- Soy del mismo parecer. En estos momentos eres el único ciudadano de Tebas con sangre y con derecho para empuñar el cetro de la polis. ¡Abajo Tiresias!

PROTONIO.- ¡Abajo!

ALÉXITES.- ¡No queremos brujos! ¡No queremos beatos gobernando en Tebas!

CREONTE.- Calma, amigos. Sabéis que estoy dispuesto a darme por entero a la polis si sus ciudadanos me lo piden, como ya he hecho en otra lejana ocasión. Pero Tiresias cuenta hoy por hoy con el apoyo de la Junta de intervención y con el amor del pueblo. ¿Qué puedo hacer yo?

PROTONIO.- Por el momento, no hacerte de rogar. Es tu interés y es el nuestro. Si deseas el gobierno, no disimules con nosotros.

ALÉXITES.- Estoy de acuerdo. Eso déjalo para cuando presentemos tu candidatura.

CREONTE.- Pero no se me puede proponer abiertamente.

ALÉXITES.- Habrá que prepararlo. El propio Tiresias ya está trabajando, sin saberlo, por tu causa, que es la nuestra.

CREONTE.- Tiresias parece bien asentado en el gobierno de Tebas.

PROTONIO.- Es cuestión de aprovechar el descontento que se va a producir de manera inevitable. Si Tiresias impone condenas duras, le atacaremos por crueldad. Si son leves, le acusaremos de excesiva benignidad con los criminales. Si favorece a los de Tanagra, le repetiremos al pueblo, plaza por plaza, casa por casa, que es partidario de la secesión. Si a los tebanos, que pretende adular por miedo a los separatistas. Siempre es posible encontrar hombres a quienes les guste recibir oro a cambio de propagar sus ideas. Es cuestión de saber elegir los hombres con las ideas que necesitamos. Es mejor que pagar a alguien para que defienda lo que no piensa él mismo. Está todo calculado. Tú sólo tienes que aceptar.

ALÉXITES.- Habrá una reunión dentro de unos días. Nosotros prepararemos todo. Estarás presente. Tienes que aparentar que no esperabas nuestra propuesta. Entonces, te haces de rogar.

HEMÓN.- Quisiera acudir yo también, si mi padre me lo permite y vosotros no lo consideráis inconveniente.

CREONTE.- Hemón, cómo te atreves...

HEMÓN.- Estos amigos tienen razón, padre. Nadie que no sea Creonte tiene derecho al cetro de Tebas. Tienes una notable experiencia de gobierno de la polis, de la ya fuiste regente, cuando yo no había venido a este mundo. Eres de la familia gobernante y el ciudadano más destacado. A cambio, no hay en tus venas ni una gota de sangre de Lábdaco.

PROTONIO.- Bien pensado, muchacho. Creo que tú también, que has renunciado a desposarte con Antígona, cumplirás un buen cometido si estás presente en esa reunión de hombres de bien. Es la hora de los jóvenes.

HEMÓN.- Antígona es un nombre odioso para mí. Por lo demás, los jóvenes estamos hartos de que nos gobiernen ancianos como Tiresias. ¡Abajo Tiresias! ¡Viva Creonte!

PROTONIO Y ALÉXITES.- ¡Viva Creonte!

VIII

TIRESIAS y ARISPO, uno de los miembros de su Consejo de gobierno, discuten sobre decisiones a tomar. ARISPO está excitado, intranquilo.

ARISPO.- Honorable Tiresias, hay cosas que yo no puedo decidir. Si gobiernas en Tebas, hay asuntos que no pueden ser indiferentes.

TIRESIAS.- Vives en el presente, Arispo. Como gobernante, hay cosas que tengo que saber. Cuál es el origen.

ARISPO.- (Reprime su exasperación, mas no su impaciencia.) El origen, el origen... Aquí está Tebas ahora, aquí y ahora hay que gobernar Tebas. Yo no soy más que un ministro tuyo y eres tú, como encargado del gobierno de la polis, quien tiene que tomar las decisiones más graves. Hay que llevar a cabo un racionamiento de los alimentos más esenciales. Te presento un proyecto y tú me dices que estás buscando el origen de los males de Tebas. Como si no lo supieras tú y no lo supieran todos. El origen del mal, en el hombre, se encuentra justo en el momento en que aparece el primer hombre. Yo soy menos ambicioso en mis demandas, pero a cambio éstas no admiten demora. Hay que someter este plan de racionamiento al Consejo, y el Consejo tienes que presidirlo tú.

TIRESIAS.- Yo confío en ti, Arispo, eres un hombre honesto.

ARISPO.- Los hombres son honestos mientras se les impone límites. ¿Qué sé yo de mí, un artesano elegido para gobernar con otros artesanos y contigo, si nunca he tenido ocasión de delinquir?

TIRESIAS.- Está bien, Arispo. Estudiaremos todos juntos en el Consejo ese plan tuyo. Abandonaré de momento mis investigaciones.

ARISPO.- No hay tiempo para investigar. La población sufre. Si hay algo peor que un racionamiento, es la escasez y el aumento de los precios hasta la asfixia. Tebas no produce lo que come, y hay que traerlo de Eubea, del Ática, de Corinto, de las islas, del Ponto y hasta de la misma Argos, que fue la polis maldecida que asoló nuestras campiñas. Siempre hemos sido respetuosos en Tebas con la libertad de los mercaderes, pero ahora eso significaría hambrunas y, sin duda, revueltas y desorden. En tiempos de destrucción ningún gobierno se permite los lujos de las épocas de bonanza.

TIRESIAS.- Tebas está endeudada, arruinada. Quiero encontrar las causas por las que una comunidad próspera y feliz cayó al fondo de este abismo.

ARISPO.- ¿Y qué conseguirás con ello?

TIRESIAS.- La curación, Arispo.

ARISPO.- O la muerte de la ciudad, Tiresias. A veces hay que cerrar los ojos al ahora para atreverse a cortar amarras y saltar hacia el porvenir. Las gentes murmuran, critican, crece el descontento. Dicen que no te interesa la suerte de la polis, y que sólo buscas tu propia apoteosis, más interesado en ganarte a los dioses que en ganarlos a éstos para el pueblo de Tebas.

TIRESIAS.- Arispo, creo que Amfiarao y los suyos se equivocaron. No soy buen administrador de una polis.

ARISPO.- ¡Yo tampoco, maldita sea! Pero me veo en el trance de administrar, y tengo que hacerlo lo mejor posible para mi pueblo y para mi propia dignidad. Y, como yo, todos los demás miembros del Consejo.

IX

Reunión clandestina de conspiradores. Un buen número de CIUDADANOS, SOLDADOS y amigos escuchan la arenga de PROTONIO. También está allí, notoriamente separado de él, su compinche ALÉXITES, que no parece de acuerdo con el orador. Ambos han contratado los servicios de UN PROVOCADOR y de otros asalariados.

PROTONIO.- Amigos tebanos, compatriotas, prestadme vuestros oídos. No he venido a hablar de los muertos. Ya tenemos demasiados. El dolor se ha apoderado de todas las familias de la Beocia y ha reducido Tebas a una humareda ruinosa. Mas, ¿qué pueden hacer los muertos sino susurrarnos su dolor? Por eso quiero hablar sólo de vivos. Los vivos tenemos un deber para con los muertos, porque ellos hicieron Tebas. Nosotros, que estamos vivos en medio de tanto dolor, tenemos el deber de sobreponernos y reconstruirla. Tenemos que seguir la obra de quienes nos precedieron. Es una carga, pero hay que echársela a las espaldas con toda la energía que podamos deducir de tanto sufrimiento. Cómo hacerlo, os preguntaréis muchos. Puedo aseguraros que yo he reflexionado sobre todos estos asuntos. Sé que el pueblo de Tebas es sano, fuerte, valiente. Que no merece los males que le han impuesto la necedad de unos gobernantes apegados a sus intereses y comprometidos por las culpas del pasado. Para reconstruir Tebas es necesaria la vida, el ímpetu, la juventud, pero también la experiencia. Y yo os pregunto, ¿estamos haciendo en Tebas lo necesario para merecer esa nueva polis que siga siendo Tebas y que, al mismo tiempo, sepa romper con el pasado?

EL PROVOCADOR.- ¡Ciudadano, estamos aquí para saber lo que tenemos que hacer! ¡No podemos seguir así! Alguien tiene que decirnos por dónde tenemos que ir.

PROTONIO.- Comprendo tu inquietud, ciudadano, pero no estoy aquí para imponerle a nadie ideas ni acciones que no quiera seguir. Quiero debatir, quiero que me discutáis y nos discutamos. Fraternalmente, con la vista puesta en el interés de Tebas, que es nuestro supremo ideal. Es la única manera de que un día lleguemos a salvar a Tebas, que se encuentra en grave peligro.

ALÉXITES.- Ciudadano Protonio, continúa tu exposición. Entre todos conseguiremos hacer la luz sobre las graves amenazas que se ciernen sobre nuestra patria.

PROTONIO.- No sé cuál será vuestra opinión. La mía es que no se está haciendo lo debido, sino que seguimos sumidos en el pasado más tenebroso. ¡No se está trabajando para el porvenir de Tebas, sino para la continuidad más lastimosa! Tiresias es un buen hombre, y no voy a negarlo, pero demuestra ser un pésimo gobernante. Puedo estar equivocado. Y si lo estoy, prefiero que alguien me lo diga. ¿No creéis lo mismo que yo?

EL PROVOCADOR Y OTROS.- (Exaltados.) ¡Sí, Aléxites! ¡Abajo Tiresias! ¡Sigue, Aléxites! ¡Viva Tebas! ¡Gloria a la polis de Cadmo y Harmonía! (Etc.)

PROTONIO.- No le voy a negar buena voluntad a Tiresias. Lo que le niego es capacidad de gobierno. Lo que le reprocho es su torpeza. Está demasiado ocupado en conocer el porvenir para decidirse a hacerlo. Es un anciano. Tiene más años que los que podemos reunir entre cuatro o cinco de los aquí presentes. La carga del pasado le abrume. Las dichas de Tebas se le han olvidado y sólo queda en su corazón la desgracia que le dio la hégida como adivino cuando él hablaba y los demás se sumían en la desdicha. No voy a discutir su dominio en su terreno. ¡Pero no puedo aceptar que un devoto nos gobierne, porque los dioses no quieren a sus intermediarios para que dirijan a los pueblos, sino para que los aconsejen bien!

EL PROVOCADOR.- ¡Y Tiresias ni siquiera hizo eso! ¡Sus consejos han sido siempre nefastos!

PROTONIO.- No voy a entrar en eso, amigos míos. Sólo sé que cada uno ha de cumplir su cometido allí donde ha sido llamado. Y Tiresias no ha sido llamado a gobernar. Nos lo han impuesto los invasores de Tebas. ¡Los Siete invasores han impuesto a Tiresias!

UN CIUDADANO PRUDENTE.- Ciudadano Protonio, estás exagerando. No hubo nunca una invasión de los Siete. Tebas se enfrentó a Polinices, ayudado por el rey de Argos y por Tideo, hijo de Eno. Amfiarao y los demás, por el contrario, impidieron la destrucción total de nuestra polis mediante un compromiso y...

EL PROVOCADOR.- ¡Hasta cuándo habrá que escuchar a traidores como tú! ¿Qué diferencia hay entre un invasor y una fuerza de intervención que le ha impedido a Tebas alcanzar su victoria total sobre el enemigo exterior y el interior? ¡Tebas ha sido invadida por los Siete! La fuerza de los Siete se estrelló contra la defensa heroica de Tebas y han pretendido hacernos creer que eran fuerzas de pacificación. ¡Tienes la memoria muy corta, ciudadano!

UN CIUDADANO PRUDENTE.- ¿Cómo puedes mentir de ese modo si...?

EL PROVOCADOR.- ¡Mirad! ¡Insiste en justificar a los invasores de su propia patria! ¡Es un traidor!

ALÉXITES.- (A EL CIUDADANO PRUDENTE.) Ciudadano, te conozco hace tiempo y nunca creí que fueras capaz de pronunciar esas palabras. ¡En nombre propio, y tal vez de muchos de los que están aquí presentes, te pido que abandones esta sala!

UN CIUDADANO PRUDENTE.- Así lo haré, Aléxites, si me lo pedís.

EL PROVOCADOR.- ¡Fuera! ¡Fuera!

UN GRUPO DE TEBANOS.- ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Traidor!

UN CIUDADANO PRUDENTE.- Me voy, pero sabed que considero una locura el camino que emprendéis.

EL PROVOCADOR Y UN GRUPO DE TEBANOS.- ¡Fuera! ¡Traidor!

(EL CIUDADANO PRUDENTE **va a abandonar la reunión. Abucheos.**)

EL PROVOCADOR.- ¿Vas a chivarte ahora a los esbirros de Tiresias?

UN CIUDADANO PRUDENTE.- ¡Decirme eso a mí...! No sé quién eres, compañero, pero todos los aquí presentes saben quién soy yo. Yo estuve en la Puerta Neiste defendiendo Tebas.

EL PROVOCADOR.- ¡Esa es la puerta por la que quiso penetrar Partenoqueo!

UN CIUDADANO PRUDENTE.- ¡Mientes! Eran las tropas del rey de Argos las que quisieron romper nuestra resistencia.

EL PROVOCADOR.- ¡Embustero! ¡Fuera, fuera!

TODOS.- ¡Fuera!

(EL CIUDADANO PRUDENTE **se marcha. Abucheos de los demás.**)

PROTONIO.- (Cuando ya ha salido EL CIUDADANO PRUDENTE.) Amigos, compatriotas, lamento que entre nosotros haya personas que justifiquen las acciones del enemigo. Pero así será siempre mientras haya hombres. Yo pediría dos voluntarios que impidan que ese hombre nos denuncie.

UN SOLDADO VETERANO.- ¡Yo iré!

UN CIUDADANO MUTILADO.- ¡Yo también!

(Salen ambos precipitadamente en pos de EL CIUDADANO PRUDENTE.)

PROTONIO.- Esta reunión es peligrosa, todos lo sabéis. Es el momento de llegar a una decisión. Hay pueblos en los que mandan los sacerdotes, pero eso no va con la tradición de los pueblos libres de la Hélade. En consecuencia, no queremos un augur, un sacerdote disfrazado, como Tiresias, que se ocupa de averiguar el sentido de los signos celestes. Tiresias podía resultar tolerable y hasta pintoresco cuando se limitaba a realizar adivinanzas catastróficas. Como gobernante, como hombre de acción, es el mayor de los males para Tebas. Peor que otra guerra contra los argivos. Necesitamos quien nos gobierne, quien sepa descifrar el sentido de los signos de este mundo. Necesitamos alguien así. La cuestión es: quién es ese hombre y dónde está.

ALÉXITES.- Yo sé quién es ese hombre.

EL PROVOCADOR.- Dínos su nombre, no esperamos otra cosa.

ALÉXITES.- Es Creonte. Creonte ha sido regente con la mayor de las prudencias, y lo ha sido en dos ocasiones. Fue él quien corrigió los vicios de la estirpe de Lábdaco. Y él no tiene ningún vínculo de sangre con la familia de Edipo. Propongo a Creonte, aquí presente.

TODOS.- ¡Sí, Creonte! ¡Viva Creonte!

PROTONIO.- Creonte, ya has oído el parecer de nuestros compañeros.

CREONTE.- Compañeros, agradezco vuestras palabras, pero creo que no soy el más indicado para asumir esa carga que...

EL PROVOCADOR.- ¡Basta! Creonte, tú eres nuestro candidato. ¡No puedes negarte!

HEMÓN.- (**Interviene, con exaltación.**) Dejad tranquilo a mi padre. Bastante ha sufrido ya por el casamiento de la desdichada Yocasta, su hermana, con esa rama indigna de gobernantes. Mi padre no quiere más que retirarse a descansar después de tanta desdicha.

ALÉXITES.- Hemón, hijo de Creonte y nieto de Menecio. Tú deberías animar a tu padre en lugar de justificar su modestia. Necesitamos a tu padre, y necesitamos también a jóvenes como tú para la recta gobernación de Tebas.

EL PROVOCADOR.- Sí, has dicho palabras muy exactas, Aléxites. ¡Viva Creonte y viva Hemón! ¡Creonte, rey! ¡Hemón, estratega!

PROTONIO.- Bien saben los dioses que nunca creí que en esta reunión de camaradas surgiera el nombre de la persona más adecuada para ser un día rey de Tebas. Pero esos dioses han sido inspiradores de la mejor de las decisiones. Amigos, compatriotas tebanos, yo os propongo, de acuerdo con vuestra voluntad expresada por aclamación, que nuestro candidato para el cetro de Tebas sea el ilustre Creonte, y que su hijo Hemón le sirva de estratega.

TODOS.- ¡Viva Creonte! ¡Viva Hemón!

ALÉXITES.- Creonte, no puedes seguir negándote. El pueblo te aclama.

EL PROVOCADOR.- ¡Creonte, no tienes otra opción que aceptar si no quieres rehuir el servicio a tu patria!

CREONTE.- (**Parece aceptar muy contra su voluntad.**) Compatriotas, amigos... En contra de mis intereses, y por amor a esta polis que llevo en mi corazón, acepto la candidatura que me proponéis.

TODOS.- ¡Viva Creonte! ¡Viva Creonte!

CREONTE.- Y aunque sé que mi hijo no ha sido nunca amigo de honores ni prebendas, acepto en su nombre, por la potestad que sobre él tengo como padre, su nombramiento como estratega.

TODOS.- ¡Viva Creonte! ¡Viva Hemón!

ALÉXITES.- Queda proclamada la candidatura a rey de Tebas de Creonte, hijo de Meneceo. Y como estratega, Hemón, hijo de Creonte. Desde ahora, nuestro trabajo tenderá a que estos candidatos sean proclamados una vez que derribemos el gobierno de Tiresias, ilegítimo e impuesto por los extranjeros. No dejaremos en nuestro trabajo, pero recordad que el sigilo y el silencio serán condición del logro de nuestros justos objetivos.

TODOS.- ¡Viva Creonte! ¡Viva Hemón!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO II

I

A solas, oculto, TIRESIAS intenta una y otra vez invocar LA SOMBRA de quien fuera Layo, padre de EDIPO.

TIRESIAS.- No puedo más. Estoy agotado, oh mi diosa. **(Cobra empuje, en un supremo esfuerzo.)** ¡Por última vez, yo te invoco, Layo, hijo de Lábdaco...! ¡Que tu sombra se presente ante mí!

(Se materializa LA SOMBRA DE LAYO.)

LA SOMBRA DE LAYO.- **(Irritado.)** ¡Maldición! **(Pero en seguida surge el natural burlón de esta SOMBRA que todo lo ignora.)** ¿Quién me llama con esas exigencias? ¿Acaso no fui rey de Tebas y se me debe un respeto por mi condición de descendiente de la divina Harmonía y de Cadmo, fundador de ciudades?

TIRESIAS.- (Agotado.) Por fin, Layo... ¿No me reconoces? Soy aquél que fue tu buen amigo de juventud. Soy Tiresias, hijo de la ninfa Cariclo y de Eueres el spartíada. Yo te invoco para saber de ti, en beneficio de nuestra amada Tebas.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¿Que tú eres Tiresias? Bah, tú no eres más que un viejo que juega con un alma atormentada.

TIRESIAS.- Créeme. Acércate y comprueba en mí los rasgos que tú viste sin surcos y los cabellos que conociste abundantes y oscuros.

LA SOMBRA DE LAYO.- Tiresias, amigo. Veo que eres tú. Sí, lo recuerdo. Tú ibas a ser joven para siempre, era un regalo de los dioses, pero un día empezaste a envejecer porque así se lo rogaste tú mismo a los inmortales. Y has llegado a viejo, por fin. Ha debido de pasar mucho tiempo. La última vez que te vi eras aún un hombre de muy buen ver. Como yo mismo. Pero yo me fui muy pronto, ¿no es cierto? ¿Cómo fue? ¿Cómo me fui?

TIRESIAS.- Te mataron en el cruce de Platea, junto al Oéroe.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¡Me mataron! ¡Maldición! ¿En un cruce, dices? Por los dioses, ¡qué descuidado tan imperdonable el de Hermes! Sí, ahora lo recuerdo. Fue un muchacho. Un muchacho muy violento, muy arrogante. Quise darle una lección. ¿Quién me cegó para perderme? Supongo que la maléfica Ate, como sucede siempre en estos casos, aunque Eros y Afrodita algo tuvieran que ver. Dime, ¿se hizo justicia? ¿Quién era aquel homicida?

TIRESIAS.- No puedo revelártelo, Layo. Por lo que aconteció más tarde puedo decirte que se hizo justicia, y algo más que justicia.

LA SOMBRA DE LAYO.- Me basta con eso y me tranquiliza.

TIRESIAS.- ¿No hay en el Hades noticia de la vida en este mundo?

LA SOMBRA DE LAYO.- Yo, al menos, nada sé de Tebas ni de mi familia, ni de viejos y queridos amigos como tú. Nunca he sido invocado, por eso estaba un poco desprevenido, y he deambulado por las orillas del Ismeno después de sentir desde el Hades unas perentorias llamadas. Y eras tú. Por cierto, Tiresias, ¿no eras ciego? Da la impresión de que estás viéndome.

TIRESIAS.- Soy ciego. Pero puedo ver a la Sombra de Layo, porque es una sombra, y Layo es un muerto.

LA SOMBRA DE LAYO.- No sé, no comprendo. Debe de hacer tanto que perdí la vida y la memoria, que ahora no consigo recuperar los sentidos que en vida me otorgaron los dioses.

TIRESIAS.- Layo, no hay tiempo que perder. He de preguntarte algo. Tú desoíste el oráculo de la Pitia. Tengo que saber por qué.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¿El oráculo? Ah, sí, ya sé a lo que te refieres. El caso es que... Yo era concupiscente, lo sabes muy bien. Desfloré a mil doncellas y gocé yaciendo en mil lechos adúlteros. Pero la mujer que consiguió embriagarme por completo fue la dulce, la jovencísima Yocasta. Le impuse a su familia el matrimonio, porque era la única manera de gozar de su belleza. Yocasta era luminosa en su presencia y su piel hería desde las manos hasta el fondo de las entrañas. Sus labios ocultaban el icor de los dioses y sus breves pechos, al estar enhiestos, eran dos flechas de Eros lanzadas contra mi albedrío. Mas he aquí que el oráculo me imponía castidad. Si tienes un hijo de Yocasta, morirás. Me propuse no tener descendencia de ella, pero la vida es más fuerte que la prudencia y a menudo se alía con la muerte. Ante la desnudez de Yocasta yo no era libre, sino amante infinito. Y la vida provocó el destino, que era la muerte de mi hijo. Mi destino afortunado tuvo de repente el primero de los pesares. El mayor de los tomentos, la muerte de un hijo. Además, provocada por el propio padre. ¿Crees que hay algo más horrible la muerte de un hijo? ¿No crees que ese horror se incrementa si te ves forzado, como yo, a terminar con su vida? Aquel hijo sin nombre murió en el monte. Yo continué gozando del lecho de Yocasta, pero ya no fue lo mismo. Y ya nunca más nació otro hijo. Era, sin duda, una transacción con los dioses.

(Repentinamente, se aparece HARMONÍA ante la presencia humana de TIRESIAS y LA SOMBRA DE LAYO. Sorpresa moderada de TIRESIAS, que aunque es humano y mortal, ya está acostumbrado a estos aconteceres. LA SOMBRA DE LAYO, en cambio, parece admitir aquella aparición como algo perfectamente previsible.)

HARMONÍA.- Layo, pronunciad de medias verdades, ¿recuerdas a tu bisabuela?

LA SOMBRA DE LAYO.- (**Burlón.**) Cuántas bisabuelas hubieran querido verse como tú ahora. Al menos según se anhelaba en mis tiempos y en los anteriores, pues de éstos no respondo.

HARMONÍA.- Calla, perverso. He venido a reñirte por tus palabras, no a reír ninguna de tus gracias.

LA SOMBRA DE LAYO.- Puedes hacer ambas cosas, diosa mía. No creo que con eso sufra tu dignidad ni abusemos de la hospitalidad del anciano Tiresias.

TIRESIAS.- El anciano Tiresias no pone condiciones a su hospitalidad.

HARMONÍA.- El anciano Tiresias hará bien en callarse mientras yo pregunto a este falsario unas cuantas cosas. Después, os dejaré solos.

TIRESIAS.- Tus órdenes son sagradas para mí, oh mi diosa.

HARMONÍA.- Layo, has hablado de tu concupiscencia como si fuera un delito menor. Soy hija de Afrodita, y sé que la concupiscencia es una forma truncada del impulso amoroso. Eso fue lo que te perdió, Layo, y perdió después a tu pueblo, cuando las faltas se acumularon.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¿Mi pueblo? ¿Qué tiene que ver el pueblo de Layo con las culpas peculiares de Layo?

HARMONÍA.- Afrodita te maldijo, pese a ser su descendiente, porque la abyección y el amor con cosas opuestas, que se repelen.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¿Pero no provienen del mismo lugar? Así me ha parecido comprenderlo.

HARMONÍA.- Como del mismo bronce provienen tanto la herramienta como el puñal.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¿Es el amor sólo matrimonio? ¿Es el amor pura permanencia?

HARMONÍA.- El amor sólo sabe del tiempo con el tiempo. Mas no hay sombra de amor en lo que se apronta con daño o engaño.

LA SOMBRA DE LAYO.- Me estás acusando con palabras tan directas que sólo podré avenirme o defenderme.

HARMONÍA.- ¿Qué dirás en tu defensa, pobre sombra que fue Layo?

LA SOMBRA DE LAYO.- Diré que tu propia madre me propuso amores.

HARMONÍA.- Desdichado Layo. ¡Nada menos que la diosa del amor!

LA SOMBRA DE LAYO.- Y diré que tuve que renunciar a ella, mas no por otra, pues mi corazón no estaba ocupado aquellos días y ella es la más hermosa.

HARMONÍA.- ¿Por qué razón desoíste los agasajos de Cipris?

LA SOMBRA DE LAYO.- Por temor a otro dios que ya acumulaba ofensas contra mi pueblo.

HARMONÍA.- ¿Qué dios es ese, cuya crueldad temías?

LA SOMBRA DE LAYO.- Aquél que fue ofendido por tu marido, mi bisabuelo.

HARMONÍA.- ¿Acaso no te atreves a pronunciar su nombre?

LA SOMBRA DE LAYO.- El caso es que... Sabes que Cadmo siguió a la vaca, y allí donde cayó ésta fundó la acrópolis Cadmea.

HARMONÍA.- ¿Pretendes acaso enseñarme la historia de mi amado Cadmo cuyo cuerpo cayó en Iliria?

LA SOMBRA DE LAYO.- Cadmo mató al dragón en su gruta y el dios que lo protegía se ofendió.

HARMONÍA.- Y Cadmo hubo de servirle en esclavitud durante muchos años. Así lo perdonó.

LA SOMBRA DE LAYO.- A eso voy, mi diosa. Ares nunca perdonó a Cadmo.

HARMONÍA.- ¡Ares, mi padre, perdonó a Cadmo y le dio a su amada hija Harmonía por esposa!

LA SOMBRA DE LAYO.- Sólo para que se confiara. Ares nos odia desde entonces. Yo conseguí, además, que me odiara Afrodita, nuestra protectora.

HARMONÍA.- ¿Pretendes acaso saber más que yo en cuestión de inmortales?

LA SOMBRA DE LAYO.- Perdona, mi diosa, pero los dioses no lo saben todo. Además, tú eres una diosa menor.

HARMONÍA.- ¡Insolente! Afrodita te retiró su protección porque no podía seguir protegiendo a Layo frente a Ares.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¿Por qué? Por despecho. Mis faltas pueden ser ciertas, pero el despecho de la diosa también lo es.

HARMONÍA.- No podía ella protegerte con sus armas amorosas, cuando tu vida misma era contraria a lo que es objeto de su culto.

(Hay un silencio. Las palabras de la esticomitía entre HARMONÍA y LA SOMBRA DE LAYO, con su pizca de comicidad, han sido amargas, apesadumbradas, no meros reproches. Eran intentos vanos de recuperar lo que ya se ha perdido hace mucho y que, al perderse, ha tenido nefastas consecuencias. HARMONÍA nunca ha perdido su dulzura. LA SOMBRA DE LAYO nunca ha dejado de hablar a la diosa con gran respeto. Después del silencio, HARMONÍA se dirige a TIRESIAS.)

Puedes hablar, Tiresias. Completa lo que él tal vez desconoce.

TIRESIAS.- (Vacila unos instantes. Arranca a hablar poco a poco, pero después apresura su relación, como si deseara terminarla cuanto antes, por su carácter doloroso.) Para entonces, los dioses ya te querían perder, Layo. Por eso te cegaron, para perderte del todo. Y lo consiguieron, lograron perder al arrogante y hermosísimo Layo, del que se prendara la propia Afrodita que, al ver su presunción, quedó defraudada y decidió castigarlo. Para ello envió a Eros, que te hizo concebir una pasión desenfadada por Crispia, hija de Pélope, a quien raptaste y sometiste a numerosos estupros. Pélope te maldijo, se puso de nuevo en marcha la procesión ininterrumpida de las maldiciones. Los dioses exigen reparación, y le piden castidad con Yocasta, pero eso no es posible. Pedirle castidad a Layo es como suplicarle a Bóreas que acaricie las tierras y los hombres con cálido aliento. (**Calla TIRESIAS, agacha la cabeza.**)

HARMONÍA.- ¿Qué deduces de todo eso, Tiresias?

TIRESIAS.- De eso y de otros desastres deduzco algo demasiado amplio para ser útil. Que el mal es ubicuo, algo que algunos saben cuando empiezan a hablar y que pocos ignoran cuando les abandona la vida.

HARMONÍA.- (Habla a TIRESIAS, aparte, sin que pueda oírlo LAYO.) Os voy a dejar solos. Me ha dolido hablar con mi hijo Layo, pero era necesario. No le cuentes lo que vino después. Le haría mucho daño.

TIRESIAS.- Entonces, era cierto. Nada sabe...

HARMONÍA.- Compruebalo tú mismo. Pero guarda silencio. (A LA SOMBRA DE LAYO.) Layo, hijo mío. Siempre te preferí entre todos.

LA SOMBRA DE LAYO.- (Se inclina. Pese a su dolor, aún bromea.) Lástima que no estuvieras aquel día en el cruce de Platea.

HARMONÍA.- ¡Desvergonzado!

LA SOMBRA DE LAYO.- Mi diosa...

(Se desvanece la divina presencia de HARMONÍA.)

Me regaña, pero me quiere. ¿O debería decir «me quiere, pero me regaña»? Siempre hubo alguien que me regañara. Si no recuerdo mal, tú mismo lo hiciste alguna vez, cuando no seguí no sé qué consejos tuyos. ¿No lo recuerdas?

TIRESIAS.- No, no recuerdo nada de eso.

LA SOMBRA DE LAYO.- En cualquier caso, ahora has ayudado a mi divina bisabuela a tirarme de las orejas. Siempre se te dio bien adivinar lo mal que iban a ir las cosas, pero nunca supiste acometerlas. Ahora estás muy viejo, Tiresias. Además de profetizar y recordar los días en que fuiste mujer, ¿a qué dedicas tu tiempo ahora?

TIRESIAS.- A gobernar Tebas.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¡Ah! Has llegado lejos. Tal vez me he equivocado contigo. Has sabido esperar, viejo zorro.

TIRESIAS.- Si con ello me reprochas que goce esos placeres que se suelen adjudicar al poder, te reprocharé yo a mi vez que no recuerdes lo amargo que es ejercerlo un solo día. Y si se tratara de un placer auténtico, como creen los crédulos, a mí me habría llegado demasiado tarde. No pretendo conservarlo, sino sólo librarme de él. A ti, en cambio, te llegó demasiado pronto y creíste que era natural que tú lo poseyeras y que los demás te obedecieran. Ni tú, joven lujurioso y petulante; ni yo, anciano que yerra en la mitad de sus vaticinios, habremos sabido hacer uso correcto del cetro.

LA SOMBRA DE LAYO.- (Irónico.) Odia el poder y compadece al poderoso, ¿no es eso?

TIRESIAS.- Desconfía del poder y compadece a quien no lo tiene, pero sólo porque lo habrá de sufrir de otro.

LA SOMBRA DE LAYO.- Me defraudas, profeta. Demasiadas palabras para un epigrama. Te recuerdo más brillante, cuando éramos jóvenes. Fuimos buenos amigos, ¿verdad? Un buen día te convertiste en mujer. Pero no me apeteciste. Veía tras aquellos delicados rasgos femeninos a mi buen compañero Tiresias. Debí ser por entonces cuando te quedaste ciego. Y los ignorantes pensaron que era porque atesoraste el don de la luz interior. Pero estabas tan a oscuras como todos nosotros. Tú mismo no creíste la exactitud del oráculo.

TIRESIAS.- Sí creí, pero siempre me he equivocado en la medida de la crueldad. Cada vez creo más crueles a los dioses. Pero siempre voy por detrás de su capacidad e imaginación para causar daño.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¿Va a ser provisional tu poder?

TIRESIAS.- No he podido evitar asumirlo, pero al menos tendrá su plazo. Habrá un cambio de familia. Nadie quiere a los labdácidas. Tu cuñado Creonte será llamado, sin duda alguna.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¡Creonte! ¡Siempre lo ambicionó!

TIRESIAS.- Fue él quien te sucedió. Pero no me hagas contar lo que le obligó a abandonar el cetro de Tebas.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¡Ese mequetrefe!

TIRESIAS.- Ya no es ningún niño. Han pasado los años. Es casi tan viejo como yo. Como lo serías tú.

LA SOMBRA DE LAYO.- Tus años son incontables. Pero los dioses, a cambio de tu ceguera, te dieron ciertos dones. La juventud duradera, uno de ellos. La profecía ocasional, otro. Una y otra de debilitan. Conoces demasiado la vida y sabes que no te puedes oponer a lo que será, puesto que lo conoces. No puedes oponerte a la llegada de Creonte. Yo sí lo habría hecho. Con todas mis fuerzas.

TIRESIAS.- No es el odio entre cuñados el mejor criterio para juzgar a otro hombre. Pero hay odios de mayor potencia, como el odio entre hermanos que, a lo que sé, es el más natural de todos.

LA SOMBRA DE LAYO.- No me atemorices, evocador de sombras. Hay algo que silencias detrás de tanto circunloquio. Dime, ¿qué ha sucedido en Tebas?

TIRESIAS.- Lo ignoras todo. Lo sospechaba al ver que hay en tu sombra restos de la alegría del gentil Layo. ¿Acaso no ha aparecido por el Hades ninguno de los que murieron segados por la peste, o más tarde, a uno u otro lado de las siete puertas?

LA SOMBRA DE LAYO.- ¿Cómo puedes hablarle así a un ser sin tiempo? ¿Cómo crees que van a suministrarle crónica unos seres destinados al mutismo?

TIRESIAS.- Había algo que te quería silenciar. Por si acaso lo desconocías, como veo que lo desconoces. ¿Ves esa ventana? Si te estuviera dado abrirla, deducirías la magnitud del desastre.

LA SOMBRA DE LAYO.- ¿Ha sido destruida la ciudad de Tebas?

TIRESIAS.- ¿Lo sabes?

LA SOMBRA DE LAYO.- Lo noto en tus ojos. Podría elegir entre saber eso y saber de Yocasta. Hubiera querido pedirte que la convocaras, como has hecho conmigo. Mas, ahora, nada quiero saber ya. ¡Ahora sólo deseo marcharme, si es que a mi precaria concurrencia invocada le cabe desear! Ya es excesiva la tortura de existir, sin ser, en el reino de Hades. No quiero, además, arrogarme la carga de lo que tras mi gobierno le acaeciera a la ciudad de Cadmo. Pues algo me dice que en ello habrá de hallarse mucha responsabilidad de aquél que yo fui. Déjame ir.

TIRESIAS.- Yo te lo pido, sombra de Layo: regresa a las moradas subterráneas donde yace el desdichado despojo que un día te diera cuerpo.

LA SOMBRA DE LAYO.- Gracias, Tiresias. Fuiste mi amigo... (Se desvanece.)

II

Campo de ejecución de condenas a muerte. Cepos, cadenas. No hay presos. Al fondo, varias cabezas en picas. Se acerca una pareja de CAMPESINOS a ver las cabezas. Traen a UNA JOVEN, impedida e incapaz de pronunciar una palabra, hasta las cabezas.

UN CAMPESINO.- Mira, Erila... ¡Yo creo que es él!

UNA CAMPESINA.- Tenía razón el viejo Deinio. ¡Es él!

UN CAMPESINO.- (A LA JOVEN.) ¡Hija, este es el hombre que te hizo eso! Era verdad, han hecho justicia. ¡Lástima que toda la familia de Yalia haya muerto en la guerra! Fue ése quien mató a sus dos hijas.

UNA CAMPESINA.- ¿Los ves, hija, los ves bien? Fue tu propia madre quien sirvió de testigo para traerle a este campo donde se pudre.

UN CAMPESINO.- No pudieron dar muerte a todos. Y siempre quedan testigos. Ocho o nueve reconocieron a esa alimaña...

(La muchacha se agita a la vista de las cabezas. Se acerca al grupo un hombre vestido de artesano. Como veremos en seguida, es EL PROVOCADOR profesional que apoyó antes a los conspiradores.)

EL PROVOCADOR.- ¿Buscáis algún familiar?

UN CAMPESINO.- ¡No lo quieran los dioses! Buscábamos un criminal, y aquí lo hemos encontrado...

EL PROVOCADOR.- Ah, disculpad entonces. Creí que había que daros el pésame, pero ahora veo que hay que daros la enhorabuena.

UN CAMPESINO.- En cualquier caso, la muerte de ese criminal no le devolverá hogaño el movimiento y el habla a esta pobre hija mía.

UNA CAMPESINA.- Eso es verdad, pero consuela ver esa cabeza sin el mismo cuerpo que antaño la sostenía.

EL PROVOCADOR.- ¡Bah! El gobierno de Tiresias es blando. Iban a castigar a todos los criminales, pero sólo han castigado a unos pocos. Además, el propio Tiresias ha prohibido que los empalen, y ha impuesto la decapitación para que los reos no sufran. ¡Habrased visto!

UNA CAMPESINA.- Señor, nosotros no entendemos de esas cosas...

EL PROVOCADOR.- Tendrían que haberlos empalado, como se hace por esas tierras. Es lo que se propuso, pero Tiresias lo desestimó. Pobre alma sensible, le dolía pensar lo mucho que iban a sufrir, en su lenta muerte, estos pobres seres que habían martirizado a sus semejantes.

UN CAMPESINO.- Consuela por lo menos ver que le han rebanado el pescuezo así, en redondo, en redondo...

EL PROVOCADOR.- ¡Hubiera sido mejor empalarlos!
¡Este gobierno está formado por cobardes y por beatones!

(Asustados, los CAMPESINOS huyen de aquel intruso y
arrastran fuera de escena a su hija impedida.)

¡Maldición! ¡Encima, están contestos...!

(Entran PROTONIO y ALÉXITES.)

PROTONIO.- ¿De qué te quejas tú ahora?

EL PROVOCADOR.- Os lo podéis imaginar, ciudadanos.

ALÉXITES.- ¿Es que no va bien tu negocio?

EL PROVOCADOR.- La gente no quiere oír hablar mal del gobierno de Tiresias. Están hartos de guerra y aceptan cualquier cosa. Y por si eso fuera poco...

PROTONIO.- (Irritado.) ¡Basta! No te pagamos para que nos describas la situación de Tebas. ¡Demasiado bien la conocemos! Te pagamos para que la cambies, ¿entiendes? Si quieres dejar tu trabajo, hay una buena reserva de voluntarios que esperan.

EL PROVOCADOR.- Está bien... Haré lo que pueda.

ALÉXITES.- ¡No queremos que hagas lo que puedas, sino mucho más! ¡Si nos lo proponemos, lo conseguiremos! ¿Dónde vamos a ir si todos se dejan llevar por ese desánimo? Hay que repetir machaconamente «Márchate, Tiresias», y al final la multitud lo repetirá con nosotros hasta que Tiresias acabe yéndose.

(Salen PROTONIO y ALÉXITES.)

EL PROVOCADOR.- A fe mía, era mucho más fácil enardecer a los tanagreses explicándoles que eran distintos y contrarios a los tebanos, que los tebanos eran un ejército extranjero, que los sometía a esclavitud... Pero esto lo veo muy difícil. No voy a sacar tanto como en Tanagra, de eso estoy seguro.

(Entra una pareja de ANCIANOS, con aspecto también de artesanos. Rápidamente, se dirige a ellos EL PROVOCADOR.)

¡Ah, decidme, ciudadanos venerables...! ¿Acaso venís a reconocer a alguno de los criminales que violentó a vuestra hija o ejecutó a traición a vuestro hermano...?

(LOS ANCIANOS se vuelven a mirarle, esbozan un gesto de profundo desagrado y no le responden. Se dirigen entonces hasta las cabezas cortadas. EL PROVOCADOR se queda quieto, esperando ver de lejos las reacciones de LOS ANCIANOS. Éstos, se postran ante las cabezas y parecen adorarlas. Pero entonces miran a un lado y a otro y, sin tener en cuenta al artesano que los observa, toman una de ellas, la misma que señalaban los CAMPESINOS de antes. EL ANCIANO la toma en la mano y la eleva al cielo. LA ANCIANA llora ante ella.)

LA ANCIANA.- **(En un alarido, quiere tomar la cabeza en sus manos y besarla.)** ¡Hijo mío! ¡Mi hijo querido! ¡Mi hijo!

EL ANCIANO.- **(Le arrebató la cabeza y la oculta en un envoltorio que traía preparado.)** ¡Estate quieta! ¡Y cállate!

EL PROVOCADOR.- **(Se acerca a ellos.)** ¿Y esto es justicia? ¡Miren lo que hace el gobierno de Tiresias! ¡Cortarle el cuello a los hombres que han luchado por su patria! ¡Cobardes! ¡Cumplen órdenes de Teseo y de Amfiarao! ¡Están matando a los hombres que defendieron Tebas! ¡Diké se revuelve indignada ante este espectáculo! ¡Esto no es justicia!

EL ANCIANO.- ¡No, esto no es justicia, dioses misericordiosos!

LA ANCIANA.- ¡No es justicia!

(Gimoteando ella con un dolor profundísimo, tembloroso de ira él, LOS DOS ANCIANOS se marchan con su envoltorio.)

EL PROVOCADOR.- ¡Lástima...! Estos no cuentan gran cosa. Son demasiado viejos.

III

ANTÍGONA e ISMENE. Se escucharán voces de EDIPO, encerrado.

ISMENE.- (Desbordante de alegría.) Antígona, hermana... He recibido un mensaje de Alcmeón. ¡Estará aquí dentro de tres días!

ANTÍGONA.- Me alegro de esa noticia. Pero no puedo alegrarme lo suficiente. Creo que van a presionar a Tiresias para que expulse a nuestro padre de la ciudad.

ISMENE.- ¡Cómo...! ¿Quién se atreve...?

ANTÍGONA.- ¡Bah! Se atreven todos. Creen que porta la maldición de la Erinis, por ser parricida, por haber maldecido a sus hijos, por haber gozado del cuerpo de su madre... Es lo mejor. Me lo llevaré donde no tengan tantos miramientos.

ISMENE.- (Estalla en llanto.) ¡Antígona, yo...!

ANTÍGONA.- (Con firmeza.) ¡No quiero lloros, Ismene! Tú te irás con Alcmeón. Y lo harás sin que nadie se entere. De eso me encargo yo, junto con él. Que nadie sepa que has recibido ese mensaje. ¡Ah, Tebas, dentro de muy poco te verás totalmente libre de la estirpe de Edipo! ¡Y tú, Creonte, amado tío, tendrás lo que siempre has anhelado, apoyado ahora por ese maricón que tienes por hijo! **(Ríe.)** Tebas conocerá entonces un período de paz y de prosperidad. **(Ríe.)**

IV

Tensa entrevista entre TIRESIAS y una delegación de dos ciudadanos. Son el siempre delegado CREONTE y un hombre sencillo y cruel, de los muchos que hay. Su nombre es POLICEO. Les interrumpimos en un desvío que parece pretenderse charla de iniciados. Pero CREONTE está muy crecido a estas alturas, y se permite impertinencias con el jefe de gobierno de Tebas, ese cargo que ansía, que ha ejercido y que pretende recuperar por la mayor de las puertas: la creación de una dinastía. También están presentes, pero silenciosos, dos miembros del Consejo de gobierno de TIRESIAS, ARISPO, al que ya conocemos, y el estratega ANFISO.

TIRESIAS.- Eteocles podía ser un insensato. Pero nunca fue corrupto. No quiso mantener el poder para sí por un apetito inmoderado, sino porque, aislado en él, enloqueció.

CREONTE.- Según tú, el poder aísla.

TIRESIAS.- No siempre.

CREONTE.- (Irónico.) No siempre. Hay excepciones, como tú.

TIRESIAS.- (Ofendido, como tantas veces, por la mala fe ajena.) Yo no tengo el poder. Sólo tengo el gobierno. Y por poco tiempo.

POLICEO.- (Con el desdén de la llaneza, que se autoconsidera además sentido común.) Honorable Tiresias: no me convence tu idea de Eteocles como loco. Un loco puede hacer locuras, pero si toda una polis las sigue es que despiertan algo profundo en el pueblo. ¿Qué puede hacer un loco si un pueblo está decidido a no seguirle?

TIRESIAS.- Creo que es un error eso que dices. Los pueblos pueden seguir a un loco, como los niños creen en el daimon que les trae regalos. Porque son incapaces, crueles e ingenuos.

CREONTE.- Tiresias, en tus palabras hay una permanente desautorización del hombre que emprende acciones. Llevas siglo y medio de contemplador, juzgando a los demás en sus tareas, prediciendo catástrofes. No eres el más indicado para juzgar a Eteocles, que tuvo todo un pueblo detrás de él.

TIRESIAS.- No. Tuvo un pueblo dispuesto a defender la ciudad cuando los argivos se aprestaron a invadirla. Mientras, admitieron sus caprichos. Empezando por el primero: aceptaron de buen grado que Polinices no ejerciera su turno de mandato.

CREONTE.- Siempre ves aquello que para los demás está oculto. No sé si eres un sabio o un aprovechado, y perdona que te hable así, honorable Tiresias. El caso es que hasta cuando tuviste razón, y tú mismo sabes que no la has tenido siempre, desvelaste cosas que tal vez tendrían que haber permanecido ocultas. Quien conoce secretos resulta a menudo demasiado temerario, y su comportamiento tiene también bastante de culpable.

POLICEO.- (Como antes, pero más impaciente, más censor del parloteo de los dos.) Disculpád si un hombre de lenguaje y reflexión más llanos que los vuestros os interrumpen en tan elevadas discusiones, pero tanto Creonte como yo hemos sido delegados ante ti, Tiresias, por algo menos generoso que el intento de comprensión del bueno o el mal gobierno. En una palabra: la polis está persuadida de que la presencia de Edipo es nefasta para Tebas. El propio Edipo debería proponer su marcha. Es lamentable para nosotros tener que pedírsela.

TIRESIAS.- Y venís a proponerla a través mío.

CREONTE.- Ha dicho bien el bueno de Policeo. No hay nada como decir las cosas como son. Nuestra visita, Tiresias, tiene ese objetivo. Edipo ha de salir de Tebas.

TIRESIAS.- Es un anciano.

CREONTE.- No. Es un hombre de cincuenta años. Menor que yo.

TIRESIAS.- Debería preguntaros a quien representáis, pero lo sé, o lo imagino. Es una voluntad no general, pero sí poderosa. Es la Tebas más viva. O lo que permanece aún vivo en Tebas. No sois el pueblo llano, sino el pueblo que actúa, trabaja y da trabajo, posee las armas, los hornos y los talleres, las minas y las huertas. Sois Tebas misma. ¿Quién soy yo para oponerme, si mi gobierno es provisional y uno de vosotros dos, o cualquiera de vuestro grupo, puede estar en mi lugar dentro de muy poco?

POLICEO.- Honorable Tiresias, aprovechas nuestra petición, ruda pero razonable, pero hacer pronósticos como una esfinge sin garras. Si nos quieres decir algo, hablanos más claro. Al menos a mí, que soy un torpe artesano con unas pocas fanegas de tierra y que desconoce los circunloquios de las palabras que tú aprendiste en el vuelo de las aves divinas.

CREONTE.- No forcemos al honorable Tiresias. Se encuentra en un trance: los dioses le hablan en un lenguaje sublime y, al mismo tiempo, nosotros venimos a importunarle con nuestra torpe verborrea. Te pediré algo, Tiresias, si un día resignas el cetro de Tebas, cosa que ninguno de nosotros desea, no tengas sólo en cuenta el vuelo de las aves, sino también a los ciudadanos de esta polis.

TIRESIAS.- Hay algo que está por encima de la interpretación de esos vuelos o de la opinión cambiante de los grupos. Y eso que está por encima prefiero llamarlo legitimidad. La legitimidad favorece tu candidatura, Creonte.

CREONTE.- ¡Qué me quiere decir con eso! ¿Que tienes espías que conocen mis deseos ocultos?

TIRESIAS.- No. Sí que tengo ofertas de espías, pero no las acepto. Mi conocimiento de las cosas viene de otra parte.

CREONTE.- Olvidaba que un adivino no necesita espías.

TIRESIAS.- No sé si los necesita. Yo no los quiero. De todas formas, ser adivino no es ser omnisciente, sino saber interpretar las señales de los dioses para comunicarlas a los humanos. He hablado de legitimidad porque la posees, no porque crea que es un arma en mi contra. Yo deseo resignar el cetro, y así lo haré en cuanto haya terminado mi misión. Ya sé que no me crees, pues para quienes aman el poder por encima de todo no es creíble que haya un solo ser humano que, poseyéndolo, esté dispuesto a renunciar a él.

CREONTE.- Adivino, te has ganado odios porque no eres de los que guarda silencio sobre lo que sabe, ni tampoco de los que dicen cosas convenientes. Si al menos hubieras muerto a tiempo, como todo el mundo, te habríamos dedicado himnos de alabanza.

TIRESIAS.- Lamentablemente para ti, soy tu contemporáneo. ¿Hay algo más odioso que un contemporáneo? Un gran hombre del presente está ahí para mostrar nuestra pequeñez. Un gran hombre del pasado, en cambio, se hace acreedor de himnos. Creonte, quién sabe si no nos los dedicarán juntos.

CREONTE.- ¿Es eso otro de tus vaticinios u otro abuso de tu ciencia divina? Lo tomaré como lo que es, una amenaza.

TIRESIAS.- ¡Cómo puedes decir que yo te amenazo!

CREONTE.- Me has amenazado, y basta. Este ciudadano es testigo.

TIRESIAS.- Creonte, ¿qué te propones hacer con Tebas y conmigo?

CREONTE.- Por suerte, tú no eres Tebas. No eres más que Tiresias, un viejo imaginador que ha engañado a los suyos durante siglo y medio. ¿En qué quedamos, pues? ¿Saldrá Edipo pacíficamente de Tebas o será inevitable que otros ciudadanos, menos pacientes, obtengan por la fuerza lo que no conseguimos Policeo y yo mediante una súplica razonable?

TIRESIAS.- Marchad en paz, Creonte y Policeo. Edipo saldrá de Tebas, si es eso condición de sosiego para esta polis desdichada.

CREONTE.- (Esboza una inclinación.) Honorable Tiresias...

POLICEO.- (Se inclina algo más.) Honorable Tiresias...

(Salen CREONTE y POLICEO.)

TIRESIAS.- (A solas con ARISPO y ANFISO.) Muy silenciosos habéis estado, amigos.

ARISPO.- Era lo más prudente. Si llego a hablar, el tono hubiera subido más todavía.

ANFISO.- Creonte se comporta con demasiada insolencia. Ya se ve en tu lugar y ni siquiera lo disimula. Y cuando le has dicho que él puede ser tu sucesor, lo ha tomado como debilidad tuya. Como si le estuvieras pidiendo disculpas para que no te maltrate cuando eso se cumpla.

ARISPO.- Eso es conocer mal a Tiresias.

ANFISO.- Conocer no es imprescindible para golpear. Puede ser hasta un estorbo. Y golpear es lo único que ahora pretende Creonte.

TIRESIAS.- ¿Qué pensáis de la expulsión de Edipo?

ANFISO.- Que tendríamos que haberla decidido nosotros. Es lo mejor que puede suceder. Pero al hacerlo ahora, parecerá que cedemos a sus presiones.

ARISPO.- Amigo Anfiso, creo que tenemos que hablar de una vez con Tiresias de lo que hemos pensado.

ANFISO.- Tienes razón, Arispo. Hemos pensado que Creonte y su grupo, que en realidad está capitaneado por Aléxites y Protonio, siempre en la sombra, son peligrosos. No sólo para nuestro gobierno, sino para Tebas. Son revanchistas. Han dado alas a la leyenda de que los Siete invadieron Tebas, y ahora todo el mundo lo cree a pies juntillas. Así se escribe la historia: una mentira que aprovecha a unos cuantos se convierte en el credo de una polis que se cree humillada y mártir. Tiresias, hay que terminar con Creonte y su gente.

ARISPO.- Da la orden y será ejecutada.

ANFISO.- Ni siquiera tienes que dar la orden. Déjanos actuar, y Tebas se verá libre de un peligro peor que la guerra atroz que desencadenaron los hijos de Edipo y la enemiga Argos.

TIRESIAS.- ¡Nunca! ¿Me habéis oído? ¡Nunca dará Tiresias esa orden ni permitirá que los suyos lleven a cabo ese crimen injusto!

ANFISO.- Cuando la patria está en peligro, hay que olvidarse de lo que es justo o injusto, y hasta de la piedad o de la crueldad. A la patria hay que salvarla con honor o con vilipendio, eso no importa. ¿O será mejor dejar que unos criminales vivos le ganen la partida a unos hombres decentes, escrupulosos y finalmente muertos?

ARISPO.- Honorable Tiresias, Anfiso tiene razón. Es preciso...

TIRESIAS.- ¡Basta! ¡Cómo os atrevéis a darme esos consejos!

ANFISO.- Porque no se trata de ti, sino de Tebas. ¿Vas a conservar tus manos limpias sólo porque tu moral te impide cumplir suciamente con el futuro de Tebas, que con ellos no será ni mucho menos limpio?

TIRESIAS.- ¡Dejadme! ¡Marchaos! ¡La sesión ha concluido...!

TIRESIAS recibe a EDIPO y a ANTÍGONA.

EDIPO.- Hazme pasar, hija. El honorable Tiresias nos ha convocado y algo grave va a decirnos.

ANTÍGONA.- Estamos en su presencia, padre. Nos estaba esperando.

EDIPO.- Claro. Dos ciegos frente a frente. Es cosa de risa. ¿Estamos los tres solos?

ANTÍGONA.- Hay un guardia armado que protege al regente.

TIRESIAS.- Avanza, Edipo. Sé bienvenido.

EDIPO.- No digas eso, Tiresias. No soy bienvenido en ninguna parte. Ni quiero serlo.

TIRESIAS.- ¿Cómo te encuentras?

EDIPO.- Pues, verás. Soy padre de dos muertos, que eran hermanos míos. Soy hijo de una muerta, que era mi esposa. Mi hija y hermana guía mis pasos. Debería ser feliz, no todo el mundo puede blasonar de tan ardientes parentescos. Pero prefiero quejarme. Después de todo, nadie siente amor por la estirpe de Layo y todos en Tebas parecen respirar de alivio cuando muere uno de los míos. Uno menos, dicen. ¿Sabes, Tiresias? Yo, en su lugar, lo haría también. ¿Respondo con eso a tu pregunta?

TIRESIAS.- Estás hoy de un humor extraño, pero tienes tus razones. Se diría que ríes de tus desgracias.

EDIPO.- Son tantas y tan enormes que ante ellas no cabe sino la risa. La acumulación de desdichas promueve la hilaridad. De igual modo que los bufones sin gracia provocan conmiseración.

ANTÍGONA.- Sin embargo, veo muy afligido el rostro de tu hija.

EDIPO.- Ella llora por los dos. También ve por los dos. Al menos sirve para algo útil, la pobre novia sin pretendiente. Pero dejemos eso, buen Tiresias. Creo saber por qué me has llamado, y te resulta embarazoso empezar. ¿Necesitas que yo mismo te ayude?

TIRESIAS.- ¿Qué ha llegado a tus oídos?

EDIPO.- Que la comisión de súplicas de los ciudadanos le ha elevado no una súplica, sino una auténtica intimidación al regente Tiresias con un contenido que él mismo ha sido capaz de adivinar, pese a su conocida torpeza. En esa petición, redactada por ciudadanos ilustres entre los que se cuenta mi buen cuñado Creonte, se conmina al regente a que expulse de Tebas a Edipo, hijo de Layo, criado por Pólipo.

TIRESIAS.- Creí que esa entrevista había sido secreta. Estás bien informado.

EDIPO.- Puedes ahorrarte el papelón, Tiresias. Qué pena me das. Estás limpiando Tebas según lo ordena la Junta de intervención de la Hélade. Y ahora empiezas a limpiarlo según la comisión de ciudadanos. No sabes lo que es gobernar. Gobernar es hacer lo que hay que hacer, no lo que te dictan los grupos extranjeros o internos. Le estás haciendo el trabajo sucio al imbécil que te suceda. Que será Creonte, sin duda alguna. Para saberlo, no necesito ser adivino, como tú.

ANTÍGONA.- Mi tío Creonte se está aprovechando de todo. Hasta de la muerte de su pobre hijo Meneceo. Dice que tú, Tiresias, impusiste su muerte en la guarida del dragón como sacrificio expiatorio que apaciguase a Ares. Es un embustero. Todos sabemos que el joven Meneceo murió en la defensa de la Puerta Crenea, frente a las tropas ávidas de sangre que conducía mi hermano de triste recuerdo.

EDIPO.- ¿Te asombra, verdad? Pues lo que acaba de decir esta idiota es la pura verdad. Ni los tontos ni los niños saben mentir.

TIRESIAS.- Si Creonte ha llegado tan lejos, lo ignoraba. Demuestra ser lo que nunca sospeché. ¿Cómo puede dar pábulo a mentira semejante?

ANTÍGONA.- Hay mentiras dulces como los besos de una madre, y nos mecemos en ellas como en los brazos que perdimos a fuerza de ir creciendo. Tardamos en saber que se clavan en nosotros como las garras de la Esfinge.

EDIPO.- Las mentiras para devotos son el paño con que se tejen las creencias de los pueblos. Desdichado gobernante serás si no dispones periódicamente de unas cuantas.

TIRESIAS.- (Con indignación.) Edipo, me duele tener que recordarte que precisamente tú... (Se detiene. La muchacha reacciona con presteza, ofendida.)

ANTÍGONA.- Padre, vámonos. ¿Es que no ves que somos el pecado viviente? La presencia de los impuros impacienta a los justos.

TIRESIAS.- Nada hay contra ti, Antígona.

ANTÍGONA.- Iré donde mi padre vaya.

TIRESIAS.- Pero ¿dónde pensáis ir?

ANTÍGONA.- Iremos errantes, sin objetivo. Ya nos querrán en alguna polis donde no consideren una maldición tener entre sus huéspedes o en sus tumbas un miembro desdichado de la estirpe de Lábdaco.

TIRESIAS.- ¿Qué queda de tu noviazgo con tu primo Hemón?

EDIPO.- (Con dañino alborozo.) Eso se acabó. Será virgen toda su vida (Ríe con estentóreo entusiasmo.)

ANTÍGONA.- De ese noviazgo queda poco. Una palabra dada a mi madre y rota después de que mis hermanos se atravesaran los cuerpos con sus lanzas. Un bello recuerdo que se interrumpe cuando mi tío Creonte nos considera indignos de emparentar con él más todavía.

TIRESIAS.- Cuánta amargura hay en tus palabras.

ANTÍGONA.- Tú, que has sido mujer, sabrás cuán distinto es el dolor en nosotras. Calibra mi pesar por los recuerdos de aquella manera de intuir.

EDIPO.- Bah, tal vez ni se acuerde. Es adivino, pero también desmemoriado. ¿Sabes una cosa? No te envidio ese don de la mántica, que te llevaba a equivocarte tan a menudo. Prefiero el mío, el don de la maldición. **(Ríe.)** Ya lo ves. Maldije a mis hijos, que quisieron humillarme cuando busqué la luz arrancándome los ojos. El don de la maldición es superior al de la predicción. Tú puedes predecir algunas cosas, pero no controlarlas. Yo, en cambio, maldigo, y es como si atravesara los cuerpos con bronce afilado. No en vano soy producto de una maldición. Mira esta pobre doncella, mi hija, mi hermana. Me teme, y hará lo que yo le diga. **(Ríe.)** ¿Es cierto que esa comisión de ciudadanos ha impuesto que el cadáver de Polinices permanezca insepulto?

TIRESIAS.- Esos ciudadanos lo consideran traidor a su patria. Estoy intentado disuadirlos. El castigo, para los vivos. Los muertos ya han saldado toda culpa. Podemos castigar su memoria, pero debemos renunciar a que se halle en nuestra mano el avatar de su alma.

ANTÍGONA.- No exageres, buen Tiresias. Polinices ha sido nuestra desgracia, la de mi familia y la de Tebas. No negaré la imprudencia de Eteocles, pero la respuesta de Polinices fue desmesurada y contraria a toda razón. No seré yo, su hermana, quien mueva un dedo a fin de que su alma se apacigüe mediante cualquier honra fúnebre.

EDIPO.- **(Con infantil alborozo.)** Tiresias, si supieras cuánto celebro la muerte de mis hijos.

TIRESIAS.- **(Con indignada conmiseración.)** Lamentable Edipo...

ANTÍGONA.- No digas eso, adivino. Tú no puedes verle. Tiene sólo cincuenta años y ya es un anciano decrepito. Fue el más bello, el más apuesto, el más orgulloso. Yocasta, mi madre, contaba las ceremonias de recepción de embajadas extranjeras. Era el más seductor de los reyes de la Hélade.

EDIPO.- ¡No necesito que me defiendas, hija de la maldición!

(Intenta golpear a ANTÍGONA, que está junto a él y le sostiene.)

ANTÍGONA.- (Mantiene a su padre a distancia, con una fuerza que denuncia gran autoridad. Durante el parlamento siguiente, lo tiene sujeto. El anciano no se rebela. Continúa ella, sin prestarle mayor atención.) Ahora nada queda de todo aquello. Perdida su belleza y su poder, perdida su seducción, sólo queda lo peor de su carácter. La arrogancia se ha tornado crueldad. Su caída le ha hecho como presente un resentimiento infinito. Poseyó el poder y creyó poseer el tiempo. Afrodita lo castigó, y de paso a todos nosotros. De nada valió que intercediera Apolo. Si pudieras verle... Ahora está derrumbado, se ha precipitado desde una gran altura y aún no tenemos seguridad de que vaya a detenerse su caída. ¿Crees que dice la verdad al hablar así? Un hombre como tú no puede tomarse al pie de la letra esas palabras, que encierran tanto dolor que hay que pronunciarlas, como él decía antes, entre risas. Comprendelo, adivino.

TIRESIAS.- (Conmovido.) Ven, pequeña, abrázame. Me has dado una lección.

ANTÍGONA.- (Sarcástica.) Sé prudente, Tiresias. No quieras exponerte al contagio de una estirpe maldita.

VI

Escenas paralelas. Contemplamos dos lugares, dos acciones. La que ocupará la mayor parte de la atención comienza con ANTÍGONA y EDIPO, vestidos de viaje. Ella lleva un hato con provisiones y un cuero con vino. Se encuentran junto a la gruta que encierra el cuerpo de POLINICES, destinado a las alimañas y a la intemperie. La otra escena tiene como personajes a los jóvenes ALCMEÓN e ISMENE. Es su dúo de amor, que sorprenderemos en tres ocasiones. Casi desnudos, se despiertan tras una noche que han compartido juntos. ALCMEÓN e ISMENE, se desperezan.

ALCMEÓN.- Amada Ismene. Hoy es el día señalado. Mi padre me espera en Aulis para embarcar. Por última vez, te lo pido. Acompáñame.

ISMENE.- Mi tío Creonte no ha sido consultado...

ALCMEÓN.- Tu hermana lo aconsejó así. ¿Para qué queremos el permiso de Creonte? Tenemos la bendición de Antígona.

ISMENE.- Antígona... A estas horas debe de estar llevando a cabo el plan que tanto ha meditado.

ALCMEÓN.- ¿De qué estás hablando, bellísima Ismene?

ISMENE.- Hermoso Alcmeón. Abrázame, acaríciame, ámame... Y no hagas preguntas.

(**ANTÍGONA y EDIPO llegan junto a la cueva.**)

ANTÍGONA.- Ven, padre. Aquí está el cuerpo de quien fue tu hijo, Polinices. Aunque no lo amo, era mi hermano. Nos despediremos de él antes de embarcarnos para Quíos.

EDIPO.- ¡Maldito lo que tengo yo que hacer aquí! Polinices, mi hijo... Escupo en su nombre. Él fue quien arrastró a Eteocles a tratarme como a un perro.

ANTÍGONA.- Nunca has sido un perro. Tu perro soy yo.

EDIPO.- Antígona, mi perro, vámonos de aquí si es cierto que estamos junto al cadáver de ese maldito de malditos.

(**Salen dos guardianes, encargados por la ciudad de Tebas de impedir el acceso a los despojos de POLINICES. Son SILIO y PANTENIOS.**)

SILIO.- Antígona, sabes que no se puede llegar hasta aquí. Seguid vuestro camino hasta puerto y marchad pronto a Quíos, tal como os proponéis.

ANTÍGONA.- Ingrato Silio, ¿vas a impedirle a una hermana que despida el cadáver que fue su hermano y que ahora es sombra exánime?

SILIO.- Este compañero y yo nos jugamos mucho si conseguimos llegar hasta el cuerpo de Polinices. Nadie puede hacerlo y, por lo que tenemos entendido, su familia menos aún.

ANTÍGONA.- Quiero pedirte algo, mi buen Silio. Mas dime antes, ¿quién es ese hombre que te acompaña?

SILIO.- Es mi compañero Pantenios.

ANTÍGONA.- Pantenios, yo te lo ruego, toma del brazo a este pobre anciano que un día fue el ilustre Edipo...

SILIO Y PANTENIOS.- ¡Es Edipo...!

ANTÍGONA.- ... Y llévalo a vuestro puesto de guardia. Que descanse un rato, pues le es imposible seguir adelante. Por mi parte, quisiera estar a solas unos instantes con mi buen amigo Silio.

PANTENIOS.- (A SILIO.) ¿Qué debo hacer?

SILIO.- (Aparte, a PANTENIOS.) Adelante, Pantenios. Y no vuelvas por aquí hasta que te haga una señal.

PANTENIOS.- (Aparte, a SILIO, como broma procaz entre hombres.) ¿Vas a animar el cuerpo de la joven hija de Edipo? Ten cuidado no te alcance alguna de las maldiciones de esa familia de locos. (Pasa ahora a hacer una advertencia.) Pero, ¡ojo! Mientras yo esté en el puesto con el viejo, no la pierdas de vista. Que no se acerque al cadáver. Nos va en ello la vida. (Se dirige a ANTÍGONA.) Señora, estamos a tus órdenes.

ANTÍGONA.- Padre, este buen servidor te va a llevar a descansar un rato hasta que emprendamos la partida.

PANTENIOS.- Vamos, abuelo.

EDIPO.- ¡Quién eres tú...! ¡Quítame las manos de encima!

(A una seña de ANTÍGONA, PANTENIOS se lleva a EDIPO a la fuerza. A solas, ANTÍGONA y SILIO se miran largamente.)

SILIO.- Creí que te habías olvidado de mí.

ANTÍGONA.- Hubiese querido irme sin verte, pero ha sido más fuerte que yo.

SILIO.- ¿Me amas...?

ANTÍGONA.- Siempre, siempre te amaré.

SILIO.- Sabía que no era el cuerpo de tu hermano lo que te atraía aquí.

ANTÍGONA.- Odio la memoria de Polinices y no siento mayor aprecio por su cuerpo. En cambio, amo tu rostro, tus brazos, tu cuerpo, tus piernas, tu vida y tu figura por encima de todo. ¡Ah, dioses, que las leyes me obliguen a renunciar al hombre de mi vida por absurdas consideraciones de rango...! ¿Por qué Eros nos atraviesa con sus flechas cuando la polis prescribe imposibilidades a la hora de cumplir los mandatos de Cipris?

(Se precipita uno en brazos del otro.)

SILIO.- (Encendido, al tiempo que ufano.) Al menos, podríamos recordar esta última noche como la más hermosa de todas.

ANTÍGONA.- Sí, a eso he venido. A entregarme a ti. Antígona quiere darle a Silio su virginidad como presente por un amor que no es posible.

(Se desprende del manto que la cubre y de las ropas que estaban debajo. Queda en semidesnudez. SILIO se enciende.)

No podemos contraer nupcias, nos está negado por la ley de los hombres que nos amemos como lo hicieron Cadmo y Harmonía, a cuyos esponsales acudieron los dioses con generosos presentes. Pero podemos celebrar nuestro abrazo como si fuera un casamiento. Mira, tengo vino traído de Rodas.

(Se abrazan de nuevo, apasionadamente.)

SILIO.- ¡Ah, hermosa hija de Edipo! Has pensado en todo.

ANTÍGONA.- En todo y en ti.

SILIO.- Dame de ese vino.

ANTÍGONA.- Toma.

(Le entrega el cuero del vino. SILIO bebe un largo trago, que le rebosa la cavidad de la boca.)

SILIO.- Bebe tú también...

ANTÍGONA.- Sí.

(Bebe ANTÍGONA, pero no traga el líquido. Impetuoso, SILIO vuelve a abrazarla.)

¡Ah! **(ANTÍGONA finge sobresalto para expulsar el vino de su boca.)** Bebe más, Silio, tú que eres un regalo que me otorga Afrodita.

SILIO.- Amada Antígona, comprendo contigo lo que es vivir con los dioses y servirles en sus apetencias.

ANTÍGONA.- Amado Silio, quiero compartir contigo, aunque sólo sea una noche, el vivir despreocupado y cálido de los bienaventurados.

SILIO.- **(Siente un repentino malestar, se echa mano a la cabeza.)** Pero, qué me sucede, qué siento...

(Se desvanece a los pies de ANTÍGONA. Ella observa el cuerpo derrumbado. Le quita las armas y las aparta. Cuando está segura de la inconsciencia de SILIO, lo toma de las axilas y lo arrastra fuera, por el lado contrario por el que salieron EDIPO y PANTENIOS. Nuestra atención se dirige entonces a ISMENE y ALCMEÓN, que ya están completamente vestidos. Mientras hablan ambos jóvenes, ANTÍGONA regresa y toma las armas que le ha arrebatado a SILIO. Con ellas, saldrá por el mismo lado.)

ALCMEÓN.- Está decidido. Haremos el viaje juntos o no me iré de Tebas.

ISMENE.- Los tebanos no sienten amor por vosotros. Sería peligroso que te quedaras solo.

ALCMEÓN.- ¿Por qué nos odian, amada mía? ¿Por qué? ¿No vinieron mi padre y los demás a imponer una paz que, de no producirse, habría supuesto la ruina total de Tebas?

ISMENE.- Yo sé por qué ha tenido lugar esta guerra.

ALCMEÓN.- ¿Que sabes por qué...? No entiendo tu enigma.

ISMENE.- (**Exaltada.**) Que los dioses me perdonen, pero creo que esta guerra ha tenido lugar sólo para que tú y yo nos amemos. ¿Ofendo a los dioses con mis palabras o es que Eros me ha cegado y pierdo el sentido de las dimensiones?

ALCMEÓN.- (**Apasionado.**) Si ofensa es proclamar amor, también lo mío es ofensa. Mas quiera Afrodita aceptar el apasionado sentimiento que, caudalosamente, me inspira tu dulzura.

ISMENE.- Me arrebatara el azúcar de tu boca, me dispara el calor de tus muslos, me derrumba la inquietud de ser ya mío...

ALCMEÓN.- He pasado de niño a víctima de Eros. He venido de un Hades ignorado y he pasado al Olimpo de Afrodita, donde la diosa nos colma con sus dones cuando elige ceder los privilegios. Fuiste tú regalo y despertar. Fuiste vida caliente que anula lo pasado.

(**Se abrazan. En la escena paralela, regresa ANTÍGONA, que se dirige hacia el punto donde idealmente se hallan EDIPO y PANTENIOS. Pero se detiene bruscamente. Los ve venir hasta ella. Se oculta. Vuelve PANTENIOS, lleva del brazo a EDIPO.**)

EDIPO.- ¡Dónde se ha metido esa perra...!

PANTENIOS.- Ilustre Edipo, ya te lo he dicho. Debe de estar rezándole a la diosa para que cese en su furia contra su hermano.

ANTÍGONA.- (**Haciéndose visible.**) Padre, iba en tu busca. No hace falta que me insultes delante de extraños. Ya lo haces bastante en casa.

EDIPO.- ¡Dónde estabas, confiesa...!

ANTÍGONA.- Le rezaba a la diosa para que no perdona nunca las faltas de Polinices.

PANTENIOS.- Brava hermana estás hecha.

ANTÍGONA.- Odio a ese muerto.

PANTENIOS.- Así se ofende a los dioses, Antígona.

ANTÍGONA.- No, porque él pecó contra todos ellos.

PANTENIOS.- Está bien, no voy a discutir de esos asuntos con alguien mucho más instruido que yo. ¿Dónde está mi compañero Silio?

ANTÍGONA.- Descansa allá abajo, en la ladera.

PANTENIOS.- **(Burlón.)** ¿Habéis terminado?

ANTÍGONA.- ¡Insolente!

EDIPO.- ¡Vámonos de aquí, maldición...! ¡No quiero ir a Quíos, pero prefiero estar en Quíos a encontrarme en esta Tebas que va a gobernar mi sarnoso cuñado...!

PANTENIOS.- Disimula tu agravio, bella Antígona, y entrégale a este pobre soldado una pequeña recompensa ahora que te vas para siempre.

ANTÍGONA.- **(Le entrega unas monedas.)** A cambio, te pido que no hables de nuestra estancia aquí. Quién sabe lo que pueden imaginar en Tebas.

PANTENIOS.- Descuida, mi señora. Que tu ilustre padre y tú tengáis una buena travesía hasta la isla. Adiós, bella Antígona. Adiós, ilustre Edipo. Voy en busca de mi compañero. **(Se inclina y sale.)**

ANTÍGONA.- **(Repentinamente agitada.)** Vámonos de aquí inmediatamente. Nos espera un carro que nos llevará hasta el Ática mientras nos buscan en Aulis o en Delio como si fuéramos a embarcar para Quíos. **(Recupera las armas.)**

EDIPO.- ¡Al Ática! ¿Me llevas a ese villorrio miserable de Atenas que nunca será nada en la Hélade? ¿Donde vive ese rey zafio que huele a ajos, el triste Teseo?

ANTÍGONA.- Para morir, es un lugar tan bueno como cualquier otro. ¡Vamos! Nos esperan en la Puerta Electra.

(Salen por la izquierda. De nuevo, sensación de transcurso de tiempo, ahora de unos minutos. Regresa PANTENIOS por la derecha, arrastrando el cuerpo inane de SILIO.)

PANTENIOS.- (Muy agitado.) Y ahora, ¿qué puedo hacer? Esa mujer ha narcotizado a Silio y ha esparcido por encima del cuerpo de su hermano el polvo ritual. ¡Ha dado sepultura a Polinices! ¡Nos ha engañado a todos! ¡Decía que le odiaba cuando sólo buscaba rendirle el último homenaje! ¿Qué va a ser de nosotros?

(Mientras se desespera el soldado, ISMENE y ALCMEÓN ya han determinado por dónde transcurrirá lo inmediato de sus vidas.)

ISMENE.- Por ti abandonaré mi patria, por ti renunciaré a los míos.

ALCMEÓN.- Por ti consagraré mi vida a las deidades tebanas que compartirán su culto con las nuestras.

ISMENE.- Quiero que tengamos un hijo que limpie la estirpe de Edipo.

ALCMEÓN.- Quiero el hijo más bello. El hijo de las ruinas.

VII

Una plaza de Tebas. En una tribuna improvisada, EL PROVOCADOR se dirige a una multitud de CIUDADANOS allí congregados.

EL PROVOCADOR.- ¡Ciudadanos de Tebas! El gobierno de Tiresias está llegando demasiado lejos. ¡Ha expulsado al ilustre Edipo, descendiente directo de Cadmo, el fundador de ciudades! Nos llegan noticias de que varias ciudades de Hélade le han ofrecido a Edipo hospitalidad. En realidad, lo que desean es que decida permanecer allí hasta su muerte, de manera que un día su tumba sea benéfica. ¿Hasta cuándo hemos de soportar los tebanos las torpezas de un gobierno de magos y de viejos que nos arrebatan nuestras propias prosperidades? ¡Abajo Tiresias!

VARIOS CIUDADANOS.- ¡Abajo Tiresias! ¡Abajo Tiresias!

EL PROVOCADOR.- ¡Mirad, ciudadanos! Entre nosotros se encuentra el gran Creonte, el que fue justo y moderado regente de la polis de Tebas en dos ocasiones muy críticas. ¡Ciudadano Creonte, en nombre del pueblo de Tebas me atrevo a pedir que vengas a dirigirnos unas palabras!

VARIOS CIUDADANOS.- ¡Creonte! ¡Que hable Creonte! ¡Viva Creonte! (Etc.)

(CREONTE se abre paso entre los CIUDADANOS hasta la grada donde se encuentra EL PROVOCADOR.)

EL PROVOCADOR.- Amigos, dejad paso al ilustre Creonte, ayudadle a llegar hasta aquí para que exprese su opinión, ahora que los esbirros de Tiresias nos imponen a todos el silencio y la sumisión.

UN CIUDADANO INDIGNADO.- ¡Cómo te atreves a decir eso! ¡En Tebas nunca se ha podido hablar en contra del gobierno como tú lo estás haciendo ahora! ¡Embustero! ¡No le hagáis caso, ciudadanos, es un agente provocador, de esos que no tienen bastante todavía con las guerras que han arruinado esta polis!

EL PROVOCADOR.- ¡Vaya! ¿Qué escucho? Pero si es un agente a sueldo de Tiresias. ¿Qué hace un espía como tú en una reunión de ciudadanos libres?

VARIOS CIUDADANOS.- ¡Fuera! ¡Que se vaya! ¡Ahora verás, provocador! (Etc.)

(Golpean unos cuantos a EL CIUDADANO INDIGNADO y se lo llevan fuera, no sin que éste pueda aún gritar.)

UN CIUDADANO INDIGNADO.- (Forcejeando, mientras le arrastran y golpean.) ¡Esta es la libertad que vosotros dais a cambio de la servidumbre que os impone Tiresias!

EL PROVOCADOR.- ¡Ah, amigos míos! ¡Cómo cambia la gente de criterio cuando la untan! Mirad a ese, era muy lúcido, sabía de qué pie cojeaba el gobierno, y ahora de repente muda de opinión porque se encuentra cerca de la misma gente que antes criticaba. ¡Que conste, ciudadanos, que no me opongo a que se me contradiga y hasta que se me critique! Pero no puedo soportar que la gente cambie de opinión sólo por interés... Pero ya tenemos aquí, junto a nosotros, al ilustre Creonte. Dinos, Creonte, ¿qué piensas de la expulsión de Edipo?

CREONTE.- Creo que expreso el sentir de todos los tebanos si digo que me parece indigno. No es sólo una de las muchas torpezas del gobierno de Tiresias. Es también una de sus muchas acciones despiadadas. Esta expulsión puede atraer sobre nuestras cabezas la maldición de los dioses.

EL PROVOCADOR.- Dinos, Tiresias, ¿hay manera de arreglar este desaguisado?

CREONTE.- Si pudiéramos encontrar a Edipo... Pero mi pobre cuñado ha debido de escapar donde no pueda encontrarlo nadie. Hasta ese punto ha sido amenazador y despiadado el gobierno de Tiresias.

EL PROVOCADOR.- Se dice que fueron Edipo y Antígona quienes efectuaron los ritos funerarios sobre el cadáver del renegado Polinices. ¿Qué piensa Creonte de este asunto?

CREONTE.- Creo lo que tantos ciudadanos de Tebas, si no todos: que el gobierno de Tiresias aprovechó la salida de Edipo y su hija, mi queridísima sobrina Antígona, para rendirle tributo funerario a ese traidor, mi renegado sobrino Polinices. Es notoria la actitud de Tiresias a favor de los traidores y los enemigos de Tebas. Por eso yo pido que se declare solemnemente que mi querida sobrina Ismene sea declarada ciudadana amadísima de la polis de Tebas.

EL PROVOCADOR.- ¡Viva la bellísima Ismene!

ALGUNOS CIUDADANOS.- ¡Viva la bellísima Ismene!
(Etc.)

EL PROVOCADOR.- ¿Qué habría que decirle a Tiresias?

CREONTE.- Tan sólo una cosa, pero muchas veces, hasta que la entienda: ¡Márchate, Tiresias!

EL PROVOCADOR.- (Con entusiasmo contagioso, animando a todos LOS CIUDADANOS.) ¡Márchate, Tiresias!
¡Márchate, Tiresias!

ALGUNOS CIUDADANOS.- ¡Márchate, Tiresias!
¡Márchate, Tiresias!

(**Entran en la plaza LOS SOLDADOS de la guardia de TIRESIAS.**)

SOLDADOS DE TIRESIAS.- Abrid paso, abrid paso...

(**Estupor. Todos quedan en silencio. A LOS SOLDADOS le sigue la comitiva de TIRESIAS, en medio de la cual se encuentra este último, a caballo. Al pasar por la plaza, TIRESIAS hace detener su caballo y se diría que el ciego le dirige una mirada a la concurrencia.**)

TIRESIAS.- ¡Ciudadanos! Celebro que os encontréis en esta plaza tebana ejerciendo vuestra libertad. A Tiresias le congratula esta demostración de que los tiempos de la servidumbre han pasado.

UN CIUDADANO ENTUSIASTA.- ¡Viva Tiresias!

(**Otros van a secundarle, pero los auxiliares de EL PROVOCADOR los disuaden con gestos hostiles.**)

¡Tiresias ha salvado del hambre a los pobres de Tebas...!

(Los demás le rodean, amenazadores. EL CIUDADANO ENTUSIASTA guarda silencio, amedrentado.)

TIRESIAS.- No es malo constatar que no es preciso pagar a las gentes para que, aunque sea por excepción, reconozcan que el gobierno ha hecho algo bueno. Percibo que se acogen sus palabras con respeto. Así me gusta, que esa tribuna libre sirva para la libre expresión de todos los hombres libres de Tebas. No os interrumpiré más que un momento, queridos ciudadanos. Sé que os preocupa el destino de Edipo y de la bella Antígona, a quien su amantísimo tío, a pesar de todo su amor, le negó en matrimonio a su hijo Hemón. Pues bien, si os preocupa, preguntad en Atenas. Allí, el rey Teseo ha acogido la sufriente humanidad de quien fue rey de esta ciudad. Id allí, no está tan lejos, y preguntad por él. Preparad una procesión de ciudadanos que, con lágrimas en los ojos, hagan volver al benéfico Edipo que sólo la envidia y malquerencia de Tiresias alejó de la venturosa Tebas. Pedidle que regrese, que no le dedique sus bendiciones a Atenas, sino a la Tebas que él salvó y que le ha expulsado y humillado varias veces. Decidle que su cuñado Creonte se sentiría feliz de verle regresar. Id, decídselo, y si a la comisión de ciudadanos que allí acuda no los hace volver de regreso en sus cabalgaduras con las cabezas cortadas es que no conozco a Edipo. ¿Tenéis algo que decir, valientes ciudadanos? ¿Queréis manifestar algo más, tú, prudentísimo e ilustre Creonte, o tú, como quiera que te llames, gran comunicador y ocupante de tribunas?

(Silencio. El temor o acaso una pasajera prudencia enmudece a todos. TIRESIAS, el desdén y el desaliento dibujados en su rostro que, ciego, es más expresivo de lo que acaso debiera y él mismo deseara, espolea su cabalgadura y sale de la plaza, sale de escena, seguido por su guardia. El grupo permanece en silencio después de la marcha de TIRESIAS. EL PROVOCADOR tarda un poco en recobrar la palabra.)

EL PROVOCADOR.- Os felicito, ciudadanos de Tebas. Habéis mostrado la prudencia y la madurez de un pueblo que, siendo valiente, sabe cuando debe callar ante una provocación. Todos lo habéis visto. Una reunión pacífica de ciudadanos ha sido interrumpida brutalmente por la soldadesca al servicio del palacio de Tiresias, y por el propio Tiresias que ni siquiera se ha puesto la máscara del hombre sabio que finge ser para disciplinar vuestra libertad de discutir cualesquiera pareceres. Dinos, Creonte, ¿es esto libertad?

CREONTE.- ¡No, amigos, aunque me pese diré que esto es un abuso más del poder omnímodo de Tiresias!

EL PROVOCADOR.- Dinos, Creonte, ¿serás tú el definitivo y legítimo rey de Tebas?

CREONTE.- No soy yo quien tiene que decir eso, sino los ciudadanos de Tebas. No deseo el poder, porque es una carga insufrible, pero estoy dispuesto a asumir cualquier carga que me imponga mi patria, hasta la más indeseable.

EL PROVOCADOR.- ¡Ciudadanos! ¡El destino de Tebas está en vuestras manos! ¡Viva Creonte!

CASI TODOS.- ¡Viva Creonte! ¡Viva Creonte!

(CREONTE es tomado en volandas por un grupo de partidarios. Todos vociferan y vitorean, e increpan al ausente. Todos salen. La plaza queda vacía. Entonces, de un lado aparecen PROTONIO y ALÉXITES. Por otro, ARISPO y ANFISO.)

PROTONIO.- Esto va a salir bien, pero...

ALÉXITES.- ¿Piensas lo mismo que yo, Protonio?

PROTONIO.- Creonte y nuestro portavoz empiezan a creerse demasiado sus cometidos. Son exaltados, torpes...

ALÉXITES.- No hay que bajar la guardia, y menos con nuestros candidatos y auxiliares.

PROTONIO.- Es lo que yo creo, amigo Aléxites.

(PROTONIO y ALÉXITES siguen conversando, sin que los oigamos. En cambio, escuchamos las palabras de ARISPO y ANFISO.)

ARISPO.- ¡Tiresias es ciego por partida doble! ¡Esto no puede seguir así! ¿Es que se ha vuelto loco...?

ANFISO.- Si se ha vuelto loco, alguien tendrá que ser cuerdo por él. Esos hombres son demasiado peligrosos para Tebas y hay que actuar de una vez por todas.

ARISPO.- Mira. ¿No son esos Protonio y Aléxites?

ANFISO.- Sí que lo son. ¡Ojo con ellos!

PROTONIO.- (Que también ha percibido la presencia de los otros dos.) Anfiso, Arispo, amigos... Qué alegría veros. Vuestro trabajo en favor de la polis os ha retirado de las calles, para desgracia nuestra.

ARISPO.- En cambio, ahora esas mismas calles parecen perteneceros.

PROTONIO.- ¿Cómo puedes decirnos eso, buen Arispo? Somos los primeros en lamentar que se produzcan estos actos vergonzosos.

ALÉXITES.- Nunca en Tebas se insultó así al gobierno legítimo de la polis. ¡Es indignante!

ANFISO.- Amigos, confío en vuestra prudencia, porque esos hombres son lo contrario de la moderación.

PROTONIO.- Confiemos en los dioses. Ellos castigan siempre a los orgullosos que caen en la hybris.

ANFISO.- Por el momento será mejor confiar en el apoyo de que todavía goza el gobierno legítimo y moderado de Tiresias.

PROTONIO.- Claro, ya sé, te refieres el pueblo de Tebas.

ANFISO.- Y al ejército, amigo Protonio. Ese ejército diezmado por la guerra, pero todavía en pie y que no quiere aventuras intempestivas.

ARISPO.- El ejército y el pueblo, queridos conciudadanos, es por el momento una garantía. La garantía contra los anárquicos que, cuando se desbordan, nunca se sabe contra quién se dirigen.

ALÉXITES.- Muy sabia esa observación, amigo Arispo. Pero dejemos ahora las calles y vayamos a algún lugar más ameno donde, con vino y con agua, discutamos los graves sucesos de esta ciudad enloquecida.

ANFISO.- No podemos acompañaros, amigos. El gobierno de la ciudad no nos permite pausas tan dilatadas.

VIII

En la campiña cercana a Aulis, al anochecer, conversan AMFIARAO, ALCMEÓN e ISMENE. DOS SOLDADOS de la guardia de AMFIARAO hacen la ronda.

AMFIARAO.- Todo está listo, hijos míos. La nave está preparada y sólo queda que la aurora de rosáceos dedos nos convoque tras el descanso de la marinería. Esta será nuestra última noche en Beocia. Partiremos con tres días de adelanto sobre el permiso de estancia en Aulis que nos había concedido el buen Tiresias a escondidas de los tebanos.

ALCMEÓN.- Han sobrado tres días, pero yo creí que iban a faltarme hasta treinta. No ha sido fácil convencer a Ismene.

ISMENE.- Yo estaba más que convencida, amado Alcmeón. Pero el temor me embargaba. Han expulsado a mi padre, y sin embargo a mí me querían obligar a permanecer en Tebas después de que ellos partieran y se descubriese que Antígona había cumplido los ritos funerarios con nuestro hermano. Pobre de mí. Ahora intentaban casarme con algún tebano. Quizá con uno de los hijos de Aléxites.

ALCMEÓN.- Pero tú pensabas en mí.

ISMENE.- Siempre.

AMFIARAO.- ¿No tienes noticias de tu padre y de Antígona?

ISMENE.- No. Los buscaron, pero consiguieron escapar. Tal vez no iban a Quíos, quizá sea cierto que están en Atenas. Alguien les ayudó.

AMFIARAO.- Pudo ser Tiresias.

ISMENE.- Una acción como esa es demasiado para el pobre anciano. Él puede adivinar catástrofes, no contribuir a ellas.

(Ríen los tres.)

AMFIARAO.- No tienes que preocuparte. Dondequiera que lleguen, habrá quien que nos dé noticia de ellos. Nada malo puede haberlos sucedido. También eso lo sabríamos.

ISMENE.- Quisiera retirarme a descansar.

ALCMEÓN.- ¿Nos das tu permiso, padre?

AMFIARAO.- Reposad, hijos míos. Mañana nos espera una dura travesía.

ISMENE.- **(Se inclina.)** Feliz noche, padre mío.

ALCMEÓN.- Que los dioses te propicien el mejor descanso.

AMFIARAO.- Lo mismo os deseo. Hasta mañana.

(Salen ISMENE y ALCMEÓN. La guardia continúa su ronda junto a AMFIARAO.)

(A uno de LOS SOLDADOS.) ¿Está despierto el capitán?

SOLDADO.- Debe de estar en el muelle, señor.

AMFIARAO.- Tengo que hablarle. Condúceme tú.

SOLDADO.- Señor...

(Se levanta AMFIARAO y va a seguir al SOLDADO. En ese momento, con rapidez y sin ruido, irrumpe un grupo de ESBIRROS, con los ojos cubiertos. Se precipitan dos o tres sobre cada SOLDADO y, mientras les tapan las bocas, les dan muerte por la espalda. AMFIARAO grita, lucha y consigue derribar a sus atacantes.)

AMFIARAO.- ¡Alarma! ¡Alarma! ¡Nos atacan! (**Saca su espada y se enfrenta a LOS ESBIRROS.**)

UN ESBIRRO.- ¡Date preso, Amfiarao! Estás rodeado y no puede oírnos nadie.

AMFIARAO.- ¡Venid por mí, si sois capaces! ¡Soy Amfiarao, no un cobarde que oculta su rostro! ¡Alarma! ¡Alarma!

(**Luchan. Caen dos de LOS ESBIRROS.**)

¿Quién os envía, canallas?

UN ESBIRRO.- Los vengadores de Tebas, para terminar contigo, que fuiste uno de los Siete que la atacaron. Los que quedan irán cayendo en su momento. ¡Rodeadle!

AMFIARAO.- ¡Yo no atacé Tebas, maldito sicario, sino todo lo contrario!

(**Luchan. Cae otro de LOS ESBIRROS, pero los demás consiguen clavarle sus espadas.**)

UN ESBIRRO.- ¡Muere, maldito Amfiarao!

AMFIARAO.- (**De rodillas, herido de muerte.**) ¡Lo sabía, dioses vengativos, lo sabía...! ¡Ah! (**Cae muerto.**)

(**En ese momento aparece ALCMEÓN, seguido de ISMENE.**)

ALCMEÓN.- ¡Padre, padre! ¡Alarma, nos atacan!

UN ESBIRRO.- ¡Su hijo! ¡Mejor! Un hijo vivo es una intranquilidad excesiva después de un hecho así.

OTRO ESBIRRO.- Capturad a la muchacha.

ALCMEÓN.- ¡Ismene, vete de aquí! ¡Ve a pedir ayuda!

(ALCMEÓN lucha con el grupo. ISMENE recoge una espada del suelo y se enfrenta al ESBIRRO que va a capturarla. Lucha con él y le atraviesa el pecho. En la refriega, ALCMEÓN abate a otros dos atacantes. El que llevaba la voz cantante, que sigue en pie, se lanza contra ISMENE, le arrebató la espada y la inmoviliza.)

UN ESBIRRO.- ¡Alto! ¡Si continúas, mato a la muchacha!

ALCMEÓN.- (Impotente.) ¡Ismene!

UN ESBIRRO.- Ah, así que es la hija de Edipo... Entonces, lo mejor es terminar cuanto antes. **(Atraviesa el pecho de ISMENE, que cae lanzando un alarido.)**

ALCMEÓN.- (Se precipita sobre EL ESBIRRO poseído de una rabia incontenible.) ¡Qué has hecho...! ¡Eres un muerto, maldito de los dioses!

(Pero los demás le impiden el paso. Luchan. Le hieren en un hombro. EL ESBIRRO que ha dado muerte a ISMENE ha dejado caer el cuerpo de la muchacha y da orden de retirada.)

UN ESBIRRO.- ¡Dejadlo! ¡Vamos en busca de refuerzos! ¡Hay que impedir que embarquen!

(Salen todos ellos precipitadamente.)

ALCMEÓN.- (Ha intentado seguirlos, pero su herida se lo impide. Se vuelve hacia los cuerpos esparcidos a su alrededor, en busca de los de ISMENE y el de su padre. Desolado, el estupor parece impedirle cualquier movimiento. Estalla en llanto.) ¡Padre! ¡Ismene! ¡Padre! ¡Ismene!

IX

(La misma especie de taberna de la segunda escena del acto primero. LOS PARROQUIANOS parecen más animados que entonces. Se discute con entusiasmo. La vida ha vuelto a los locales primitivos y a las calles enlodadas o polvorientas de la sufriente Tebas. Tal vez es el momento de correr nuevos riesgos. Volvemos a fijarnos en nuestros tres viejos conocidos, a estas alturas tal vez ya olvidados: EL BORRACHO, EL ARTESANO y EL SOLDADO. Pero no hay que perder de vista el bullicio de los demás bebedores.)

EL BORRACHO.- Por Dionisos, todos son iguales. Tiresias no ha demostrado más amor al pueblo que otros. Pero, al menos, mantiene esta paz y hay algo que comer.

EL ARTESANO.- ¿A esto lo llamas paz? Cualquier guerra es mejor que esta humillación.

EL BORRACHO.- Parece mentira que tú digas eso. Con lo que has perdido...

EL ARTESANO.- Por eso mismo. No puedo soportar esta calma. Necesito el ruido de los metales para no oír las voces de tantos fantasmas que atormentan mis sueños.

EL BORRACHO.- ¿No estarás buscando razones para matar a alguien?

EL ARTESANO.- Es muy sencillo matar. Sobre todo si no te impulsa ninguna razón a hacerlo. ¡Si supieras...!

EL BORRACHO.- ¿Te atormentan tus familiares?

EL ARTESANO.- ¡Ojalá fueran sólo ellos!

EL BORRACHO.- Pero has escapado de la quema, por Dionisos. A ti no te han juzgado...

EL ARTESANO.- ¡Si dices una palabra más, te mato!

EL BORRACHO.- ¿Como aprendiste a hacer en Tanagra...?

(Ambos llegan a las manos. Llaman la atención de otros PARROQUIANOS. EL SOLDADO, taciturno hasta ese momento, los separa sin dificultad.)

EL SOLDADO.- ¡Quietos, locos! ¡Vais a llamar la atención precisamente cuando es preciso pasar inadvertido! **(Los otros dos vuelven a sentarse, tensos. A LOS PARROQUIANOS que contemplaban la riña.)** No pasa nada, amigos. Estos paisanos están un poco excitados por el don de Dionisos. **(Se sienta. A EL BORRACHO y a EL ARTESANO.)** Será mejor que nos vayamos a casa...

EL ARTESANO.- ¿A casa? ¿Quién tiene una casa?

EL BORRACHO.- Digo lo mismo. Tengo tan sólo un huerto lleno de cascotes que nunca consigo remover.

EL SOLDADO.- ¡Andando!

(Se van a levantar para marcharse, pero en ese momento irrumpe en el local HEMÓN, con varios CIUDADANOS armados.)

HEMÓN.- ¡Ciudadanos de Tebas! ¡Creonte y una procesión de ciudadanos va camino de la Cueva del Dragón para hacer una ofrenda a Ares! ¡Todos los que puedan empuñar un arma, que vengán a proteger a Creonte de los esbirros de Tiresias!

(La presencia de HEMÓN, arrebatadora, belicosa, paraliza a los presentes. Le secunda uno de LOS CIUDADANOS armados que le acompañan.)

CIUDADANO.- ¿Vais a dejar que Creonte acuda inerme a la sagrada Cueva del Dragón?

EL ARTESANO.- ¡No lo permitiremos! ¡Dadme una lanza!

HEMÓN.- **(Mientras otro de los acompañantes le entrega un arma a EL ARTESANO.)** ¡Bien dicho, ciudadano! ¡Viva Creonte!

ALGUNOS PARROQUIANOS.- ¡Dadme un arma!
¡Viva Creonte!

(Se reparten armas en medio de un bullicio general del que no participan ni EL SOLDADO ni EL BORRACHO. Salen todos del local, ruidosos y agresivos. El último en salir, EL CIUDADANO armado que habló antes, advierte que EL SOLDADO y EL BORRACHO siguen sentados ante sus jarros.)

CIUDADANO.- ¿Y vosotros...? ¿Sois cobardes o partidarios del ilegítimo Tiresias?

EL SOLDADO.- (Sin levantarse.) Ven a comprobarlo, si quieres.

CIUDADANO.- No estoy solo. Esos amigos pueden volver a entrar.

EL SOLDADO.- Ya sé que tú y los tuyos no sabéis luchar uno contra uno. Pero no importa. Llámalos, tengo una espada.

CIUDADANO.- Tengo demasiada prisa para eso. Ya habrá lugar para ajustar cuentas.

EL SOLDADO.- Ya lo creo que sí. Yo estoy en el bando contrario. Soy soldado del gobierno.

CIUDADANO.- Un sicario.

EL SOLDADO.- Un hombre, no un muñeco, como tú.

CIUDADANO.- ¡Adiós, traidores!

EL SOLDADO.- ¡Adiós, hombre muerto!

(Sale precipitadamente EL CIUDADANO. EL SOLDADO y EL BORRACHO apuran sus jarros, casi vacíos.)

EL BORRACHO.- ¡Bah! Por Dionisos, después de todo, si unos cuantos se empeñan en que haya guerra, hasta los más pacíficos tendremos que matarnos unos a otros. Si al menos la guerra fuera nuestra profesión...

EL SOLDADO.- Yo soy un soldado, pero puedo asegurarte que si la guerra es mi oficio, no es el objetivo de mi vida. Soldado es aquél que lucha después de haber intentado evitar la guerra.

EL BORRACHO.- ¿Habrá sitio para mí en vuestro cuartel?

EL SOLDADO.- Pero si eres un borracho...

EL BORRACHO.- No te equivoques conmigo, por Dionisos. A los borrachos se nos pasa la borrachera al menos una vez todos los días. A quienes no se les quita nunca la embriaguez es a gentes como ese amigo nuestro, que lleva el impulso de la muerte en lo más profundo de sus entrañas y en cada gota de su negra sangre. Yo quiero luchar contra eso. No quiero que los criminales tengan oportunidad de asesinar a su antojo protegidos por el manto de Ares.

(Se oscurece la escena sobre ambos. Y se ilumina sobre una calle. EL PROVOCADOR alcanza a HEMÓN.)

EL PROVOCADOR.- ¡Espera, Hemón!

HEMÓN.- Tengo prisa, amigo. La gran procesión de ciudadanos armados se dirige con mi padre a la Cueva del Dragón.

EL PROVOCADOR.- ¡Eso ha sido una gran hazaña, Hemón, digna del hijo de Creonte! Pero ahora déjame darte un par de consejos...

HEMÓN.- (Impaciente.) Te ruego que seas breve.

EL PROVOCADOR.- No hay que darle tregua al gobierno de Tiresias. ¡Es el momento! ¡Hay que atacar el palacio del Consejo!

HEMÓN.- (Como antes.) Tal vez tengas razón.

EL PROVOCADOR.- Y una vez que lo hagáis, rodeadlo y planificad bien el ataque.

HEMÓN.- Tendré en cuenta tus consejos.

EL PROVOCADOR.- Y también me tendrás en cuenta a mí.

HEMÓN.- Tú eres un hombre imprescindible para la causa. Ahora, me despido de ti.

EL PROVOCADOR.- Buena suerte, Hemón. Yo cuidaré de las calles de Tebas con unos cuantos fieles.

(Se separan. Pero queda HEMÓN a la izquierda del escenario y EL PROVOCADOR a la derecha.)

No pueden prescindir de mí. Si no fuera por mis servicios y mis consejos...

HEMÓN.- ¿Qué se habrá creído este idiota? Dentro de poco creará que él es el mismísimo Creonte, y tratará de convertirme en su hijo o en su sirviente. Tiene razón mi padre. Cuando tengamos todo el poder, ya sabremos librarnos de tantos protectores. En especial de Protonio, de Aléxites y de este engreído. **(Sale.)**

EL PROVOCADOR.- **(Se dirige al punto por donde ha salido HEMÓN.)** Sin mí no serías nada... ¡Nada!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO III

I

(TIRESIAS y MANTO, su hija, terminan la frugal colación que se permiten una de tantas noches de gobierno insomne. Pero MANTO no parece ahora preocupada por las labores públicas de su padre, sino por determinadas señales que ella, vidente también, percibe dirigidas a su atención.)

MANTO.- Es un espíritu merodeador. Y quiere llamar mi atención, tal vez para que lo convoque. ¿Tú no has notado nada, padre?

TIRESIAS.- ¡Un espíritu que merodea! No hago otra cosa que ver merodeadores. Ojalá se tratase de espíritus. Estoy muy cansado, hija. Llévame a mi lecho.

MANTO.- Lo haré, pero regresaré aquí, que es donde percibo esas voces lejanas.

TIRESIAS.- ¿Voces? ¿Qué voces?

MANTO.- Es la voz de una muchacha, de una niña. Habla sin parar, pero no se le entiende. Está muy lejos.

TIRESIAS.- ¡Un espíritu parlanchín! Decididamente, los dioses no dejan de enviarnos pruebas a los mortales.

MANTO.- **(Invasión por el «merodeador», siente pinchazos, pequeños dolores, se ve como poseída, pero sosegadamente, con la naturalidad de esa época lejana que no podemos comprender.)** Ahora, ahora, ¿no lo oyes, padre mío?

TIRESIAS.- Manto, hija... Veo que vas a ser una adivina mucho mejor que tu padre. Tienes razón, deberías dejar esta ciudad que no nos comprende y dedicarte al culto de Febo Apolo, cuya lengua es nuestra lengua. Ah, si tuviera que hablar con algún espíritu, hoy quisiera hacerlo con Amfiarao. ¿Quién te mató, Amfiarao? Sé qué bando te mató, pero no quién. Por una vez en doscientos años, sería cruel, mandaría despedazar a un hombre, a muchos hombres, si tuviera la certeza de quiénes fueron los que hundieron el bronce en tu garganta y en tu pecho... Y aún no he podido arrancarle a los dioses dónde se encuentra el joven Alcmeón, tu hijo. Dicen que luchó como un león, que burló a los verdugos que algunos aseguran que yo mismo envié, y que escapó. Que escapó... Menos mal, dioses benignos.

MANTO.- **(Se convulsiona.)** ¡Ahora...! ¡Ahora...!

TIRESIAS.- **(Se recupera de su crispada ensoñación.)** Espero que no se les ocurra venir ahora a los sirvientes a retirar la cena. Sólo faltaba que también se hablara por las calles de Tebas de tus trances.

MANTO.- **(Se acuclilla. Poco a poco, se echa en el suelo. Respira deprisa.)** ¿Quién eres, espíritu merodeador?

(Pausa. El ciego TIRESIAS, inválido sin su lazarillo, sin los ojos de su hija, está expectante, pero inseguro, como quien sabe un abismo a sus pies y no puede dar paso atrás ni adelante. En ese momento, entra precipitadamente un CAPITÁN de la guardia.)

CAPITÁN.- (Apremiante, como en una emergencia.)
¡Honorable Tiresias! ¡Creonte ha levantado un ejército para ir a la Cueva del Dragón...!

TIRESIAS.- (Impaciente, su espíritu está demasiado ocupado ya.) ¡No quiero noticias ahora, ni buenas ni malas, capitán! ¡Vuélvete por donde has venido!

CAPITÁN.- ¡Pero honorable...! ¡Creonte se dirige a la Cueva del Dragón acompañado por cientos de ciudadanos armados! ¡Pueden venir luego aquí...!

MANTO.- (Yace por tierra, respira deprisa, pero habla con autoridad.) Quienquiera que seas, yo, Manto, hija de Tiresias, te lo ordeno: ¡Manifiéstate!

(El CAPITÁN de la guardia queda pasmado ante las convulsiones de la hija de TIRESIAS.)

TIRESIAS.- ¿Y qué importa si Creonte va a la Cueva del Dragón? Es un hombre piadoso y habrá ido a aplacar al dios al que ofendieron los fundadores de Tebas. No hay nada malo en ello. ¡Ahora, vete! ¡Que nadie nos interrumpa hasta el amanecer!

CAPITÁN.- (Anonadado.) ¡Sí, honorable...! **(Sale.)**

(TIRESIAS se vuelve hacia su hija, que continúa agitada, convulsa, pero sin histeria. No ha dejado de susurrar, con gran dominio: «Manifiéstate, manifiéstate».)

MANTO.- (En un grito.) ¡Ahora! ¡Ahora!

(Entonces empieza a materializarse UNA SOMBRA. Poco a poco vemos que es la de una muchacha joven, linda, a la que parece que hemos sorprendido en pleno aseo personal, como quiera que fueran aquellos aseos primitivos. Lo mismo MANTO que el ciego TIRESIAS pueden «ver» aquella SOMBRA. Es YOCASTA, pero en la figura que tenía en plena juventud, en sus años más tiernos en los que era mujer niña o mujer en ciernes, bella como los espíritus que emocionan los sentidos, inocente como un desconocedor del tiempo. Su semidesnudez de toda esta escena juega un importante papel en esa definición de inocencia y sensualidad.)

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- (Empieza a hablar a gran velocidad, atropelladamente, con risas en medio de su charla. Todo ello produce un efecto cómico: es la muchacha parlanchina, reidora, deseosa de amor y alegría, cosas que sin duda cree que están por ahí, al alcance de la mano; habla como quien es desconocedora de muchas cosas que imagina, inventa o confunde en su ilusión de vivir. Pero veremos que es esa y otra, al tiempo.) ¡Oh, queridas sombras, estoy segura de que si esto es Tebas, tenéis que recordar quién soy! ¡Soy Yocasta, la que fue reina de los tebanos durante años...! Pero estoy en la figura que le he pedido a la diosa que me conceda, no la del final de mi vida, que fue un desastre, sino la del momento en que me casé con el bellissimo Layo, mi verdadero amor. Ah, sí. No crean, Edipo me gustó mucho, era más joven que Layo, lo pasamos muy bien. Pero luego me enteré de que era mi hijo, se dan cuenta, qué horror, y ni corta ni perezosa me suicidé en el acto. Hay cosas que una reina no debe soportar. No, no hay que pasar por ello. Así que si aquellos cuatro hijos míos eran hijos del horror, lo mejor era que yo desapareciera de este mundo, dejara de ver la luz y me precipitara en el Hades. Estaba convencida de que Perséfone iba a tratarme bien en mi nueva morada. No puedo quejarme, pero tampoco recibo grandes privilegios. Ahora, sí. Ahora me han dicho que tengo que salir. De manera que he recuperado la memoria, que es una de las cosas que primero pierden los muertos en el Hades, y he salido a petición de Perséfone, a quien a su vez se lo ha pedido Harmonía, hija de Afrodita y madre de Tebas. **(Se detiene de pronto.)**

¿Qué estaba yo diciendo...? ¡Ah, sí! Que me dicen que tengo que salir y responder a no sé qué preguntas, vosotras sabréis, sombras de la vida. Pero entonces le dije a la diosa, ah, no, yo no salgo tan vieja, a mí no me ven como yo estaba cuando tuve el buen gusto de suicidarme. Yo quiero que me vean como era cuando conocí a Layo.

(Ahora, al evocar su vida erótica con LAYO, ralentiza mucho, se pone lírica, sensual, se toca, pone ojos en blanco, recuerda el tiempo feliz en la miseria, y es una niña hablando de amores procaces con elegancia, pero sin pudor y mucho menos hipocresía.)

Perséfone me lo ha permitido. Es invierno, según parece, y por eso le toca estar con su esposo y tío, no con su madre. De manera que tenemos tiempo. ¿Cómo me veis? Ah, qué bonita he sido. Gracias a los dioses, desde luego. Recuerdo aquel día en que Layo me poseyó por vez primera. Llevaba yo unas telitas como éstas, venidas del Peloponeso, no sé de dónde. **(Risita.)** Creí que me las iba a quitar con delicadeza, pero no, me las arrancó y me quedé con la ropa de los recién nacidos. **(Vuelve a la agitación de un discurso imparable.)** Ah, tenía una cola estupenda. No tan grande como la de Edipo, pero a mí me gustaba más. Le dije: Layo, qué vas a hacer con eso, la verdad es que yo tenía un poco de miedo. Y él me respondió: No temas, paloma, es un homenaje a Príapo, para que no la tome con nosotros, pero esto no sirve para nada. Tan tonta no soy, le dije, a ver si te crees que no he aprendido nada. Claro que no has aprendido nada, mi amor, me dijo, lo vas a comprobar ahora. **(Risotadas.)** Me besó, me abrazó, me acarició, me puso boca arriba, boca abajo, de pie, de lado, y me metió aquella cola no sé cuántas veces en unas cuantas horas. **(De repente, nostálgica.)** Ay, él tuvo la culpa de mi afición a los hombres. Casi siempre le fui fiel, pero cuando faltó tuve que consolarme con unos cuantos. **(Con cierta tristeza.)** Entonces apareció Edipo, cuando aquello tan horrible de la Esfinge, seguro que lo recuerdan, le amé, muchísimo, sí, pero no puedo recordarlo como a Layo. Era mi hijo, había matado a Layo, y no está bien acostarse con el propio hijo. Eso sí que no tiene perdón, aunque una no haya puesto ninguna malicia en ello. **(Un silencio. Gravedad.)** Envejecí con Edipo. No mucho, pero cuando se descubrió todo aquello, por culpa del adivino Tiresias, a quien confundían los dioses, yo tenía poco más de cincuenta años, y él era un joven de treinta y tantos.

Yo era aún bella. El día en que me di muerte tenía la intención de irme a la cama con un joven guerrero espartano que era muy guapo y tenía aspecto de no haberse acostado más que con hombres de esos que conviven en los cuarteles. ¿Qué pensaría aquel joven? Sin duda, como somos tan vanidosos y creemos que todo lo que sucede nos afecta y nos apunta, creería que era una señal, que se le advertía de algo. ¡Dónde ibas tú, Tirteo, si esa mujer alta, bella y casi divina era nada menos que la reina de Tebas! El soldado aquel escribía versos. ¡Ay! ¡Quién sabe lo que habrá sido de él! **(Silencio. De repente, anhelante, hasta el lirismo.)** ¡Layo! ¡Layo! Quisiera tenerte entre mis brazos, tú que te fuiste tan pronto... Quisiera que me arrancaras mis vestidos, me acariciaras los muslos y la espalda, y me recorrieras la vulva con aquella suavidad que tú sabías darle al amor con todas las mujeres, entre las cuales yo fui la más querida, aquélla que te esperaba después de tantas, porque con ellas supiste cómo tratarme a mí. **(Ahora con menos lirismo.)** Yo, en cambio, aprendí más tarde con otros. Es bonito cambiar de hombre, aunque el tuyo te guste como ninguno. ¿No lo hacía él? Claro que lo hacía. Llegó un momento en que los embajadores de otras ciudades de la Hélade venían sin sus hijas. Con eso, lo digo todo. **(De nuevo nostálgica.)** ¡Ah, Layo, mi amor, si pudieras verme! Tengo otra vez dieciocho años, aún no hemos tenido ese hijo al que matamos una noche... No, no lo matamos. Fuimos torpes, y sobrevivió. Y ya ves... Bueno, a lo que iba: si pudieras verme... Tengo aquel culito duro, aquellos pechos pequeños y redondos, aquella piel tersa, aquella juventud caliente que un día te quemó los labios para, a continuación, quemarte todo entero porque mi amor era llama y tú eras el hombre por los dioses destinado a Yocasta. **(Al borde del llanto.)** Mas los dioses se encelan de los mortales que son felices... ¡Layo! ¡Quiero ir contigo al lecho que presencié nuestra felicidad! ¡Quiero que saques esa cola, que era mía, y me busques con ella entre las sombras de mi cuarto!

(De repente, se alarma. Su perorata-monólogo-cantilena-melopea toca a su fin porque ha percibido las presencias ajenas. Durante este tiempo, MANTO se ha recuperado, y a estas alturas ya escucha, de pie junto a su padre, con normalidad. TIRESIAS se rehízo muy pronto, animado ante la visión -¡él, un ciego!- de su lejana reina.)

¡Quién está ahí!

TIRESIAS.- ¡Soy yo, mi reina! Tiresias, ¿no me recuerdas?

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- ¡Tiresias, un hombre! Debería vestirme... Pero, no, tú eres ciego, ¿no es así?

TIRESIAS.- Así es, mi reina.

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- ¿Y ésa que está a tu lado...?

TIRESIAS.- Es mi hija Manto, mi reina.

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- No sabía que tuvieras una hija, buen Tiresias. Pero, dime, ¿qué hacemos aquí? Yo estaba en mi baño, o eso creo... Ah, no, qué tonta soy. Yo he muerto. Sí, eso. Me suicidé un día en el que ya no estaba dispuesta a que los dioses siguieran burlándose de mí. De manera que me dije: Yocasta, se acabó, esto ya resulta insoportable. Si ellos quieren jugar, que jueguen con otra, que no cuenten contigo. Así que me di muerte, y se quedaron chasqueados. Los dioses, quiero decir. De manera que soy una muerta. Estoy guapa, ya lo sé, pero eso se lo debo a Perséfone, que me ha permitido venir por aquí tal como era... Aunque, si no me equivoco, esto ya lo he explicado antes, ¿no? ¡Ay, Tiresias, qué mona que es tu hija! Si estuviera Layo por aquí, seguro que le intentaría tocar las tetas. Layo era muy directo, no se andaba por las ramas. **(Repentinamente abatida.)** Pero Layo ha muerto... **(Parece recuperarse de repente.)** ¿Y tú, Tiresias? ¿También estás muerto?

TIRESIAS.- No, mi reina, estoy vivo. Tengo más de ciento cincuenta años y menos de doscientos, pero he perdido la cuenta.

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- ¡Qué horror, vivir tanto! Aunque, la verdad, en el Hades todo es francamente aburrido. Mientras puedas, vive, Tiresias, y acompaña a esa preciosidad que tienes por hija. Es muy guapa, aunque un poco seria. Da la impresión de que esa muchacha no sonríe nunca. ¿Sabes lo que creo? Que tu hija le gustará a un dios y entonces aprenderá a reír, pero los dioses son celosos y no dejan que los mortales que aman rían delante de mucha gente. Tendrá que pedir permiso para reírse en público. Los dioses son hermosos y su amor es un regalo inmenso, pero la vida con ellos no es fácil, de verdad que no.

TIRESIAS.- ¿Cómo lo sabes, mi reina?

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- (Ríe.)

Tuve amores con Apolo. Apolo es un dios, y por lo tanto lo hace como un dios. Me solicitó de amores, cedí ante él y se lo conté a Layo, que no tuvo ningún inconveniente, precisamente por eso, porque se trataba de un dios. Pero aquello no nos valió de nada. Afrodita estaba celosa. Apolo, en consideración a mí, la quiso convencer de que no nos castigara, pero nos castigó. Ya sabes tú que nos castigó, tú mismo nos dijiste por qué, que nunca te callabas una, sobre todo si era molesta y escocía a la gente, hay que ver cómo eres, Tiresias... Pasó el tiempo desde el funesto día en que mataron a Layo. Y cuando yo era esposa de Edipo, ¿sabes lo que dijo Afrodita?

TIRESIAS.- Lo sé, mi reina. Dijo: «Cuando Edipo aplastaba a la Esfinge, la hybris ya se había apoderado de Tebas, porque la insolencia vino del rey Layo. Pero lo de ahora ya es insoportable, y ahí tienes ese soberbio nuevo núcleo dirigente, con el jovencísimo, arrogante Edipo a la cabeza, que dice haber salvado Tebas y se le ha subido a la cabeza».

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- Así habló Afrodita, según tengo entendido. Gracias por recordármelo, Tiresias. Da gusto hablar contigo cuando no adivinas cosas. El caso es que, según parece, las ofensas de la ciudad de Tebas fueron cada vez más graves.

TIRESIAS.- Soy ciego, reina, pero te puedo ver, y te digo...

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- (Sin decirlo muy en serio.) Si puedes verme, tendré que taparme...

TIRESIAS.- No tiene importancia, reina. Yo también fui mujer, ¿no lo recuerdas?

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- Es verdad. Entonces, amiga, o amigo, no sé cómo llamarte, lo que haré será quitarme todo. Vengo de un sitio donde hace mucho calor. **(Se quita un poco más de la ropilla que le cubre con levedad e insinuación.)**

TIRESIAS.- Reina, los dioses te envidiaron por tu belleza, por tu gracia, por su ingenuidad...

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- Tiresias, Tiresias, calla o tendré que cubrirme. Eres un viejo verde. Me hablas como un hombre con deseos, no como una amiga.

TIRESIAS.- ¡Cuánto me alegra haberte visto! Ahora creo saber, y deberé de pensarlo antes de llegar a alguna conclusión precipitada... ¡Tú no tuviste culpa de nada, mi reina!

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- Algunas tuve, mi buen Tiresias. Y Edipo, más aún. ¿Sabes que Edipo vino a Tebas, hecho poco más que un niño, en el cortejo de Pólipo, y entonces se enamoró de mí? Yo debí de verle y de decirle: qué niño más rico, y le daría unas monedas o un beso. Y el niño resulta que dijo: ésta no se me escapa. A veces pienso que en aquel cruce de caminos sabía muy bien a quién estaba matando. **(Suspira, se ha introducido de nuevo en una charla interminable, en un motto perpetuo.)** Seguro que al dar muerte a Layo y a su séquito se decía a sí mismo: ahora voy a Tebas, pido la mano de esa mujer y me acuesto con ella, que está como una ninfa del Quersoneso. Si lo sabía, lo ocultó al empuñar el cetro de Tebas y casarse conmigo, aunque durante años insistió mucho, demasiado, en ofrecer recompensas en el territorio tebano a quien diera noticia del autor de la muerte de Layo y su séquito. Eso sí, lo que no puedo asegurar es que se casara conmigo sabiendo que yo era su mamá. En la convivencia conmigo yo llegué a decirle que había dado muerte a mi hijo, en el monte, y quién sabe si él noató cabos, no sé qué cosas le contó Pólipo... En fin, al principio tuvo suerte. Le pusieron una Esfinge a tiro, y mira tú... El premio era yo, Yocasta, la reina, que era la señora más estupenda no sólo de toda Beocia, sino de ambas orillas del Egeo, y no es que yo lo diga. Por entonces, eso sí, Helena, hija de Leda, era todavía una niña. Tengo entendido que cuando creció se armó una buena discordia por su culpa. Ay, las mujeres... No hacemos más que sufrir. **(De repente, LA SOMBRA DE YOCASTA empieza a desvanecerse. Lo irá haciendo muy poco a poco, hasta las últimas palabras tuyas que lleguen hasta nosotros.)** ¡Ay! ¡Qué me pasa...!

TIRESIAS.- Te estás desvaneciendo, mi reina. Los dioses deben de llamarte.

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- ¿Te das cuenta cómo son los dioses...? Usan y abusan de nosotros como les viene en gana, incluso después de muertos. Tienes que ir al mundo de los vivos, me dijeron, y yo dije que sí tan contenta, con tal de que fuera como la joven que fui. Ahora debo de haber dicho alguna inconveniencia, y mira...

TIRESIAS.- O tal vez no diste el mensaje que ellos querían.

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- ¿Te parecen pocos mensajes los que te he dado...? ¡Ah, qué molesto es verse desaparecer así, poco a poco!

TIRESIAS.- No, mi reina. Tus mensajes han sido muchos. Más de los que los dioses hubieran querido.

LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.- Pues eso es lo que te digo, buen Tiresias, que he dicho algo que les ha molestado y, ¡hala!, a desvanecerse, sin miramientos de ningún tipo. **(Cuando está a punto de desvanecerse, grita una súplica.)** ¡Dioses, un favor os pido! ¡Devolvedme a Layo, el Layo de cuando yo tenía la edad que ahora aparento! ¡Devolvédmelo aunque sea sólo una hora! ¡Quiero acostarme con él! ¡Quiero acostarme con él!

(Finalmente, LA SOMBRA de figura tan vivacísima, joven y deliciosa, de aquella que fue gentil YOCASTA, reina de Tebas, desaparece por completo de la percepción de TIRESIAS y de MANTO.)

TIRESIAS.- **(Abatido.)** Adiós, mi reina... **(Un silencio. Ambos miran hacia el punto donde se hallaba LA SOMBRA DE LA JOVEN YOCASTA.)** ¿Qué piensas, hija mía? ¿Crees lo mismo que yo...?

MANTO.- Creo que sí. No hubo culpa decisiva. ¿La recordabas tal como la hemos visto? Es una niña. Eso es lo que ofendió a los dioses. Lo tenía todo. La alegría, la frivolidad, la belleza, la inocencia. Esa vida de adolescentes alegres es lo que ofende a los dioses, mezquinos y torvos. Eso desencadenó el descalabro. Después, los hombres se mataron entre sí. Pero fue tal vez por otra razón.

TIRESIAS.- No necesitan los hombres de demasiada razón para matarse entre ellos. La culpa original es innegable. Pero siempre necesitan un empujoncito. Como en este caso, el empujón vino de los dioses, y vino también de Argos, acaso porque no basta con los internos rescoldos para que se incendien los pueblos.

MANTO.- Padre querido, lo que acaba de decirnos la Sombra de la joven Yocasta me anima a contarte algo que no puedo ocultarte por más tiempo...

TIRESIAS.- No me inquietes, hija mía.

MANTO.- Me he acostado con Apolo. Yo también.

TIRESIAS.- ¿De veras se trata de Apolo o pones a Loxias como excusa?

MANTO.- Yo sólo me acuesto con dioses, padre. Para algo soy la hija de Tiresias.

TIRESIAS.- Con dioses... Eso quiere decir que ha habido más de uno.

MANTO.- Sí, pero prefiero no darte detalles. El caso es que esta vez va a haber consecuencias.

TIRESIAS.- **(Emocionado.)** ¡Voy a ser abuelo de un hijo de Apolo!

MANTO.- Sí. Además, me dedicaré al dios. Me iré de Tebas y me instalaré en Delfos.

TIRESIAS.- Allí no se admiten mujeres...

MANTO.- Sólo una. La Sibila.

TIRESIAS.- ¿Entonces, tú...? Ah, Tebas perderá su mántica. Una polis sin adivinación se convertirá en un pedregal del espíritu...

MANTO.- Es la propia Tebas quien lo quiere así. Quiere tu perdición y la de tu familia. Odian nuestra clarividencia. Está bien. Yo sé lo que tengo que hacer.

TIRESIAS.- Un nieto de Apolo... **(Acaricia el vientre de su hija, a la que no puede ver.)** Lástima que el exilio esté cerca.

MANTO.- ¿Cerca para mí o para ti?

TIRESIAS.- Para mí. Unos años...

MANTO.- Para mí, mucho menos.

TIRESIAS.- Te equivocas esta vez, adivina. Serás tú quien me saque de esta ciudad un día. Con un niño, sí. Para eso falta tiempo. Y ese tiempo, será malo.

MANTO.- Si es así, estoy dispuesta, mientras tanto, a recibir a Apolo en algún lugar de entre las Siete Puertas. Te esperaré, si así está escrito por los dioses.

TIRESIAS.- Ahora, llévame a mi cuarto. No puedo más. Estoy muy cansado.

II

Otro rincón del mismo palacio de la escena anterior. Es aún de noche, pero amanecerá durante el transcurso de los siguientes diálogos. Aparecen ARISPO y ANFISO, nerviosos, insomnes, exaltados. Sobre todo, claro está, el primero de ellos. Les precede EL CAPITÁN DE LA GUARDIA de TIRESIAS.

ARISPO.- ¡Claro que es urgente! ¡Es urgentísimo! ¡Es cosa de vida o muerte!

EL CAPITÁN DE LA GUARDIA.- Está bien, venerables consejeros. Estratego Anfiso, Intendente Arispo, el honorable Tiresias será advertido inmediatamente. **(Sale apresuradamente.)**

ANFISO.- No lo entiendo... ¿Es que no le ha llegado ninguna noticia?

ARISPO.- **(Crispado.)** A veces, cuando examina las señales que le hablan sobre el futuro, ordena que nada ni nadie le interrumpa.

ANFISO.- ¡Ni siquiera un cataclismo en Tebas!

ARISPO.- Ni siquiera. Empiezo a pensar que Tiresias ya no es de este mundo.

ANFISO.- Si es que lo fue alguna vez.

ARISPO.- Amigo Anfiso, no intento halagarte si te digo que lo mejor sería que gobernases tú en lugar de Tiresias. Es mejor que continúe él, pero que haya alguien que gobierne de veras, no que se limite a aprobar con desdén las medidas que aseguren la defensa y el abastecimiento mientras su interés está en cualquier parte, en el futuro o en el pasado, menos aquí, en Tebas, y ahora, en la posguerra y la penuria.

ANFISO.- No, amigo Arispo. Bastante carga asumo con ser el estratega de una ciudad cuyo ejército está desmoralizado y que ya no cuenta sus muertos porque faltan números para el cálculo y tierra para excavarles tumbas.

(Se oye, fuera, el vocerío de la multitud.)

ARISPO.- ¿Oyes? Les ha faltado tiempo. ¡Ya están aquí!

ANFISO.- ¡Hay que hacer algo, y pronto!

(Aparece TIRESIAS, con signos evidentes de insomnio.)

TIRESIAS.- Compañeros, salud, que los dioses os concedan un buen día.

ARISPO Y ANFISO.- Salud, Tiresias. Que este recorrido del Carro de Faetón te sea propicio.

TIRESIAS.- Me ha alarmado vuestra urgencia. ¿Ha ocurrido algo?

ARISPO.- (Modera su exasperación.) ¿No lo sabes todavía, honorable Tiresias?

(Se oyen VOCES en el exterior, todavía ininteligibles.)

¿Crees que esos ciudadanos que gritan vienen a desearte también los buenos días?

ANFISO.- Ayer, al atardecer, tuvimos que movilizarnos. Creonte acudió a hacer una ofrenda a la Cueva del Dragón, un acto muy piadoso, sin duda, pero es que iba acompañado en procesión por tres o cuatro mil ciudadanos armados, en su mayoría voluntarios reclutados por su hijo Hemón y otros partidarios, y dirigidos por cabezas de grupo disciplinados y con formación militar incuestionable. Se daban gritos, se te acusaba de la presencia aquí de Amfiarao, al que dicen que abrías las puertas de Tebas, y de haber dejado escapar a Alcmeón. Se dice que ambos pretendían secuestrar a Ismene, y que Alcmeón dio muerte a la muchacha antes que permitir que volviera a Tebas. ¡Tiresias, el mismo que mandó los ritos funerarios para Polinices, desoyendo el sentir ciudadano, preparaba la entrega de la polis a Amfiarao y a la Liga de los Siete contra Tebas! ¡Tiresias, el mismo que impuso la muerte del joven Meneceo, por celos hacia Creonte, para la supuesta salvación de la polis!

(Hay un silencio en medio de la crispación de los tres. Pero se oyen de nuevo VOCES DEL EXTERIOR.)

No hubo necesidad de intervenir, porque no se desmandaron. Pero es un acto de fuerza contra el gobierno. Y era un espectáculo destinado a conquistar a la población de Tebas. Ahora, según creemos deducir, se dirigen a este palacio para...

TIRESIAS.- (Impaciente, no quiere escuchar detalles.) Dije que no se me molestara, ni siquiera para retirar el servicio de mi cena. ¡Qué me importan todas esas calumnias! Estaba con mi hija. Hablábamos con la Sombra de la joven Yocasta. Por cierto, os comunico una buena nueva: voy a ser abuelo. No de cualquier niño, sino de un hijo de Apolo.

ARISPO.- (Crispadísimo, a punto de estallar.) ¡Tiresias, no puedo creer que...!

ANFISO.- (Interrumpe a ARISPO.) Te damos nuestra más cordial enhorabuena, honorable Tiresias. Al mismo tiempo, queríamos informarte de las medidas que hemos tomado para enfrentarnos a un posible levantamiento.

TIRESIAS.- ¿Queréis pasar por aquí, queridos amigos? He tomado una decisión que deseo participaros antes que a nadie. Deseo resignar el poder ante el Consejo. **(Estupor de los otros dos.)** Sí, amigos, creo que es lo mejor. No quiero más enfrentamiento entre tebanos. No seré yo causa de ello. Después de la muerte de Amfiarao y la huida del joven Alcmeón, todo es posible, hasta lo espantoso. Me asusta tanto que prefiero no consultárselo a las aves. Arispo, Anfiso, queridos apoyos míos, habéis sido báculos de un gobierno para el que he demostrado gran incapacidad, pues a mi ceguera de ojos se añadían otras, perdida o ganada mi atención allí donde no se fija nunca la de los gobernantes. Quise arreglar, reparar... Pero nada está arreglado. Toda solución crea calamidades nuevas, que desconocíamos. Cadmo, al dar muerte al dragón, creía conquistar la tierra prometida, pero provocó la cólera de Ares, que se aplacó durante lo que para nosotros fue tiempo y para los inmortales apenas un duermevela. Edipo, al vencer a la Esfinge, no aportó una solución, sino que fue el eslabón imprescindible para que continuara la maldición sobre esta ciudad. Ahora se lo dejamos todo al tiempo. A la historia. Y en la historia los débitos los pagan quienes no hicieron el gasto, y los pasan al cobro quienes no prestaron el servicio. Eso, si no son imaginarios tanto el débito como el propio servicio. ¿No es imaginario el baldón que Polinices dice que los tebanos infligieron a Tanagra? Sin embargo, muchos tanagreses lo creen ya como un hecho consumado en el tiempo, por mucho que sea fantasmagoría. De ahí surgirá, quién sabe, el crimen que gangrenará de nuevo la ciudad. Y no será el único.

(Silencio. ARISPO está a punto de saltar. ANFISO parece abatido. Las palabras de TIRESIAS, apenas escuchadas por ellos, les han creado una sensación de anacronismo, de inoportunidad, de gratuita y lujosa reflexión al borde de un abismo. En eso, crece el rumor exterior.)

VOCES DEL EXTERIOR.- ¡Viva Creonte! ¡Viva Creonte!

ARISPO.- ¡Ah, elocuente Tiresias, sabio Tiresias...! No veníamos en busca de tu profunda palabra ni de tu renuncia, sino a que asumieras la obligación para con tu pueblo.

ANFISO.- Recapacita, Tiresias, que no es bueno permitir un desorden con la esperanza de evitar una guerra. Porque no se evita, sólo se aplaza en perjuicio de ti y de los tuyos.

ARISPO.- Vas a favorecer que otro ocupe el poder. Es decir, vas a participar en el orto de tu propia ruina. Soy fuerte, soy capaz, por eso me dan el poder, dirá Creonte. Tiresias lo tuvo, Tiresias lo quiere recuperar, Tiresias tiene que desaparecer de Tebas. ¿No crees verosímil esta secuencia?

ANFISO.- Tiresias, una vez más te lo decimos: hay que dar muerte a Creonte y a Hemón.

TIRESIAS.- ¡Cómo! (Sarcástico.) ¿Sólo a esos dos? No puedo creerlos. ¿Sólo dos hombres inquietan el bienestar de Tebas? No me defraudéis, apoyos míos, supongo que habrá otros nombres que añadir a esa lista...

ANFISO.- En efecto, Tiresias. Pero entre las cabezas que hay que cortar, que no son muchas aunque sí escogidas por su capacidad tóxica, las más visibles son las de estos dos imprudentes, traidores y temerarios, el padre y el hijo.

TIRESIAS.- (Casi escupe esta declaración.) ¡Voy a resignar el poder! ¡Y lo voy a hacer precisamente en la persona de Creonte! La legitimidad, si es que es de alguien, es suya, ya lo dije un día.

VOCES DEL EXTERIOR.- ¡Creonte, que venga Creonte! ¡Viva Creonte!

ARISPO.- ¡Tiresias...! ¡Con eso firmas varias sentencias de muerte! Cambias nuestra lista breve y concisa por otra, larga y fortuita, que hará dedicar aún más tierra de labranza a albergar cuerpos acuchillados. Tebas estará en manos de unos revanchistas vengativos. Reconsidera tu decisión. No por ti, cuya conciencia siempre estará tan limpia que maldito lo que te importa la suerte de tu pueblo, sino por esos hombres que aún están vivos y no saben que sus existencias van a ser segadas por el bronce ansioso de los partidarios de Creonte.

TIRESIAS.- ¡Basta! ¡Está decidido!

ANFISO.- (**Interrumpe a ARISPO, a punto éste de estallar otra vez.**) Está bien, Tiresias... Espero que los dioses te hayan iluminado, como en otras ocasiones. No en vano le advertiste a otros de lo desastroso de sus actos y decisiones. Sin duda aprendiste tu propia lección y obras ahora con la prudencia que no tuvieron aquéllos.

TIRESIAS.- Para ser un militar, utilizas bien la ironía. No, Anfiso, no puedo seguir adelante. Durante más de siglo y medio he sido a veces un buen adivino. Pero en estos pocos meses he demostrado ser un mal gobernante. Disculpadme. Comprendo que no queráis venir conmigo.

(A una señal de TIRESIAS, la guardia abre las cortinas de la balconada del fondo. Iluminación allí. Ya es de día, primera hora de una mañana brillante, aunque fría. Gritos de la multitud.)

ANFISO.- ¡Cuidado, Tiresias! ¡Podrían herirte desde abajo!

ARISPO.- ¿Crees que le importa...? Déjalo, así sería él el primero en caer. Y tendríamos una razón para atacar al bando de Creonte.

TIRESIAS.- (**Al fondo, de espaldas, cara a la multitud. Con voz atronadora, que impone silencio en el acto.**) ¡Ciudadanos de Tebas! ¡Amigos, tebanos, escuchad!

(Silencio expectante. ARISPO y ANFISO le miran con asombro.)

Me dirijo al pueblo de Tebas y a Creonte... ¿Me oís bien? ¡Que Tebas y Creonte reciban el mensaje que voy a dirigirles! **(Silencio. Mayor expectación. ARISPO y ANFISO se miran entre sí, como si no dieran crédito.)** No quiero hacer balance de estos meses de gobierno. No os contaré una historia que unos conocen y otros quieren seguir ignorando. Deseo tan sólo decirlos que doy por concluido mi mandato en esta polis, que ya en su día deseé provisional. Además, quiero, como todos, la paz en Tebas. ¡Por todo ello, resigno el cetro de mi gobierno! ¡Resigno el cetro de Tebas y su carga de mando en la persona del ilustre Creonte, hijo de Meneceo! ¡Creonte, si así lo desean los tebanos, será el nuevo rey de Tebas!

(Silencio. TIRESIAS continúa de espaldas, los brazos abiertos frente a la multitud, flanqueado por DOS SOLDADOS de su guardia. De repente, salta una VOZ, y luego otra, y otra, y otra, y todas las VOCES DEL EXTERIOR.)

UNA VOZ.- ¡Viva Creonte, rey!

OTRA VOZ.- ¡Creonte, Creonte, rey!

VOCES.- ¡Viva Creonte! ¡Viva Tebas!

ALGUNA VOZ SOLITARIA.- ¡Muerte a Tiresias!

(ARISPO y ANFISO, también de espaldas, se muestran abatidos.)

III

En Argos. El joven Alcmeón, ardiente y apesadumbrado, termina de contar una historia a sus amigos. Son éstos los jovencísimos EGIALEO, hijo del rey ADRASTO; DIÓMEDES, hijo de Tideo; y TERSANDRO, hijo de POLINICES.

ALCMEÓN.- Esa es mi historia, queridos amigos. Sé que Tiresias no tuvo parte en ese crimen, sino que eran hombres de Creonte los que dieron muerte a mi padre y a mi amadísima Ismene.

EGIALEO.- Amigo Alcmeón, como hijo del rey Adrasto te prometo que tomaremos cumplida venganza de ese crimen.

TERSANDRO.- Soy de la misma voluntad. Ahora habrá que esperar, pero será preciso prepararse. La venganza contra la impía Tebas será la hazaña de los hijos de aquéllos que lucharon contra ella. Por mi parte, la memoria de mi buen padre, Polinices, cuyo cuerpo fue devorado por las alimañas, me obliga a secundaros si no me obligase también la amistad solidaria que nos une. Y creo que lo mismo dirá mi primo Diómedes.

DIÓMEDES.- Voto a Ares, que así será. Además, han llegado noticias confusas de revueltas en Tebas. Creonte parecía a punto de hacerse con el cetro.

ALCMEÓN.- Diómedes, hijo de Tideo, yo también escuché esas noticias cuando busqué refugio en El Pireo, pues se habían transmitido hasta el Ática con la velocidad de los vientos. Tenemos que estar preparados para humillar de una vez a ese grupo que tiraniza a la ciudad que dio muerte al padre de nuestro buen amigo Tersandro. Tardaremos uno, dos, tres años. No importa. Estos crímenes han sido la última villanía de unos hombres malditos de los dioses, cegados por su afán criminal. El tiempo no debe apagar la llama de nuestra ira, que sólo dará cenizas cuando la sed de justicia se transforme en recolección de vidas tebanas. El tiempo no debe cerrar la herida que sangrará siempre hasta que los descendientes hayamos marchado contra Tebas, humillado sus murallas y derribado sus Siete Puertas.

EGIALEO.- ¡Los descendientes, contra Tebas!

TODOS.- ¡Los descendientes, contra Tebas!

IV

En el interior de una choza perdida en la campiña, no lejos de Tebas. Allí se han ocultado ARISPO y ANFISO tras la toma del poder por parte del bando de CREONTE.

ARISPO.- ¿Y ahora...? ¡Qué será de mi familia y de mis tierras!

ANFISO.- ¡Ya basta, Arispo! Las cosas no han salido como hubiésemos querido, eso es todo.

ARISPO.- ¡Qué bien te parece todo! ¡Claro, tú no tienes familia a la que defender!

ANFISO.- La tuve, pero se la llevó la otra guerra. Lo sabes bien.

ARISPO.- Por eso no te importa que esta otra se nos lleve a los demás.

ANFISO.- No desvaríes, Arispo. Creonte ha tomado el poder, pero parece moderado en sus medidas.

ARISPO.- Hasta que deje de serlo, o hasta que le coloquen sus partidarios ante una ristra de muertes que nadie pueda recuperar para esta vida.

ANFISO.- Arispo, no sé cómo puedes...

ARISPO.- ¡Basta, Anfiso! ¿Acaso estamos seguros en este escondite?

ANFISO.- No había otro.

ARISPO.- ¿Podemos fiarnos de ese campesino que nos trajo aquí?

ANFISO.- No nos queda otro remedio. ¿O prefieres aventurarte por esos campos poblados de justicieros vengadores?

ARISPO.- ¡Maldito sea el día en que entré a formar parte del Consejo de gobierno de Tiresias! A él le interesan los dioses y los espíritus, las sombras del pasado y los albures del futuro. Pero cuando uno muere, muere en presente. Y a partir de ese momento ya no hay tiempo.

ANFISO.- Los hombres auténticos saben encarar ese momento en que el tiempo va a dejarnos.

ARISPO.- ¿Lo ves...? ¡Me decías que aquí estábamos seguros! ¡Y ahora me anuncias mi propio fin! ¡Anfiso, por qué te he hecho caso, por qué te he seguido!

ANFISO.- Si no lo hubieras hecho, ahora habría restos de tu hígado entre los picos de los buitres. Sólo falta que pasen unos días, y entonces todo se habrá olvidado. Esta casa de campo es lo único que teníamos, sin cabalgaduras, sin escolta, sin ejército. ¡Nos han vencido! ¿Qué quieres, entonces?

ARISPO.- ¡Quiero maldecir a Tiresias, que nos impidió salvarnos cuando pudimos condenar a otros!

ANFISO.- De nada vale lamentarse...

ARISPO.- Yo serví a Tebas. Por mí, no por Tiresias, se salvó la polis del hambre.

ANFISO.- Por eso pudieron pensar, hablar, gritar y ocupar tribunas. Tu eficacia en el suministro les permitió quejarse.

ARISPO.- ¡Bien saben los dioses que pretendí lo contrario! Un pueblo hambriento es una multitud que destruye. Pero nuestro buen gobierno los ha permitido soliviantarse.

ANFISO.- Nos hacemos acreedores del odio lo mismo con nuestras malas obras que con las más encomiables. Eres un civil, no un soldado. No sabes que las cosas son como se escriben, no como habríamos querido legarlas a nuestros descendientes.

ARISPO.- ¿Qué sabe un soldado cómo se escriben las historias?

ANFISO.- Un soldado sabe mucho de eso. ¿No ves que los soldados nunca escriben lo que hicieron? Tienen que contar con otros, que nunca son fieles a la verdad, sino a quien les paga por soñar hazañas pasadas.

ARISPO.- Nosotros hemos vivido algo distinto. ¡Gentes pagadas por soñar daños que nadie les infligió!

ANFISO.- ¡Basta, Arispo! Tenemos algunas provisiones. Podremos resistir aquí escondidos.

ARISPO.- (Alarmado, de repente.) ¡Escucha! ¡Alguien viene!

ANFISO.- (Entreabre una de las cortinas de una ventana.) ¡Son unos soldados! ¡Maldita sea!

ARISPO.- ¡Ya te lo dije! ¡Y ahora, qué hacemos!

ANFISO.- ¡Cálmate, no me pongas más nervioso de lo que estoy!

(Llamadas violentas y perentorias a la puerta.)

ARISPO.- ¡No abras!

UNA VOZ EN EL EXTERIOR.- ¡Abrid! Sabemos que estáis ahí. ¡Vamos a echar la puerta abajo o a quemar la choza!

ANFISO.- Será mejor abrir.

ARISPO.- ¡No abras!

(Intenta impedirselo, pero ANFISO, harto, le echa a un lado sin dificultad. ARISPO cae por tierra. ANFISO abre. Irrumpen varios hombres armados en la choza. Apenas puede distinguirse que sean SOLDADOS más que por sus armas y su arrogancia. Uno de ellos es nuestro viejo conocido, EL ARTESANO que escanciaba vino aguado con un BORRACHO y un auténtico SOLDADO.)

EL ARTESANO.- ¡Daos presos a la guardia de Creonte!

ANFISO.- No mientas. Creonte no sabe que nos buscáis.

EL ARTESANO.- Mirad, compañeros. Era verdad. Nada menos que dos miembros del Consejo de Tiresias. Una buena caza.

ARISPO.- ¿Lo ves? ¡Ese campesino nos ha vendido!

ANFISO.- ¿Qué buscáis?

EL ARTESANO.- Nada más que lo que hemos encontrado. Vuestra vida.

ANFISO.- **(Empuña su espada.)** Se vende cara.

EL ARTESANO.- No tanto.

(Hace una señal a sus hombres, que rodean a ANFISO y lo aprisionan. La espada de éste cae por el suelo. Otros dos inmovilizan a ARISPO. EL ARTESANO satisfecho, contento. Ante ARISPO y ANFISO, sujetos por sus hombres.)

Creo que alguien que yo me sé nos va a dar una buena recompensa. **(Los contempla. Se pasea ante ellos. Se pavonea. Saca su espada. Los sigue mirando.)** No se puede escupir en el pueblo toda la vida. Llega un momento en que al más bravo se le acaba la saliva.

ARISPO.- (Aterrorizado.) ¡Qué vais a hacer...!

ANFISO.- Arispo, intenta morir con dignidad.

ARISPO.- (Con horror, pero aceptando en la medida que puede la recomendación de su colega.) Gracias, amigo Tiresias, a ti le debo este trance, y no sólo al afilado cuchillo de este renegado.

EL ARTESANO.- No reniego de nada. Yo sí que soy fiel a mí mismo.

(Hunde su espada en ARISPO, que cae lanzando un alarido.)

Hay muchas maneras de obedecer el designio de los dioses. Yo he encontrado la paz cuando he averiguado cuál era mi camino. Pero ni ahora ni antes podrías comprenderlo. **(Se vuelve hacia ANFISO. Arrogante.)** Ahora te toca a ti.

ANFISO.- Lo sé.

EL ARTESANO.- ¿No tienes miedo?

ANFISO.- Soy un soldado.

EL ARTESANO.- Yo también.

ANFISO.- Te equivocas. Tú no eres más que ese tipo de basura que sirve de estiércol en las guerras.

(EL ARTESANO le clava la ensangrentada espada a ANFISO, que cae de rodillas, libre de la sujeción de los sicarios.)

ANFISO.- (Agonizante.) ¡Maldito seas de los dioses...! ¡Viva Tiresias...! (Cae muerto.)

EL ARTESANO.- Cuántas veces no me habrán maldecido así. Y, mira tú, aquí me tienes. No soy yo quien os clava el bronce, sino los dioses, a quienes yo obedezco. (Lanza un suspiro de alivio o acaso de contento.) Vamos, muchachos. Hay que cortar esas cabezas. Las están esperando.

(La transición a la escena siguiente será más dilatada. Tiene que dar la impresión de transcurso de tiempo.)

V

Han transcurrido tres años, como nos dirá TIRESIAS en seguida. Campiña de Beocia, junto a la fuente Telfusa. El ancianísimo TIRESIAS y sus acompañantes hacen un alto. Han salido de Tebas y pretenden llegar al camino que mejor les conduzca a Delfos. Con TIRESIAS van su hija MANTO; un niño, MOPSO, hijo de MANTO; y dos guardianes: EL SOLDADO y EL BORRACHO que hemos visto en dos ocasiones en aquella especie de taberna de Tebas. Sólo que EL BORRACHO es ahora un hombre sobrio. Como seguimos desconociendo su nombre, le llamaremos EL OTRO. Ambos han decidido voluntariamente proteger al fugitivo. El grupo detiene sus cabalgaduras a petición de TIRESIAS.

TIRESIAS.- Oigo un rumor de agua. Vamos a detenernos aquí. Estoy muy cansado.

MANTO.- Padre, creo que nos vienen siguiendo.

TIRESIAS.- Sólo un instante, hija. Ayudadme a bajar.

(Han descabalgado EL SOLDADO y EL OTRO. Ayudan a TIRESIAS a poner pie en tierra.)

¿Quién puede tener aún malas intenciones contra Tiresias? Creonte lleva ya tres años como rey de Tebas y he demostrado que nada tiene que temer de mí.

MANTO.- Padre, sabes muy bien que el odio se complace en inventar peligros que el propio interés quisiera olvidar.

TIRESIAS.- Sí, ya sé. La estupidez de los hombres poderosos es tan infinita como su capacidad de fabular.

EL SOLDADO.- Venerable Tiresias, tu hija tiene razón. No sé si se atreverán a atacarnos, pero este amigo y yo hemos querido acompañarte porque no confiamos en la buena voluntad de los hombres de Creonte.

TIRESIAS.- Claro, a los miedos de Creonte hay que añadir los de sus gentes, incluido ese hijo suyo, el arrogante Hemón.

MANTO.- El niño y tú os podéis quedar aquí, junto a esa fuente, mientras estos amigos y yo comprobamos si de veras nos sigue alguien.

EL OTRO.- Por Dionisos, algo me dice que es cierto. Si tienen o no malísimas intenciones, eso es otra cosa, pero que nos vigilan, eso sí que no tiene controversia.

(Entre los tres ayudan a sentarse a TIRESIAS en una de las sillas de montar, colocada en el suelo.)

MANTO.- Padre, en seguida regresamos. Descansa un poco, partimos en seguida.

(Salen MANTO, EL SOLDADO y EL OTRO. Quedan solos TIRESIAS y MOPSO.)

TIRESIAS.- **(Intenta encontrar una postura cómoda, que sus achaques hacen improbable.)** Mopso, ven aquí.

(El niño acude hasta él.)

Dime, ¿no te importa que nos marchemos de Tebas?

MOPSO.- No, abuelo. Dice mi madre que nos esperan en nuestra verdadera casa.

TIRESIAS.- ¿No lamentas dejar a tus amigos?

MOPSO.- No. Casi nadie quería ser mi amigo. Cuando se enteraban quién era, me querían pegar.

TIRESIAS.- Por ser nieto de Tiresias...

MOPSO.- No sé, abuelo.

TIRESIAS.- Dime, Mopso, ¿dónde estamos?

MOPSO.- Es una fuente. He venido aquí alguna vez. Se llama Fuente Telfusa.

TIRESIAS.- ¡Telfusa! Claro, ya sé... ¿Sabes lo que sucedió aquí, Mopso?

MOPSO.- Sí, abuelo. Me lo ha contado mamá. Aquí mataste a una serpiente y, en castigo, perdiste la vista. De eso hace mucho tiempo.

TIRESIAS.- (**Sonríe.**) No fue así, exactamente. Pero no importa. Algún día lo sabrás todo. Además, tú también serás adivino.

MOPSO.- Ya lo soy, abuelo.

TIRESIAS.- (**Divertido.**) ¿De veras? ¿Puedes decirme qué nos va a suceder ahora, con esos que nos persiguen?

MOPSO.- Abuelo, eso no se adivina. Se adivinan otras cosas.

TIRESIAS.- (**Chusco.**) ¿Más serias...?

MOPSO.- Claro.

TIRESIAS.- Está bien. Tengo sed. Ayúdame a acercarme a la fuente. Quiero beber.

MOPSO.- Si quieres, yo te lleno un jarro.

TIRESIAS.- No, tendrías que buscar en los serones. Ayúdame.

(El anciano se incorpora. El niño le conduce hasta el lugar donde brota el hontanar sagrado.)

TIRESIAS.- (Mientras bebe, casi echado por tierra.) Ah, qué delicia. ¡Cuánto tiempo hacía que no me llegaba hasta Telfusa!

MOPSO.- (De repente, grita, alarmado.) ¡Abuelo! ¡Una serpiente!

TIRESIAS.- (Alarmado también. La ceguera se muestra ahora como el gran desamparo.) ¡Qué dices, mi niño!

MOPSO.- ¡Son dos! ¡Dos serpientes!

(El niño va a empuñar un palo que hay cerca, pero las serpientes ya han mordido a TIRESIAS.)

TIRESIAS.- (Un alarido.) ¡Ah!

MOPSO.- (El niño golpea el suelo.) ¡Malditas serpientes!

TIRESIAS.- (Herido. Con angustia.) ¡No, Mopso, no! ¡No les hagas nada!

(MOPSO queda paralizado ante la perentoria orden de su abuelo. Las serpientes han escapado ya.)

Son animales sagrados de esta fuente. Lo sé muy bien... muy bien... **(Desfallece.)** Mopso, acércate. Voy a decirte adiós...

MOPSO.- (Muy asustado, se acerca a su abuelo y lo abarca con sus brazos, sollozando.) ¡Abuelo! ¡Abuelo!

TIRESIAS.- Mopso, Mopso... ¿Me oyes...?

MOPSO.- (Llora desgarradoramente.) ¡Sí, abuelo, sí!

TIRESIAS.- Cuida de tu madre... Cuida de Manto... Ella será la Sibila de Delfos... Tú, como un nuevo Cadmo, serás fundador de ciudades... Nada más sé de ti... **(Muere.)**

MOPSO.- (En alaridos.) ¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡No te mueras, abuelo!

(El niño solloza, desesperado, sin pensar siquiera en ir a buscar ayuda. Se abraza con rabia al cuerpo exánime de TIRESIAS y continúa su lamento. Al cabo de unos segundos, llegan tres hombres por el mismo lado por el que salieron MANTO y sus acompañantes. Uno de ellos es un viejo conocido nuestro. Es EL ARTESANO que entretenía ocios con EL SOLDADO y EL BORRACHO.)

EL ARTESANO.- ¿Qué ocurre aquí? ¡Pero si es Tiresias!

MOPSO.- ¡Mi abuelo se muere, mi abuelo se muere!
¡Ayudadme!

EL ARTESANO.- Calma, pequeño. (Se acerca al cadáver de TIRESIAS.) Ya no hay por qué preocuparse, muchacho. Tu abuelo está muerto y bien muerto. ¡Vaya! Nunca creí que viera este día.

MOPSO.- (Se arroja de nuevo sobre TIRESIAS.) ¡Abuelo!
¡Abuelo!

EL ARTESANO.- (A sus dos acompañantes.) Amigos, ya no tenemos nada que hacer aquí. Si había alguna duda, el destino la ha resuelto.

(En medio del regocijo de EL ARTESANO y la desesperación del niño, llegan MANTO y sus acompañantes.)

MANTO.- ¡Qué sucede! ¡Padre!

MOPSO.- ¡Madre, el abuelo está muerto!

EL SOLDADO.- ¿Qué le habéis hecho?

EL ARTESANO.- ¡Eh, cuidado, que ya estaba muerto cuando hemos llegado!

MOPSO.- ¡Han sido dos serpientes! ¡Le han picado dos serpientes!

MANTO.- (Se arroja sobre el cadáver de TIRESIAS.)
¡Padre!

EL ARTESANO.- ¿No oís lo que dice el niño? Son las serpientes las que han hecho justicia.

EL OTRO.- ¡Ojo con lo que dices, por Dionisos, que esa lengua tan larga te la tajo de un golpe!

EL ARTESANO.- ¡Vaya, pero si sois vosotros dos! (A EL OTRO.) ¿Y tú qué haces, que no estás borracho?

MANTO.- (Solemne. Su voz patética, poderosa y dolorida al mismo tiempo, de tono sobrehumano, impone a los demás.) ¡El gran Tiresias ha muerto! ¡El gran Tiresias ha muerto! ¡La fuente de Hipocrene le dio la lucidez mántica! ¡Otra fuente adivinatoria le ha dado la muerte! ¡El gran Tiresias ha muerto!

(Quedan todos sobrecogidos. Silencio. MANTO, arrodillada junto a su padre, le cubre el rostro con una tela que rasga de sus propias vestiduras. MANTO sin mirar a EL ARTESANO y sus dos acompañantes.)

¡Tebanos! ¿Tenéis algún inconveniente en que me lleve el cadáver de mi padre a Delfos?

EL ARTESANO.- (Confuso.) ¿Cómo...? (Reacciona, con torpeza y garrulería.) En fin, tratándose del cadáver... Que conste que ninguno de nosotros le ha hecho ningún daño. Su propia hija ha dicho que ha sido la fuente.

MANTO.- (Con altivez, sin ocultar del todo su dolor.) Id y comunicadle a Creonte que Tiresias ha muerto.

EL ARTESANO.- Así... así lo haremos. Le diremos que le envenenó la fuente, o las serpientes, o... (Se detiene, confuso. A EL SOLDADO y a EL OTRO.) Amigos, yo...

EL OTRO.- Por Dionisos, vete de aquí o le daré una oportunidad a mi bronce de que por fin se haga justicia con tu tripa.

EL ARTESANO.- (A los suyos.) Compañeros, respetemos el dolor de esta atribulada familia. Los dioses le sean propicios a Tiresias en el Hades, y vosotros seguid camino en paz.

(EL ARTESANO y los suyos se marchan, seguidos del desprecio notorio de EL SOLDADO y de EL OTRO. MANTO continúa arrodillada junto al cadáver de TIRESIAS. MOPSO gime, agarrado a sus ropas.)

MANTO.- ¡Padre, en verdad los tebanos son unos necios! No comprenden que la adivinación y la lucidez abandonan Tebas con la muerte de mi padre y con mi marcha. Pobre Tebas. Qué triste porvenir el suyo...

(Silencio. EL SOLDADO y EL OTRO contemplan a la mujer arrodillada, y sin embargo magnificente, y al niño que se aferra a ella sumido en una aflicción profunda que se expresa con gemidos ahora sordos y con ansia de refugio en el centro de su madre.)

VI

Agitada reunión entre CREONTE y HEMÓN, por una parte, y PROTONIO y ALÉXITES, por otra.

CREONTE.- ¡No puedo tolerarlo! Si mi guardia personal ha huido, ¿en quién puedo confiar?

HEMÓN.- ¡Ciudadanos Protonio y Aléxites! ¡Esto es una traición!

PROTONIO.- Honorable Creonte, ilustre Hemón, se ha perdido una batalla, pero no la guerra...

HEMÓN.- ¿Cómo que se ha perdido una batalla? ¡Nuestras tropas ni siquiera se han enfrentado a las de los invasores!

PROTONIO.- La gente se ha dejado impresionar por el formidable ejército de Alcmeón y sus compañeros. Pero, como sabéis, los argivos siguen acampados en Aulis en lugar de avanzar.

CREONTE.- Pero se les han unido varias aldeas. Empezando por Tanagra.

PROTONIO.- Era de esperar, honorable Creonte. Se han cometido demasiadas torpezas.

HEMÓN.- ¿Llamas torpezas a la liquidación de los focos favorables al antiguo orden?

PROTONIO.- Hablo de la torpeza en no saber construir un orden distinto. Habéis matado demasiado gente.

HEMÓN.- ¡Cómo te atreves...!

PROTONIO.- (Que no siente ningún respeto hacia el exaltado HEMÓN. En un grito.) Matar gente indefensa no es sólo un deporte demasiado peligroso. Es también una torpeza.

ALÉXITES.- Con viudas y huérfanos no prosperan las ciudades, no se comercia, no se adelanta.

HEMÓN.- Eso es todo lo que os importa, el comercio.

ALÉXITES.- Es que también ha fallado la intendencia, el suministro. Y la gente, que es muy ingrata, ha olvidado la tiranía de Tiresias y sólo recuerda que con el adivino no les faltaba el pan. La paz y el comercio se llevan muy bien. La guerra sólo sirve para regresar a la paz y al comercio, es decir, para volver al orden. La guerra por sí misma, como situación permanente, es una maldición. No la quiere ni el propio Ares.

CREONTE.- Te veo muy familiarizado con los designios de los dioses.

ALÉXITES.- Hermes es sabio, y vela por nosotros, la gente de paz. Pero no puede hacer gran cosa cuando las ciudades caen en manos de la soldadesca espontánea, la que imparte justicia según el antojo del filo de las espadas.

CREONTE.- ¿Te refieres a nosotros?

ALÉXITES.- Me refiero a la soldadesca, no a un gobernante legítimo. Pero la legitimidad se quiebra si quien empuña el cetro le cede las calles y los campos a los que colorean sus mejillas con la sangre de los ciudadanos.

CREONTE.- He sido un mal gobernante, entonces...

PROTONIO.- No hemos dicho eso, Creonte. Ni Aléxites ni yo lo hemos dicho. Hay que rectificar, y eso es todo. Por el momento, lo mejor es que os pongáis a buen recaudo. Tenéis que marcharos de Tebas, aquí corréis demasiado peligro.

HEMÓN.- ¡Marcharnos de Tebas! ¡Somos el gobierno de la polis!

PROTONIO.- Claro que lo sois, eso no lo discutimos. Pero a menudo los gobiernos actúan desde lejos, desde una residencia de verano.

CREONTE.- Ni siquiera tengo mi guardia personal.

ALÉXITES.- Eso no plantea ningún problema. Nosotros os prestamos la nuestra, que es tan aguerrida como la otra, pero sí más fiel.

CREONTE.- ¿Fiel? ¿A quién?

ALÉXITES.- A nosotros, y a quien nosotros les ordenemos.

CREONTE.- ¿Podemos fiarnos?

HEMÓN.- ¡Yo no me fío, padre!

PROTONIO.- Por favor, por favor, un poco de sensatez. Os recuerdo que fuimos nosotros quienes primero abogamos por el regreso de Creonte al cetro de Tebas, pero esta vez a título de rey, no como regente provisional. Fuimos nosotros quienes primero luchamos a favor de un cambio de dinastía, de la que Creonte sería el fundador y Hemón el futuro rey. ¿Y vais a preguntaros a estas alturas si podéis tener confianza en nosotros?

CREONTE.- Creo, Hemón, que no tenemos otra alternativa. Amigos, confío en vosotros y en vuestra guardia. Llamadla.

PROTONIO.- Están aquí mismo, esperando nuestra señal. (Se acerca a la puerta, abre y hace pasar a un soldado. Es nuestro viejo conocido EL ARTESANO.) ¿Está todo dispuesto?

EL ARTESANO.- ¡Dispuesto, señor!

HEMÓN.- (A CREONTE.) ¿Dónde se ha visto que unos comerciantes tengan un ejército del que carece el propio rey?

PROTONIO.- Honorable Creonte, ilustre Hemón, os ruego que os pongáis bajo la protección de este soldado, capitán de nuestra guardia.

HEMÓN.- (A EL ARTESANO.) ¿No fuiste tú quien presenció la muerte de Tiresias?

EL ARTESANO.- Yo mismo fui, mi señor.

HEMÓN.- (**Agitado.**) ¿Y no trajiste hace años las cabezas de Arispo y de Anfiso?

EL ARTESANO.- Eso no lo recuerdo, mi señor. Han sido muchos los servicios que le he rendido a la polis y no puedo acordarme de todos.

HEMÓN.- (**Intimidado, no queda resto de su antigua arrogancia.**) ¡Padre!

CREONTE.- (**Irritado, le interrumpe.**) ¡Basta, Hemón! La suerte está echada. Recupera tu dignidad.

(**Sale, sin mirar a los demás. Le sigue HEMÓN, con apresuramiento. EL ARTESANO se inclina ligeramente ante PROTONIO y ALÉXITES, y sale a su vez.**)

PROTONIO.- Son demasiado torpes. ¿Cómo no nos dimos cuenta desde el principio?

VII

Campamento de ALCMEÓN y sus hombres en las cercanías de Aulis. En escena, ALCMEÓN y dos de los EPÍGONOS: DIÓMEDES y TERSANDRO. También se ven SOLDADOS de su ejército.

ALCMEÓN.- ¡Basta, amigos y aliados! Egialeo no puede tardar en llegar con la respuesta.

TERSANDRO.- Y yo te repito una vez más que tendríamos que haber atacado Tebas aprovechándonos de la sorpresa.

ALCMEÓN.- ¿No te basta con las aldeas que se han unido a nosotros de manera voluntaria y sin derramamiento de sangre?

DIÓMEDES.- Alcmeón, eres nuestro capitán y hemos jurado seguirte con fidelidad, pero no hemos hecho voto de silencio. Soy de la opinión de Tersandro. Si hemos emprendido una guerra, no podemos detenernos sólo porque queramos ganarla sin infligirle bajas al enemigo.

ALCMEÓN.- Esta tierra está demasiado acostumbrada a masacres de la población indefensa. No es esa la manera en que quiero ganarme el corazón de los tebanos.

TERSANDRO.- Los tebanos son nuestros enemigos. ¿Crees que van a recibirnos con los brazos abiertos sólo porque odien el gobierno que les impone el extravagante Hemón en nombre de su padre?

ALCMEÓN.- He recibido una señal y quiero respetarla. En Delfos, la Sibila nos sugirió que le daría la respuesta a uno de nuestros capitanes, y que sería el último consejo. Hay que esperar a que Egialeo traiga las palabras de la Sibila.

(De repente, se oyen voces en el exterior. LOS SOLDADOS de la guardia preparan sus armas. ALCMEÓN, TERSANDRO y DIÓMEDES se alzan de sus asientos.)

¿Oís? Tiene que ser Egialeo.

(Entra EGIALEO montado en su caballo, con apresuramiento. Le sigue otro caballo montado por una mujer velada. Desciende EGIALEO.)

EGIALEO.- Compañeros, la respuesta a nuestra demanda ha venido conmigo.

(Se dirige al caballo de la mujer velada y ayuda a ésta a descender.)

Venerable, estos tres hombres son mis compañeros de empresa. Alcmeón, hijo de Adrasto, nuestro capitán; Tersandro, hijo de Polinices; Diómedes, hijo de Tideo.

(Expectación. La mujer se despoja del velo. Es MANTO, que ahora es la Sibila de Delfos.)

MANTO.- Soy la Sibila del Oráculo, que acude a vuestro campamento porque el mensaje que me ha encargado Apolo ha de ser escuchado por los cuatro capitanes en el campo donde el piadoso Alcmeón ha tenido la prudencia de esperar. En mi vida como mujer fui Manto, hija de Tiresias y, como él, y en virtud de la inspiración de Loxias, no os he de engañar en vuestro cuidado.

(Los cuatro EPÍGONOS se han inclinado y, sin mediar palabra, se disponen a escuchar el oráculo de la Sibila. MANTO levanta los brazos al cielo.)

Inspírame, Febo, en esta hora grave en que está en juego la Némesis de Tebas. **(A ALCMEÓN.)** Tú, Alcmeón, capitán de este ejército, formula tu pregunta con devoción y humildad.

ALCMEÓN.- Sibila del Oráculo, yo te cuestiono: Prestos a terminar con el gobierno criminal de Creonte, ¿qué hemos de hacer para obtener la victoria?

MANTO.- **(Con los brazos en cruz.)** ¡Febo, asísteme! **(Un silencio tenso. Al poco rato, MANTO echa a hablar.)** Escucha, Alcmeón, escúchame bien. Sólo sé que habrás vencido a Tebas cuando contemples los rostros de Creonte y su hijo Hemón.

(Silencio. MANTO se vuelve y se dispone a salir de escena. La alcanza EGIALEO.)

EGIALEO.- ¿Deseas descansar, Sibila?

MANTO.- Sí, buen argivo. Descansaré para irme de nuevo a Delfos, de donde me ausento sólo excepcionalmente.

(Salen ambos.)

ALCMEÓN.- «Habrás vencido a Tebas cuando contemples los rostros de Creonte y su hijo Hemón».

TERSANDRO.- Como siempre, detrás de cada mensaje délfico hay ambigüedad y retorcimiento. ¿Quiere decir que tendrás que ver al padre y al hijo en pleno campo de batalla?

ALCMEÓN.- No es un mensaje tan retorcido como otras veces. Esta vez, Loxias ha sido menos Loxias que nunca.

(**Entra UN SOLDADO de la guardia de ALCMEÓN.**)

EL SOLDADO.- Señor, hay una embajada de tebanos que quiere parlamentar contigo. Dicen que traen unos presentes en señal de buena voluntad con el ejército de Alcmeón.

ALCMEÓN.- ¿Se trata tal vez de Creonte y de Hemón?

EL SOLDADO.- Al parecer, son comerciantes de la ciudad.

ALCMEÓN.- Lástima. Así habría visto sus rostros y tendríamos total garantía de victoria. (**A los otros dos.**) ¿Debemos recibirlos inmediatamente o hacerlos esperar para que aprendan la humildad debida a un ejército dispuesto a abatirlos?

DIÓMEDES.- Por mi parte diré que estoy tan impaciente por conocer noticias de Tebas, donde debe de cundir el desánimo, que prefiero que no haya más intervalo que el que transcurra hasta que regrese Egialeo de acomodar a la ilustre invitada.

TERSANDRO.- Soy de la misma opinión. Ardo en deseos de escuchar a esos hombres.

(**Regresa EGIALEO.**)

EGIALEO.- He visto dos tebanos a la entrada del campamento. Van ricamente vestidos y según parece traen presentes de desagravio.

ALCMEÓN.- Te esperábamos para hacerlos pasar. (**A EL SOLDADO.**) Hacedlos llegar hasta aquí. ¿Se han tomado las debidas precauciones?

EL SOLDADO.- Sus armas quedarán por el suelo a la entrada del campo.

ALCMEÓN.- Traelos aquí.

(Sale EL SOLDADO.)

Amigos, estos hombres ignoran el oráculo. Lo seguirán ignorando mientras les metemos en el cuerpo más espanto del que ya deben de traer consigo.

TERSANDRO.- ¡Hay que amenazarles con incendiar Tebas!

DIÓMEDES.- Tenemos que imponerles una rendición incondicional. Que no crean que pueden distraer nuestro objetivo con joyas o ricas telas.

EGIALEO.- Si vienen con tal humildad, es porque están persuadidos de que la victoria va a sonreírnos.

ALCMEÓN.- Mirad, ahí vienen.

(Entran, acompañados de varios SOLDADOS, PROTONIO y ALÉXITES. Cada uno de ellos lleva en sus manos una envoltura. Al llegar a presencia de los cuatro EPÍGONOS, se postran.)

PROTONIO.- Salud, nobles argivos.

ALÉXITES.- Recibid nuestro homenaje en nombre de Tebas.

ALCMEÓN.- Sed bienvenidos si llegáis para negociar la entrega de la ciudad.

PROTONIO.- ¿Quién entre vosotros es Alcmeón, hijo de Amfiarao?

ALCMEÓN.- Yo soy.

PROTONIO.- Alcmeón, la ciudad de Tebas sólo quiere la paz. Ha sufrido demasiadas guerras y una cruel tiranía en la que la juventud alocada se servía de la senectud inerte. Nuestra presencia aquí pretende ser la prueba de la mejor voluntad de nuestra polis hacia vuestra presencia en Beocia. Es la expresión del deseo que anima a los ciudadanos honrados que, como nosotros, nunca quisieron entrar en luchas de facciones y sólo desean el retorno de la prosperidad a nuestra polis.

ALCMEÓN.- ¿Venís con poderes suficientes para la rendición de Creonte y Hemón, con todo su Consejo de gobierno, su ejército y las aldeas que aún permanecen fieles a Tebas?

ALÉXITES.- Juzga por ti mismo, noble Alcmeón.

(PROTONIO y ALÉXITES extraen de sus envolturas los presentes que le traían a HEMÓN. El primero saca agarrada por los pelos la cabeza cortada y seca de CREONTE. El segundo hace lo propio con la de HEMÓN. Tanto ALCMEÓN como sus compañeros reprimen su espanto y repugnancia.)

PROTONIO.- ¿Los reconoces, Alcmeón, hijo del sabio Amfiarao?

ALCMEÓN.- (Impresionado.) Son Creonte... y su hijo Hemón... o lo que queda de ellos.

(Los otros EPÍGONOS rumorean entre ellos. La brutal impresión de las cabezas cortadas da ahora paso al enardecimiento.)

TERSANDRO.- Entonces... ¡son los rostros de Creonte y de Hemón!

ALÉXITES.- ¿Los rostros...? Sí, puede decirse así, capitán.

ALCMEÓN.- (Enardecido repentinamente.) ¡Amigos, soldados! ¡A Tebas!

LOS OTROS TRES EPÍGONOS.- ¡A Tebas!

SOLDADOS, VOCES DEL EXTERIOR.- ¡A Tebas!
¡A Tebas!

(Salen todos con gran apremio y entusiasmo, excepto PROTONIO y ALÉXITES, que siguen postrados. Ya solos, se alzan del suelo y se limpian el polvo pegado a sus preciosos ropajes. Yacen por el suelo las cabezas de CREONTE y HEMÓN.)

PROTONIO.- Bien, bien... Tebas se ha salvado.

ALÉXITES.- Algo habrá que dar a cambio.

PROTONIO.- Siempre será mejor que perderlo todo.

ALÉXITES.- **(Mueve ligeramente con un pie la cabeza de CREONTE.)** Lástima, Creonte, hijo de Meneceo. Perdiste para ti y para tu hijo la tercera oportunidad que te dio Tebas.

PROTONIO.- La tercera y definitiva.

(Ríen ambos.)

VIII

(La misma plaza de Tebas que ya conocemos. EL PROVOCADOR critica la nueva situación. Pero el pueblo ha cambiado su actitud y, junto a los asistentes pasivos de siempre, hay otros que tienen opinión y, además, desean expresarla. Dos guardaespaldas protegen a EL PROVOCADOR.)

EL PROVOCADOR.- ¡Todos sabéis que tomé distancias cada vez más con respecto a Creonte, cuyo gobierno fue en picado por no escuchar mis consejos! Todos sabéis que soy sólo servidor de mis propias opiniones y que se me detesta por mi independencia. La verdad sale de mi boca para que los ciudadanos de Tebas sepan a qué atenerse. Y ahora os digo lo que pienso: ¡se ha cometido una traición entregando a Tebas a los argivos!

UN CIUDADANO SOCARRÓN.- Oh, sabio de Tebas, gran comunicador, dinos de quién es la culpa, ya que nosotros somos tan ignorantes que necesitamos de una luz que nos guíe.

EL PROVOCADOR.- ¡Señalé con el dedo la culpa de Tiresias y su Consejo de Gobierno! ¡Señalé con el dedo a Hemón y su incontinencia de mando, que no escuchaba las opiniones de un ciudadano sensato! Pues bien, ¡ahora señalo al gobierno provisional por seguir los dictados de Argos y de unos cuantos comerciantes!

EL CIUDADANO SOCARRÓN.- ¿Qué ciudadanos son esos, oh sabio?

EL PROVOCADOR.- ¡Son varios! Se trata de un grupo capitaneado por Protonio y Aléxites. Ellos alzaron a Creonte y ellos lo derribaron.

EL CIUDADANO SOCARRÓN.- ¿Protonio y Aléxites? ¿No eran esos los que te pagaban tu magnífico palacio junto a la Puerta Hipsista?

EL PROVOCADOR.- ¡Qué dices, insensato!

UN CIUDADANO VIOLENTO.- ¡Venga, comunicador! ¡Diles a tus tracios que golpeen a nuestro amigo! ¡Estamos deseando que se arme una buena bronca!

EL PROVOCADOR.- (A sus guardaespaldas.) ¡No os dejéis soliviantar, amigos! ¡Esos hombres son agentes provocadores del ejército de ocupación argivo!

EL CIUDADANO SOCARRÓN.- Haced caso a vuestro amo, queridos metecos. No es bueno mostrar demasiado entusiasmo con un señor que, aunque parece vivo, es en realidad un hombre muerto.

EL PROVOCADOR.- ¡Si no estuvieras rodeado de tantos provocadores, te iba a ajustar las cuentas, paleta!

EL CIUDADANO VIOLENTO.- ¿Le ibas a dar una paliza como hacías en tiempos con todo el que estaba en contra de tu venenosa palabra, de todo el que no creía en esas comunicaciones que eran picas de lanza, filos de espada?

EL CIUDADANO SOCARRÓN.- Tal vez iba a ajustarme las cuentas de otro modo, pagándome como le pagaban a él Protonio y Aléxites.

(Los presentes hacen comentarios cada vez más subidos de tono y, a estas alturas, se ríen descaradamente de EL PROVOCADOR.)

EL CIUDADANO VIOLENTO.- Pero este comunicador se ha vuelto prudente, ya lo que creo que sí. Lástima, porque queríamos diversión, y a eso habíamos venido. Pero ya no son las cosas como solían.

EL CIUDADANO SOCARRÓN.- Amigos, ciudadanos: que se quede este sabio con la plaza, pero que la plaza se quede sin nosotros. Que se quede tan vacía como mi estómago y tan sedienta de gentes como mi garganta. Vamos a tomar unos tragos de vino de Chipre que acaba de traer el meteco Orfes.

EL CIUDADANO VIOLENTO.- ¡Buena idea! Ya que no podemos machacar cabezas, vamos a machacarnos el estómago. **(A EL PROVOCADOR.)** ¡Adiós, hombre muerto!

(Repiten todos ruidosamente la misma despedida y salen de escena con gran alboroto.)

EL PROVOCADOR.- ¡Me avergüenzo de ser ciudadano de Tebas! ¿Es posible que en esta ciudad se esté dispuesto a sufrir un ejército de ocupación al que se venció en la guerra hace pocos años?

(Entran PROTONIO y ALÉXITES.)

PROTONIO.- ¿Qué pasa, comunicador? ¿Acaso has acabado creyéndote tus propias mentiras?

EL PROVOCADOR.- Eran las vuestras, no las mías.

PROTONIO.- Te recuerdo que se te pagaba, entre otras cosas, para callar las fuentes. Se te pagaba también para conseguir la paz, no para provocar continuas guerras.

EL PROVOCADOR.- ¡Se me pagaba, se me pagaba...! Yo soy independiente, no tengo amo, nadie me paga, ni yo lo admito. ¿Entendido?

PROTONIO.- Entendido... (**Le hace una seña a ALÉXITES.**)

ALÉXITES.- Tengo que hablar con tus tracios. Si las cosas se complican, como es posible que suceda, habrá que tener prevista tu retirada.

EL PROVOCADOR.- ¡No tengo la intención de retirarme a ninguna parte!

(**ALÉXITES no le hace caso y se pone a hablar con los dos guardaespaldas.**)

PROTONIO.- Haces mal, porque todo el mundo sabe quién encendió con su verbo las guerras que desencadenó el imprudente Hemón.

EL PROVOCADOR.- Se supone que fui yo...

PROTONIO.- Nadie ha comunicado tanto odio de unos a otros tebanos como ese don de la palabra que te dieron los dioses para perderte.

EL PROVOCADOR.- Ten cuidado, que aún puedo perderte a ti.

PROTONIO.- Tú ya no puedes perder a nadie. Ya no eres nada.

EL PROVOCADOR.- ¡Os daré una sorpresa a todos! Llamaré al pueblo, le daré mis consejos, y sabrá expulsaros a los comerciantes y a los argivos de la bendita tierra de Beocia.

PROTONIO.- Eres ridículo, te has convertido en una copia de ti mismo. No se puede estar clavando puñales en todos los pechos y durante todas las estaciones del año. La provocación tiene un límite, y ahora las gentes ya no tienen a quien odiar. Por eso no escuchan tus palabras. Están hartas de ti y de la crispación, de tus mentiras y de tu guerra. Imprudente, no supiste retirarte a tiempo.

EL PROVOCADOR.- (**Rabioso.**) ¿Como vosotros dos?

PROTONIO.- (**A ALÉXITES.**) Vámonos. ¿Has terminado ya?

ALÉXITES.- Sí. Ya está todo arreglado.

EL PROVOCADOR.- ¡Eh! ¿Qué tenías tú que arreglar con mis hombres?

ALÉXITES.- Nada importante. Pregúntaselo a ellos.

(**PROTONIO y ALÉXITES van a salir de escena.**)

EL PROVOCADOR.- ¡Un momento! Necesito... necesito dinero para comprar un caballo. Tal vez tenga que marcharme unos días.

PROTONIO.- ¿No decías que...?

ALÉXITES.- (**A PROTONIO.**) No merece la pena que le demos dinero, ni para un caballo ni siquiera para pan...

PROTONIO.- Te entiendo... (**A EL PROVOCADOR.**) Si estás por aquí esta tarde, ven a mi casa. Te recibirá mi intendente y él mismo te dará un caballo. Insisto, si estás por aquí... (**Salen PROTONIO y ALÉXITES.**)

EL PROVOCADOR.- Si estoy por aquí... ¡Este desgraciado quiere jugar conmigo, y no sabe que lo puedo hundir delante de toda Tebas...! (**De repente, experimenta una inquietud. Se vuelve a sus hombres. Con severidad.**) ¡Eh, vosotros dos...! ¿Qué os estaba diciendo Aléxites?

(**Los dos hombres permanecen callados. Se acerca a ellos.**)

¡Responded!

(Los dos tracios continúan en silencio. Abofetea a unos de ellos.)

¡He dicho que me respondáis!

(Lentamente, ambos tracios desnudan sus espadas.)

¡Qué vais a hacer, desdichados!

(Uno de ellos le hiere en el vientre. Lanza un alarido.)

¡Aaaah!

(Se vuelve hacia el otro, que le da el golpe definitivo. Cae. De rodillas, se sujeta el vientre, que sangra en abundancia.)

¡Tebas, te quedas sin libertad...! ¡Te quedas sin tu palabra...!

(Cae muerto. Los dos tracios miran el cadáver, asombrados de sí mismos, pero sobre todo obtusos.)

IX

HARMONÍA acompaña al Hades a su amado **TIRESIAS**. El mejor hijo de Tebas va acompañado de la madre de polis tan atribulada. Mas el Hades es un palacio que se abre hacia el interior de la tierra, y carece por eso de bellos accesos, de peristilos, de frisos, y tampoco tiene soldados que reciban al huésped o altos sirvientes que acojan al invitado de honor. Raras son las presencias que aquí acuden por su voluntad, raros los bienaventurados, improbables los vivos, aunque se dice que aquí vino Orfeo en inflamada pesquisa, y todavía queda tiempo para que llegue Odiseo en busca, precisamente, de **TIRESIAS**. Hay alguien, sin embargo, para recibirlos. Un barquero, **CARONTE**. Está allí, a la orilla de la laguna, esperando pasajeros con su bote de remos. A **CARONTE**, la presencia de **HARMONÍA** y de **TIRESIAS**, juntos, le produce un asombro paralizador.

HARMONÍA.- (Lleva a **TIRESIAS** de la mano.) Hijo mío, ya hemos llegado. Sólo hay que atravesar esa laguna. ¿La ves, verdad?

TIRESIAS.- Sí, diosa mía. La veo.

HARMONÍA.- ¿Te das cuenta, Tiresias? No es tan malo morirte. Al morirte, por ejemplo, has recuperado la visión. Fíjate.

TIRESIAS.- Lástima que no haya nada que ver en el Hades.

HARMONÍA.- Eso ya lo discutiremos, mi buen Tiresias. Parece mentira que hayas muerto con casi doscientos años. No tienes ninguna paciencia. (A **CARONTE**.) A ver, buen hombre, llévenos a la otra orilla.

CARONTE.- (Confuso.) Luminosa deidad: estoy autorizado, y esa es además mi obligación, a llevar a esa sombra a las moradas largas, pero tú eres... tú eres...

HARMONÍA.- (Autoritaria y desdeñosa.) Yo soy quien a ti no te importa, insolente. Vamos, Tiresias, sube a esa barca. (Sin que **CARONTE** pueda impedirlo, ambos suben al bote.) Coge tus remos y llévanos de una vez.

CARONTE.- (**Apenas se atreve a decirlo.**) Yo... Yo nunca remo, oh mi diosa.

HARMONÍA.- ¿Has oído eso, Tiresias? Dice este barquero que él no rema. Me parece que voy a tener que actuar en serio.

TIRESIAS.- Es Caronte, diosa mía. Él sólo acompaña a los muertos, pero son ellos los que reman.

HARMONÍA.- Pues yo no voy a consentir que tú remes. Faltaría más. (**A CARONTE.**) ¡A remar!

CARONTE.- (**Como antes.**) Está bien, pero... ¿Y el alquiler del bote?

TIRESIAS.- ¡Ah, lo olvidaba! (**Saca una moneda de su boca.**) Mi hija me había dejado esto para pagarte. (**Se la entrega a CARONTE.**)

HARMONÍA.- ¿Estás ya contento, barquero molesto...?

CARONTE.- (**Refunfuña, pero toma el remo.**) Puedo asegurarle a la señora que entre mis obligaciones no figura la de remar para las almas que pasan al otro lado.

HARMONÍA.- (**Se encoleriza.**) Por lo que veo, tú no sabes quién soy yo. Creerás que soy una deidad menor, y de eso quieres prevalerte. Pues vete enterando de que soy muy amiga de Perséfone y del propio Hades, que me están esperando porque quiero recomendarles a este hijo bienamado. En cuanto les vea, les hablaré de ti, para que tomen medidas. ¡Habrás visto...!

(**CARONTE se pone a remar sin rechistar, gacha la cabeza. Avanzan por la Estigia, al principio en silencio, pero la diosa lo rompe.**)

Te reservo una estupenda sorpresa, Tiresias, ya verás.

TIRESIAS.- ¿Puedo hacerte una pregunta, mi diosa, ahora que voy a mi última morada? Es algo que me intriga desde hace años, desde que resigné el cetro de Tebas.

HARMONÍA.- A ver qué preguntita vas a hacerme...

TIRESIAS.- Dime, diosa, ¿dónde estabas mientras todos conspiraban contra este hijo tuyo y contra el futuro de la propia Tebas?

HARMONÍA.- Eso, más que una pregunta es una impertinencia, porque lo dices con muy mala intención. Pero, si quieres saberlo, te aseguro que no me enteré de nada. Se ve que a esos conspiradores los protegía otro dios.

TIRESIAS.- ¿Otro dios? ¡Cuál!

HARMONÍA.- Ares, claro está. Lo que no le ha impedido castigar ahora a Creonte y a Hemón, porque los dioses tienen que ser justos y no dejarse cegar por las carantoñas de los mortales. Pero tú, no sé de qué te quejas. Después de todo, no necesitabas dioses que te informaran. Ya lo hacían los miembros de tu Consejo, y tú no los escuchabas. ¿Qué trabajo te costaba cortarle el pescuezo al joven Hemón? Ya lo ves, al final se lo cortaron otros. Tú mismo lo dijiste una vez: cuando pudiste actuar, el poder te vino demasiado tarde. Esto va a tener malas consecuencias. Si se desacredita el ejercicio del cetro, los mejores de cada polis se apartarán de ese servicio y quedará como pasto de jabalíes.

TIRESIAS.- ¿Me reprochas que el fracaso de Tiresias como gobernante, dejando pasar a Creonte y a una camarilla que lo ha alzado para utilizarlo, no será buen ejemplo para la Hélade?

HARMONÍA.- No te reprocho nada, hijo mío. Comprendo tus razones: peor ejemplo sería la guerra, y sin embargo goza de buena salud, ya ves.

TIRESIAS.- Fui un mal gobernante.

HARMONÍA.- Como tantos, hijo. Pero con mejor intención. Claro, que las buenas intenciones no cuentan...

(Llegan a la otra orilla. Allí está esperando PERSÉFONE, con su séquito. CARONTE, intimidado, se excede en sus funciones y ayuda solícito a descender a la diosa y a su acompañante. PERSÉFONE y HARMONÍA se saludan como viejas amigas.)

CARONTE.- (A TIRESIAS, en voz baja, mientras se festejan las diosas.) ¿Y tú quién eres?

TIRESIAS.- Soy Tiresias, de Tebas.

CARONTE.- No me dice nada ese nombre. Aquí estamos muy aislados, ¿sabes? ¿Y esa...?

TIRESIAS.- Es Harmonía, hija de Afrodita y de Ares.

CARONTE.- (**Aterrado.**) ¡Cómo dices! ¡Ahora sí que estoy hundido...!

TIRESIAS.- No te preocupes, barquero. A estas alturas ya se ha olvidado por completo de ti.

CARONTE.- Creo que será mejor que vuelva a la otra orilla.

TIRESIAS.- Yo también lo creo.

(Con sigilo algo exagerado, CARONTE se desliza en el bote, rema y desaparece.)

HARMONÍA.- Perséfone, espero que todo siga bien por aquí.

PERSÉFONE.- Un poco aburrido, ya sabes. Mas para eso estoy yo, para darle un poco de alegría a estas sombras.

HARMONÍA.- ¿Qué harían sin ti todas ellas?

PERSÉFONE.- No quiero ni pensarlo. Me dan una pena...

HARMONÍA.- ¿Cuándo te toca volver con Deméter?

PERSÉFONE.- Ya debe de faltar poco para que vuelva con mi madre, pero aquí pierde una la noción del tiempo. Hades lleva la cuenta y mi madre también. No me dejan ni un solo día de más con el otro, son muy puntillosos.

HARMONÍA.- Para ti tiene que ser divertido.

PERSÉFONE.- Pues, mira, sí. Eso de venir con Hades en invierno, me gusta. Lo amo apasionadamente. Es mi tío, pero no importa. (**En voz baja, con intención.**) Tendrías que ver cómo...

(Se detiene. Lanza una risita significativa, secundada por HARMONÍA.)

¡Ay, dejémoslo! El caso es que en primavera vuelvo a la superficie. Aquí soy una mujer. Allí soy una muchachita que trisca como las cabras.

(Ríen las dos, animadísimas.)

Tiene su encanto, ¿no te parece?

HARMONÍA.- Mira, Perséfone, te traigo a un alma que ha tardado mucho en descender al Hades. Es un adivino y quiero recomendártelo con todo mi amor. Puede ser muy útil en estas moradas.

PERSÉFONE.- Sé quién es. Es Tiresias. Acércate, Tiresias.

TIRESIAS.- Mi diosa...

(Se acerca y se arrodilla. Las diosas le dejan en esa posición mientras siguen con su animadísima conversación de niñas consentidas.)

PERSÉFONE.- ¿Qué podíamos hacer por él?

HARMONÍA.- Se me ha ocurrido una cosa. Tiresias ha vivido casi doscientos años, ¿verdad, Tiresias?

TIRESIAS.- Sí, mi diosa.

HARMONÍA.- Y se le ha dado bastante bien. Ha sido adivino y a menudo le han respetado. Ahora ha preferido morirse porque las cosas en Tebas van muy mal. Los pobres tebanos no lo saben todavía, pero esa ciudad va a convertirse en un villorrio durante unos cuantos siglos.

PERSÉFONE.- Algo había oído. Hades dice que se lo tienen merecido.

HARMONÍA.- Ya lo creo que sí. Y me duele muchísimo, porque soy fundadora de esa ciudad, con mi amado Cadmo, como bien sabes. Pero la hybris... eso sí que no están dispuestos a consentirlo en el Olimpo, ni mi madre ni mi padre. ¡En modo alguno! En fin, el caso es que se me había ocurrido que podíamos hacerle inmortal, a Tiresias digo, que permaneciera aquí y adivinara cosas de vez en cuando para contárselas a los mortales. Algo así.

PERSÉFONE.- ¿Le hacemos una apoteosis?

HARMONÍA.- Mujer, tampoco te quiero molestar mucho. Lo que quiero es que esté aquí, y que no pierda el recuerdo y las imágenes de la vida, como sucede con las demás almas.

PERSÉFONE.- Ya te entiendo. De todas maneras, si quieres una apoteosis como la de Orfeo o Ganímedes y te da reparo hablar con tus padres...

HARMONÍA.- Que no, que no. Basta con eso que te digo. Él estará encantado.

PERSÉFONE.- Está bien. Dalo por hecho.

(Hace una seña a uno de su séquito, que se acerca con un cojín; encima del cojín hay un objeto que cualquiera de nosotros llamaría varita mágica. La toma, la dirige hacia TIRESIAS y la agita.)

¡Ya está! **(Devuelve la varita al cojín.)** Y ahora, Harmonía, haz el favor de venir a mis aposentos. Hades no está esperando. **(Se dirige a su séquito y da instrucciones.)**

HARMONÍA.- **(A TIRESIAS.)** Amado Tiresias, ya lo ves, conservarás la lucidez, la memoria, tu dominio del futuro... Pero, ¿qué haces ahí, arrodillado? ¡Levántate!

TIRESIAS.- **(Se levanta.)** Mi diosa...

HARMONÍA.- ¿Qué te sucede? ¿Ahora te vas a poner mohíno?

TIRESIAS.- **(Con gran amargura.)** Diosa, yo no quiero ser inmortal. He vivido tanto que no conozco mayor castigo...

HARMONÍA.- ¡Castigo...! ¿Será posible que tenga que escuchar tamaña ingratitud?

TIRESIAS.- Quiero perder la memoria, quiero que la muerte sea para mí como para todo el mundo.

HARMONÍA.- Calla, Tiresias. Me vas a dejar en ridículo. He conseguido que un tebano sea el adivino del Hades, he logrado que el elegido seas tú, y mira cómo me lo pagas... Ah, Cadmo, Cadmo, no sé quién nos mandó fundar Tebas, para lo que nos lo agradecen.

(Silencio. Vuelve PERSÉFONE.)

PERSÉFONE.- Querida Harmonía, vamos dentro. No te preocupes por tu adivino tebano, que aquí se va a sentir como en su casa. Tiresias, espera aquí, que en seguida vendrán en busca tuya.

(Arrastra a HARMONÍA hacia el interior.)

Como te iba diciendo, Hades está encantado de que nos hagas esta visita. ¿Sabes? Viene poca gente por aquí, y Hades es poco amigo de salidas...

(Tomadas del brazo, salen ambas diosas. Queda solo, desolado, abatido, el que fue el adivino TIRESIAS, hijo de Eueres y la ninfa Cariclo. Las aguas de la Estigia permanecen serenas, todo es quietud en la indolencia y el abandono de las mansiones subterráneas. Al cabo, cuando ya se ha diluido el murmullo de la perorata de las diosas, cuando ya parece definirse una atmósfera muy distinta de soledad, de patetismo, de aflicción, aparece UNA SOMBRA de difícil identificación. Debió de ser humana, pero ahora ni siquiera distinguimos si posee un rostro, aunque sí escuchamos su voz, que proviene de inauditas profundidades.)

LA SOMBRA.- ¿Quién eres...?

TIRESIAS.- Fui Tiresias, de Tebas. Hijo de Eueres y Cariclo.

LA SOMBRA.- ¿Cuál era tu oficio?

TIRESIAS.- Adivinaba el porvenir. También adivinaba el pasado.

LA SOMBRA.- Curioso menester. Pues bien, Tiresias, soy el encargado de conducirte al interior.

TIRESIAS.- ¿Por qué tú, si no tienes cabeza?

LA SOMBRA.- Lo has notado... No tengo cabeza, no sé por qué.

TIRESIAS.- Te la cortaron.

LA SOMBRA.- Es lo más probable.

TIRESIAS.- Tú fuiste Creonte, ¿verdad?

LA SOMBRA.- No sé quién fui, ni sé quién es o ha sido ese tal Creonte. Yo tengo cortada la cabeza, y a menudo olvido ponérmela en su sitio. Allí donde voy a acompañarte, deberías saberlo, olvidamos lo que hicimos y fuimos en vida. Allí perderás la memoria, olvidarás a tu familia, a tus seres queridos, a tu ciudad, y pasarás a formar parte del lento ejército de las sombras que preside Hades y que, en ocasiones, alienta Perséfone con algunas amenidades.

TIRESIAS.- En mi caso, no será así. Tengo entendido que yo no olvidaré nada.

LA SOMBRA.- ¿Cómo dices...? Creo que estás en un error.

TIRESIAS.- Ojalá lo estuviera. Desde ahora mi misión será esperar a que los hombres necesiten mis servicios para conocer el sentido de lo que los dioses les sugieren.

LA SOMBRA.- Si es así, mal debes de haberte portado en vida para que los dioses te reserven tan severa permanencia.

TIRESIAS.- ¿Mal...? ¡Quién sabe! Los dioses no odian, tan sólo dictan cosas injustas porque están por encima de cualquier moral.

LA SOMBRA.- Y dices que en vida fuiste Tiresias...

TIRESIAS.- Lo soy aún.

LA SOMBRA.- ¡Lo eres aún...!

TIRESIAS.- Sí. Y es por eso. Por crueldad. Es tanta la crueldad de los dioses que soy Tiresias aún.

LA SOMBRA.- Eres un hombre desdichado y sabio. ¿A qué atribuyes tanta crueldad?

TIRESIAS.- Tanto los dioses como la naturaleza son crueles porque participan del mismo principio de inocencia y poder, que son los elementos con que se modela la perversidad. Pero, tú ¿por qué me preguntas si no sabes de qué te estoy hablando?

LA SOMBRA.- No te equivoques, sabio. Las sombras del Hades olvidan su acontecer, pero no pierden el discernimiento.

TIRESIAS.- (Con estupor, aunque ya lo había advertido antes.) ¡Creonte...! ¡Era verdad, era verdad! ¡Eres Creonte!

(LA SOMBRA sin cabeza permanece inmóvil ante TIRESIAS. Su cuerpo dibuja una perplejidad cargada de dramatismo, de desolación. ¿Mas no sería infinitamente peor que, de ser verdaderamente CREONTE, aquella SOMBRA pudiera recordar su itinerario vertido hacia la catástrofe, ni siquiera catástrofe en sí, sino parte de una catástrofe de superior envergadura? TIRESIAS imperioso.)

¡Vamos! ¡Conduceme de una vez a las bóvedas en sombra de las últimas moradas! ¡Al Hades! ¡Al Hades!

(LA SOMBRA se queda unos instantes paralizada frente a la presencia en pena de quien es y continuará siendo TIRESIAS, que va a seguir siéndolo en la desolación de lo que no concluye. Después, se vuelve hacia el lugar del que provenía. Le hace una seña al adivino y, seguido de éste, penetra en las amplias cavernas donde el tiempo no existe. Con una excepción: sí existirá para el recién llegado TIRESIAS. Marcha fúnebre.)

FIN DE TIRESIAS, AUNQUE CIEGO